

Éste es el relato de vida de una mujer indígena; es también un fragmento de la historia del pueblo triqui, de su lucha por el territorio, por su identidad y el rescate de su memoria. A través de las rutas migratorias que recorre Marta con sus familiares y en los campos agrícolas del noroeste de México y California, presenciamos la transformación de la convivencia comunitaria y las relaciones de género entre los indígenas migrantes, así como la difícil tarea cotidiana de sobrevivir tan lejos del hogar.

ISBN 970310550-5



Publicaciones

Publicaciones

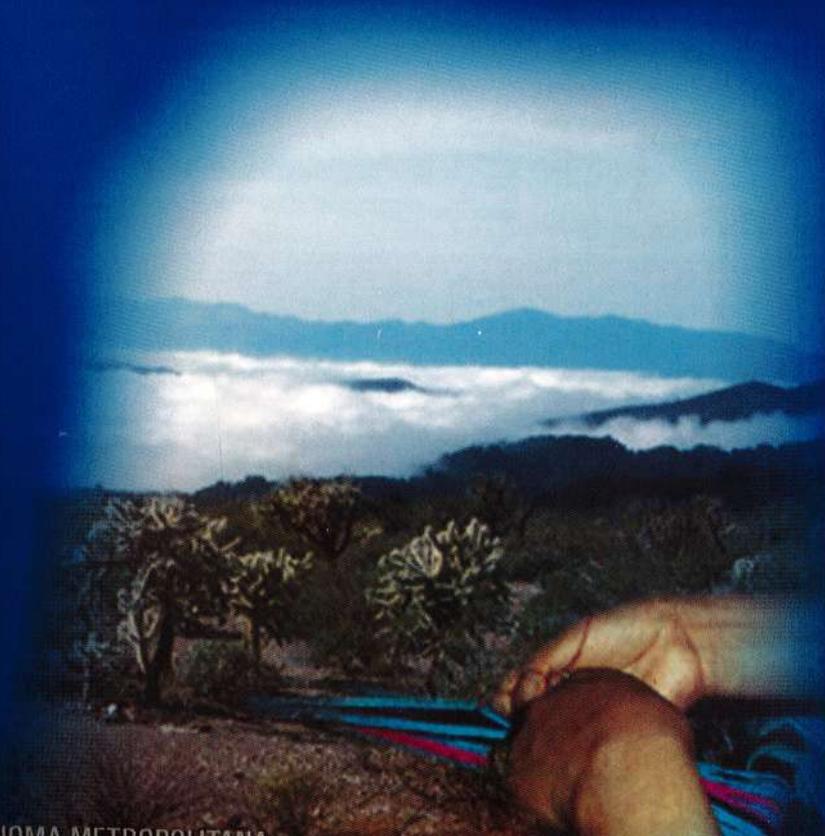
María Dolores París Pombo

LA HISTORIA DE MARTA

# La historia de Marta

Vida de una mujer indígena por los largos caminos de la Mixteca a California

María Dolores París Pombo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

### *La autora...*

María Dolores París Pombo es profesora investigadora del Departamento de Relaciones Sociales, División de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM-Xochimilco. Doctora en Investigación en Ciencias Sociales, con especialidad en Ciencia Política, por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), sede México, y autora de diversos libros y artículos de investigación, en particular del libro *Oligarquía, tradición y ruptura en el centro de Chiapas*, publicado por la UAM y *La Jornada*, México, 2001.

# La historia de Marta

María Dolores París Pombo



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

*Rector general*, José Lema Labadie

*Secretario general*, Antonio Aguilar Aguilar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-XOCHIMILCO

*Rector*, Norberto Manjarrez Álvarez

*Secretario*, Cuauhtémoc V. Pérez Llanas

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

*Director*, Arturo Anguiano Orozco

*Secretaria académica*, Iris Santacruz Fabila

*Coordinador editorial*, Gerardo Vázquez Hernández

COMITÉ EDITORIAL

Gisela Espinosa Damián

Jaime Aboites Aguilar / Gerardo Ávalos Tenorio

Nicolás Cárdenas García / Luciano Concheiro Bórquez

Sofía de la Mora Campos / Arturo Gálvez Medrano

Salvador García de León C. / José Manuel Juárez Núñez

Elsi Mc Phail Fanger / Maricela Adriana Soto Martínez

Ana Ma. Amuchástegui Herrera

Primera edición, enero 2006

DR © 2006 UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Universidad Autónoma Metropolitana

Unidad Xochimilco

Calzada del Hueso 1100

Colonia Villa Quietud, Coyoacán

04960, México DF

ISBN: 970-310550-5

Impreso en México / *Printed in Mexico*

## Índice

Introducción . . . . .	9
I. Río Venado, Oaxaca . . . . .	17
II. Salidas en el exilio . . . . .	31
III. Cerro Tejón . . . . .	47
IV. Dos cruces de la frontera . . . . .	59
V. Greenfield, paraíso agrícola . . . . .	73
VI. Epílogo . . . . .	87
Anexos . . . . .	93
Bibliografía . . . . .	101

## Introducción

Entre septiembre de 2002 y mayo de 2003 realicé una estancia sabática en la Universidad de California, en Santa Cruz, con el proyecto titulado “Cambios en la identidad étnica y en las relaciones de género durante el proceso de migración de los y las indígenas triquis a California”. Mi trabajo de campo se desarrolló en el Valle de Salinas, ubicado en el condado de Monterey, en la costa central de California (Mapa 1).

En esos meses trabajé como voluntaria en la organización no gubernamental *Proyecto de Ciudadanía (Citizenship Project)*, en la ciudad de Salinas.<sup>1</sup> Por medio de esa organización promovimos colectas a través de Internet, distribuimos ropa y alimentos entre los trabajadores agrícolas y los inmigrantes recién llegados de México, y establecimos un programa de organización y elaboración de artesanías con las mujeres triquis que habitan en la pequeña ciudad agrícola de Greenfield, al sur del Valle de Salinas.

Durante mi primer viaje a esa ciudad, el 23 de septiembre, conocí a las representantes de la organización *Líderes Campesinas*,<sup>2</sup> Rosa Ponce y Laura Caballero. Para iniciar

<sup>1</sup> El *Proyecto de Ciudadanía* de la costa central es un espacio organizativo ubicado en el Condado de Monterey, promovido con el apoyo del sindicato de los *Teamsters*. En ese espacio se desarrollan múltiples proyectos en apoyo a los inmigrantes y en defensa de sus derechos, entre los cuales destacan: el programa de legalización y ciudadanización; la Escuela de Libertad –una escuela comunitaria para adultos en la que se dan clases de inglés, de ciudadanía y de alfabetización–; el proyecto Jóvenes en Acción –constituido por un grupo de jóvenes latinos, de la ciudad de Salinas, que se reúnen para el registro de votantes, enseñar inglés en la Escuela de Libertad, organizar campañas en favor de los derechos de los jóvenes y realizar labores comunitarias–; la Alianza de ex Braceros –formada por un comité de antiguos trabajadores que participaron en el Programa Bracero (1942-1964) y que reclama a los gobiernos mexicano y estadounidense el reconocimiento y la retribución de las contribuciones que hicieron en aquella época–; y el grupo ¡Vote! –una organización política que promueve el voto entre los inmigrantes ciudadanizados y el empoderamiento de los inmigrantes latinos–.

<sup>2</sup> *Líderes Campesinas* es una organización de base, formada en 1992 por trabajadoras agrícolas, en su gran mayoría latinas, que se integran como miembros o voluntarias de los comités locales

mi trabajo fue fundamental la orientación que ambas me brindaron sobre los problemas sociales y culturales que enfrentan las trabajadoras agrícolas, en particular las inmigrantes recién llegadas a la región. En una segunda visita, el 25 de septiembre, Rosa me presentó a Marta Jiménez Martínez, una inmigrante triqui que participaba entonces como voluntaria de la organización en el comité de Greenfield. De inmediato nuestra relación fue cordial y de gran entendimiento. Con el tiempo fuimos construyendo una amistad que me permitió abrir las puertas para conocer la cultura de ese pueblo indígena oaxaqueño. Marta asumió con entusiasmo el papel de promotora de un grupo de artesanas triquis que viven en Greenfield. Aproximadamente 20 mujeres se integraron al grupo y la eligieron como coordinadora.

La experiencia de integración y participación en la comunidad triqui inmigrante resultó para mí extraordinaria, no sólo desde un punto de vista profesional sino sobre todo personal. A pesar de la enorme distancia entre mi experiencia de vida y la de las mujeres triquis, al escucharlas hablar reencontré muchos de mis temores y preocupaciones; las palabras de esas mujeres indígenas me permitieron comprender los factores que determinan el poder de género y las fuentes de la inequidad en las culturas patriarcales. Entendí también los enormes obstáculos que las mujeres indígenas tienen que sortear para hacer oír su voz, tanto en México como en Estados Unidos.

En mi trabajo de campo realicé entrevistas a profundidad —de una duración de aproximadamente dos horas cada una— con doce mujeres triquis que vivían en la ciudad de Greenfield. A todas les agradezco su confianza para abrirse y contar, a veces, episodios dolorosos de su pasado y de su vida familiar, el proceso migratorio y su estancia en Estados Unidos. Con Marta la entrevista duró más de veinte horas de grabación; además, sostuvimos incontables pláticas informales, intercambio de opiniones, elaboración de proyectos y discusión de ideas; también, hicimos juntas varios viajes a Salinas y otras ciudades, y participamos en programas de radio y reuniones académicas. A partir de esa invaluable relación, descubrí que el relato de su vida podía aclarar múltiples significados de la cultura triqui, las relaciones de género y la emigración de las mujeres indígenas mexicanas hacia Estados Unidos. Además, su biografía representaba a la vez —en muchos sentidos— la historia de miles de mujeres indígenas.

---

que existen en varios estados de la Unión Americana. La presencia más importante de esa organización se localiza en California. Su objetivo principal es desarrollar una red de campesinas con aptitudes de liderazgo y capacitarlas para que sean voceras de las necesidades de otras campesinas. La lucha de esa organización se ha desarrollado en múltiples planos, por ejemplo, contra la violencia doméstica, el abuso y el asalto sexual, el abuso infantil, el acoso sexual en el trabajo, y el uso indiscriminado de pesticidas en los campos; también ha hecho campañas y brindado talleres sobre la salud de la mujer, los derechos laborales y las pautas de nutrición. Desde 1998 *Líderes Campesinas* instauró también varios comités de jóvenes que reciben capacitación y entrenamiento, y organizan convivencias estatales.

De regreso a México me dediqué a reconstruir ese complejo relato. Asimismo, fui a conocer la región Triqui Baja y los poblados desde donde habían emigrado las mujeres que ahora trabajan en los campos agrícolas del Valle de Salinas (Mapas 2 y 3).

Situada en la Sierra Mixteca oaxaqueña, la Triqui es, como muchas regiones indígenas, una zona deprimida que ha vivido desde hace más de 20 años una permanente crisis agrícola, provocada, entre otros factores, por la caída de los precios del café, la carencia de apoyo institucional, la apertura comercial indiscriminada y las erráticas políticas agrarias puestas en marcha en el país. A la situación de pobreza en que vive la población indígena en la región se suma una alta conflictividad política y la violación generalizada de los derechos humanos. Esas son sin duda las principales causas de la emigración, que afecta en la actualidad a la cuarta parte del pueblo triqui.

Para Marta, al igual que para muchos migrantes triquis, la violencia es una referencia constante y la razón principal del éxodo. En toda la Sierra Mixteca una fuente permanente de conflictos es el problema de los linderos entre los núcleos agrarios y las comunidades vecinas. Los enfrentamientos armados son motivados también por disputas familiares, borracheras y envidias. En la región Triqui Baja existe además una larga historia de represión política que emana del autoritarismo ejercido por los rancheros mestizos, los caciques indígenas y el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Muchos de los triquis que residen actualmente en California participaron en algún momento en el llamado Movimiento de Unificación y Lucha Triqui (MULT), una organización independiente que ha exigido, desde 1981, la recuperación de tierras comunitarias, y el acceso a infraestructura y servicios sociales.

La mayoría de los migrantes originarios de la región Triqui Baja se dirigen temporalmente a los campos de cultivo de las grandes empresas agrícolas situadas en el noroeste de México, en los estados de Sinaloa, Sonora y Baja California Norte. Esos flujos de migración fueron generados por los propios agroempresarios; con base en el sistema de enganche, ellos contrataban a empresas transportistas que se dirigían hacia las comunidades más alejadas de la Mixteca y reclutaban, por medio de intermediarios bilingües originarios de esa región, a familias completas de jornaleros agrícolas. Al poco tiempo de emigrar hacia el noroeste, muchos indígenas seguían a lo largo del año los ciclos de las cosechas en distintas zonas agrícolas: el jitomate en el Valle de Culiacán, el algodón en el área de Hermosillo, la horticultura en las cercanías de Ensenada (Mapa 4).

Como muchos de sus familiares y paisanos, Marta viajó en varias ocasiones hacia el noroeste de México para trabajar en los campos de jitomate y las empresas empacadoras de alimentos. Resulta interesante observar, a partir de su relato de vida, cómo la experiencia organizativa y de participación política de los indígenas triquis en su región de origen se plasmó en la lucha sindical para mejorar los salarios y las condiciones de vida en los campos de jitomate del Valle de Culiacán (Capítulo II). El saldo de los movimientos de jornaleros agrícolas en Sinaloa generalmente fue la represión y la sustitución de los propios trabajadores por medio del sistema de enganche, que se extendió hacia regiones cada vez más lejanas y aisladas de la Mixteca. Sin embargo, el liderazgo de

los mixtecos y los triquis en los movimientos de jornaleros agrícolas y la participación sindical en los campos del noroeste del país, permitieron la maduración de las organizaciones indígenas oaxaqueñas y la extensión de las redes migratorias.

La experiencia laboral y sindical de los indígenas oaxaqueños en el noroeste de México fue un factor fundamental para dinamizar los flujos y extender las redes migratorias hacia Estados Unidos: los migrantes no solamente se encontraban más cerca de ese destino —lo cual obviamente abarataba el viaje— sino que los contactos con los compañeros de trabajo que habían cruzado la frontera, así como la relación con los contratistas y supervisores que tenían intereses y vínculos en el Norte, abrieron múltiples oportunidades para que los varones jóvenes se arriesgaran a cruzar la frontera en busca de mejores condiciones de empleo. Los pioneros casi siempre fueron hombres solos cuyas familias estaban asentadas en la región de Ensenada. Fue a partir de 1990 que empezaron a cruzar la frontera con mujeres y niños, acompañados generalmente de algún familiar, de tal manera que a finales del siglo XX la migración internacional triqui adquirió visos de una migración comunitaria.

En California, la mayoría de los inmigrantes triquis son hombres que trabajan estacionalmente, durante los meses de abril a octubre de cada año, en las cosechas de frutas y verduras. Sin embargo, a lo largo del último decenio la migración de mujeres ha experimentado un incremento. Por otro lado, en razón del peligro y el alto costo que implica el cruce indocumentado, la estancia en Estados Unidos ha mostrado año con año una tendencia a prolongarse. Mientras que en los noventa la migración era pendular, actualmente muchas familias permanecen en California durante todo el periodo invernal y se mantienen con ayuda caritativa de las iglesias y las Organizaciones no Gubernamentales (ONG), o bien a partir del envío de recursos económicos por parte de los jornaleros que durante esos meses viajan en busca de empleo temporal en otros destinos de Estados Unidos; cuando termina la temporada agrícola, en noviembre de cada año, algunos hombres buscan trabajo en Arizona, en el sur de California o en el noroeste de México, mientras las mujeres y los niños se quedan en el Valle de Salinas o en los valles centrales (Mapa 5).

Así, durante el invierno son mucho menos los hombres que residen en la costa central de California. Algunas mujeres se quedan solas a cargo de los niños. En esa situación, en ausencia de sus esposos, las redes de parentesco se convierten en sistemas efectivos de vigilancia y observación del comportamiento que ellas guardan. Cualquier rumor o información que ponga en duda el recato, la discreción y sobre todo la fidelidad, puede convertirse en causa de una crisis y violencia intrafamiliar. La comunidad entera también se hará cargo de sancionar conductas consideradas inapropiadas. En las comunidades migrantes las redes constituyen, al mismo tiempo, una tabla de salvación, un medio de vigilancia de las mujeres y una vía de reproducción del poder de género.

De acuerdo con las costumbres del pueblo triqui, las mujeres tienen poca o nula participación en la vida pública de sus comunidades, y mucho menos en los espacios institucionales o políticos a escala regional y nacional. En el proceso migratorio hacia

Estados Unidos, esa inequidad tiende a reproducirse, con el agravante de que la situación de indocumentados en la que están casi todas las mujeres y la mayoría de los hombres, provoca el encierro en la comunidad y el miedo a denunciar la violencia y las situaciones de abuso. El racismo y la cultura patriarcal marginan a las mujeres triquis de participar en las decisiones que afectan la vida de su pueblo y sus familias. Las normas de comportamiento que les son transmitidas desde su más tierna infancia las sancionan con severidad cuando alzan la voz, se enojan o se rebelan. Las mujeres indígenas son oprimidas no sólo por el terrible poder interétnico que pesa sobre su pueblo sino, también, por la situación de subordinación y dependencia en la que están respecto de los varones de su etnia.

La desigualdad de género muchas veces se traduce en violencia familiar. Ésta es una causa muy frecuente de angustia y depresión entre las migrantes indígenas en California. Con la experiencia migratoria, la violencia se agrava a veces debido a las múltiples fuentes de frustración que experimentan los jornaleros agrícolas indocumentados y al aumento del alcoholismo entre los hombres triquis. Entre las migrantes indígenas el hacinamiento hace aún más agudo el sentimiento de vergüenza, y el temor a ser golpeadas frente a los demás.

Como muchas mujeres de su comunidad, Marta sufre desde muy joven situaciones de abuso y violencia por parte de los hombres de su familia y su esposo. Su angustia y frustración se traducen en un deseo de ruptura. Sólo después de emigrar a California Marta tomará conciencia plena de sus derechos y logrará adquirir la fuerza individual suficiente para llevar a cabo esa ruptura, a partir de la huida de su casa y la reconstrucción de su vida familiar lejos de su esposo. Esto implica que tendrá que mantener sola a su familia; además, deberá regresar por sus propios medios a su comunidad de origen para recoger a sus hijos, cruzar con ellos la frontera por el peligroso desierto de Arizona y llevarlos a vivir a Greenfield.

Es esa actitud de lucha y coraje en el ámbito familiar la que le dará el valor suficiente para reclamar en público sus derechos y los de todas las mujeres indígenas. De alguna manera, la vida de Marta demuestra la frecuente imbricación de lo público con lo privado en el proceso de participación política y liderazgo de las mujeres mexicanas.

El papel que Marta Jiménez desempeña en la comunidad triqui de Greenfield supone un valor excepcional, pues implica una ruptura permanente con sus vínculos de dependencia. En una sociedad que ha amordazado tanto a las mujeres indígenas como a las y los inmigrantes indocumentados, Marta se atreve a gritar su inconformidad, a exigir los derechos de los indocumentados, de las trabajadoras agrícolas y de las mujeres indígenas en diversos foros públicos.

Esa actitud rebelde, de ruptura, tiende a estigmatizarla y marginarla de la comunidad inmigrante en el Valle de Salinas. Como lo expresan los hombres triquis, ella representa “un peligro para sus mujeres, un mal ejemplo”. Sin embargo, paradójicamente, es a la vez un vínculo útil, incluso indispensable, con la comunidad latina y las instituciones regionales. Sus estudios, su gran facilidad para expresarse en público y su dominio del

idioma español la sitúan, entre muchos inmigrantes triquis, sobre todo entre los recién llegados, como un contacto valioso.

En efecto, en los lugares de asentamiento de los inmigrantes triquis, algunos hombres y mujeres sobresalen por su capacidad para adaptarse al nuevo entorno, y relacionarse con los contratistas y otros empleadores, con las instituciones educativas, de salud, las iglesias, los sindicatos y las ONG. En una comunidad que valora la tradición y el patriarcado como recursos de poder, estos individuos carecen de la legitimidad que proporcionan las costumbres. Probablemente en sus comunidades de origen serían excluidos, expulsados; sin embargo, en el exilio poseen recursos muy valiosos que la comunidad no puede desecharse. Así, los hombres y las mujeres triquis de Greenfield oscilan entre los resquemores, el temor de acercarse a Marta y la necesidad de recurrir a su ayuda.

El surgimiento de liderazgos femeninos en la comunidad triqui es un fenómeno social nuevo, sin duda facilitado por la generalización de la escuela primaria y secundaria en su región de origen y la experiencia de la migración que afecta cada año a más familias. El conocimiento de otros valores culturales y la transformación de las expectativas de las mujeres indígenas implican, muchas veces, un incremento de los conflictos en el hogar. Sin embargo, también representan la posibilidad, sin precedentes, de escuchar su voz fuera de la región y la comunidad triqui.

En ese sentido, me pareció importante hacer un espacio en la biografía de Marta para escuchar su historia, narrada a partir de su propia voz. A pesar de que la mayor parte del texto está narrado en tercera persona,<sup>3</sup> en el segundo y el cuarto capítulo retomé partes de su testimonio, con base en una transcripción corregida de las entrevistas.

<sup>3</sup> Reconstruí la biografía con elementos múltiples, entre los que figuran de manera central las entrevistas con Marta y otros testimonios ofrecidos por las mujeres triquis.

CRONOLOGÍA

Año	Acontecimientos
1963	Boda de Juan Jiménez y María Martínez.
1964	Nace Antonia Jiménez Martínez, primera hija de Juan y María.
1966	Nace en enero Marta Jiménez Martínez en la comunidad de Santa Cruz Río Venado, municipio de Constanza del Rosario, Oaxaca.
1967	Nace Luis Jiménez Martínez.
1968	Nace Guadalupe Jiménez Martínez.
1971	Marta y Antonia ingresan, con la recomendación de su tío Paulino Martínez, a la escuela internado de Nazareno Xoxo (en el IIISEO).
1975	Traslado de las dos niñas a la escuela primaria de las Religiosas de los Sagrados Corazones, en San Juan Copala. Traslado de las dos niñas a la escuela primaria de Santa Cruz Río Venado. Marta aprende el arte del telar con su madre y su abuela.
1976	Boda de Antonia. Traslado de Marta a la escuela primaria bilingüe de San Juan Copala.
1977	Traslado de Marta a la escuela primaria de Etna, Oaxaca.
1978	Ingreso de Marta a la secundaria de Putla, Villa de Guerrero, Oaxaca.
1980	Ingreso de Marta a la secundaria de Santiago Juxtlahuaca, Oaxaca.
1981	Marta se recibe de la secundaria en Juxtlahuaca y se va a vivir con su madre a Sabana, Copala.
1982	Marta huye a la Ciudad de México con sus tíos. Ingresa a la preparatoria. Conoce a Javier y se van a vivir juntos a Sinaloa.
1983	Marta se embaraza y viaja de regreso a casa de su mamá.
1984	Nace la primera hija de Marta, Dalia.
1985	Marta firma un contrato y regresa a trabajar a Culiacán, Sinaloa.
1986	Marta se junta con Rafael, en Baja California. Viajan juntos a Sinaloa. estalla la huelga en los campos de jitomate del Valle de Culiacán. Dirigen la huelga líderes mixtecos y triquis (varios de ellos habían participado en el MULT en su región de origen).
1987	Nace en Sinaloa el primer hijo de Marta y Rafael, Juan.
1988	Nace en Ensenada la pequeña Isabel, segunda hija de Marta y Rafael.
1990	El 23 de enero el tío de Marta, Paulino Martínez y su primo, Bonifacio Martínez, son asesinados en las cercanías de Río Lagarto, en la región triqui.
1991	Nace en Ensenada Paulino, tercer hijo de Marta y Rafael.
1992	Nace en Ensenada Enrique, el cuarto hijo de Marta y Rafael.
1994	Nace en Ensenada Alicia, la quinta hija de Marta y Rafael.

- 
- 1994 A partir de este año y hasta 1996 Marta trabaja en Radio Bilingüe, en Ensenada.
- 1996 Llegan los primeros indígenas triquis a Greenfield, California.
- 1997 En enero Rafael, Marta y sus seis hijos viajan a Paso del Águila, en la región triqui.
- 1997 Se ocupan las tierras, se construyen casas y se lleva a cabo la primera siembra en Cerro Tejón.
- 1999 El 4 de enero es asesinado el señor Roque en Cerro Tejón.
- 1999 En marzo, abril y noviembre Rafael y Marta intentan cruzar tres veces la frontera por Nido del Águila, Baja California Norte. En las tres ocasiones son detenidos y deportados a México. Marta intenta dos veces, sin lograrlo tampoco, cruzar la frontera por Tijuana, Baja California Norte. Marta cruza la frontera por El Altar, Sonora. Se establece durante tres semanas en Águila, Arizona, donde va a buscarla su esposo, Rafael. Viajan juntos a Greenfield, California. Deja a Rafael. Renta sola un cuarto en Greenfield.
- 2000 En abril y mayo Isabel llama por teléfono a Marta y le pide que regrese porque no encuentran a su hermanito, Enrique. Marta regresa a Paso del Águila. Viaja con sus cinco hijos a El Altar, Sonora. Juan, el hijo mayor de Marta, se separa de su madre para seguir su camino hasta Baja California Norte. Marta y sus cuatro hijos más pequeños cruzan la frontera por el desierto de Arizona.
- 2003 En febrero (el día 8) y agosto se forma el grupo de artesanas triquis Las Mujeres del Sur, en Greenfield, California. Nace Yanet, hija de Isabel y primera nieta de Marta.
- 

## I. Río Venado, Oaxaca

Cuentan los triquis que en sus tierras, situadas en la Mixteca oaxaqueña, vivió hace muchos años, cuando todavía no nacían el Sol ni la Luna, la vieja *Ga'aj*, madre de la nación triqui. Se casó con un venado que vivía en los montes. La anciana habitaba una cueva cerca del río. Un día fue a pescar, con su huipil sacó del agua a dos niños muy pequeños y decidió criarlos como si fueran propios. Todos los días, los niños la veían partir al monte para llevarle maíz a su esposo. En una ocasión, le pidieron a la anciana que los dejara llevar las tortillas a su padre. Ella accedió y los dos niños emprendieron el camino hasta la punta del cerro con su itacate, pero en lugar de alimentar al venado, le pusieron una trampa. Lo mataron, le despegaron cuidadosamente el cuero, lo rellenaron de zacate y de animales ponzoñosos. Prepararon con su carne un sabroso pozole, comieron hasta saciarse y llevaron las sobras a la anciana, que disfrutó también del guiso.

Al día siguiente, *Ga'aj* fue como siempre a buscar al venado. Al llegar cerca de la cumbre, lo vio parado en un claro del bosque. Le llevó la comida y como el animal no se movía, trató de sacudirlo. Decenas de avispas se lanzaron encima de ella y la picaron.

Regresó furiosa a la cueva, dispuesta a matar a los dos niños para vengar el asesinato de su esposo. Pero éstos le dieron de comer zapotes amarillos y la anciana cayó dormida. Los muchachos aprovecharon para violarla, tras lo cual salieron huyendo hacia el cielo. Se convirtieron en el Sol y la Luna. Al despertar, la anciana vio que sus hijos se habían transformado en los dos astros que alumbraban la Tierra. Con impotencia y enojo, lanzó hacia el cielo las siete estacas de su telar. Éstas se convirtieron en siete estrellas (las siete Cabrillas).<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Mito triqui narrado a partir de entrevistas; *cf.* Agustín García Alcaraz. *Timijei. Los triquis de Copala*, Ciesas, México, 1997 (primera edición 1973); *cf.* también el relato de Pablo Hernández Cruz. "El nacimiento del Sol y la Luna", en *Relatos triquis. Nato ne güendu yio*, Colección Lenguas de México, Conaculta, Dirección General de Culturas Populares e Indígenas, México, 1998.

\*\*\*

En las tierras situadas en la Mixteca oaxaqueña se ubica hoy la región Triqui Baja, en un área montañosa muy accidentada llamada el Nudo Mixteco, donde se enlazan la Sierra Madre del Sur y la Sierra Madre Oriental (Mapas 2 y 3). Dos carreteras recortan la región por su frontera este: la Panamericana, que se dirige de Oaxaca hacia la Costa en dirección a Pinotepa Nacional, pasando por la ciudad de Putla Villa de Guerrero; y la carretera secundaria, que recorre la Mixteca desde la ciudad de Huajuapán de León hasta la comunidad triqui de Carrizal, donde entronca con la carretera Panamericana. Existe también un pequeño camino de terracería construido durante los años setenta, que va de Putla hasta San Juan Copala, centro político y ceremonial de la Triqui Baja. La mayoría de los triquis suele moverse a pie y transportar sus productos en la espalda o en burros y caballos; caminan por veredas angostas, que se abren paso entre la maleza y trepan por las laderas de los cerros, difíciles de transitar en época de lluvias.

Esta parte de la Mixteca casi siempre está cubierta por un espeso manto de nubes u oculta bajo la neblina. En las raras ocasiones que clarea el paisaje, se divisan en el horizonte cumbres, cañadas, quebradas, ríos, arroyos y cascadas, que se precipitan por las pendientes casi verticales, bajando desde Chichahuaxtla, en la región Triqui Alta (situada a más de 3 000 metros), hasta los valles de los Copalas, que se sumen hasta los 600 metros sobre el nivel del mar. Hondonadas, ríos y montes han sido bautizados con nombres surgidos de las leyendas triquis: en el centro de la región se eleva el Cerro de Dios (*Quij Ya' anj a*) donde pueden observarse dos pequeñas cordilleras, una se dirige hacia el sur y la otra al oriente. La primera pasa por La Cumbre (*Quij a*), Cerro Cabeza (*Quij Yave a*) y Cerro Pájaro (*Quij Chataj a*); la segunda por Cerro Ocho (*Quij Itunj a*) y la Brama, con una rama que se dirige por Cruz Chiquita (*Ruse cumi a*) hasta San Miguel Copala.<sup>5</sup> En el Cerro de Dios brota el río Copala, que corre por el valle hasta unirse con el río Venado, que baja del cerro Pájaro. Los afluentes del Copala como Sabana, Tilapa Coyuchi y Metates, al igual que algunos riachuelos y caídas de agua, crecen y riegan abundantemente la región en época de lluvias.

Las pequeñas comunidades, construidas al borde de los ríos y al pie de los cerros, han recibido los mismos nombres que éstos; saliendo de Putla y después de cruzar la comunidad mestiza de Santa María, nos internamos en la región Triqui Baja por el poblado de Llano Nopal. Si tomamos el camino de terracería en dirección al poniente, llegamos a los poblados de Río Venado y Río Lagarto, que se sitúan en la frontera con el estado de Guerrero. Al continuar por la pequeña carretera que conduce a Copala, donde han iniciado ya las obras de pavimentación, pasamos por los poblados de Río Metate, Coyuchi, Guadalupe Tilapa y Cieneguita, hasta llegar finalmente a Rastrojo, un pueblo que en los últimos años ha crecido mucho gracias a la fuerte presencia política del llamado Movimiento de Unificación y Lucha Triqui (MULT).

<sup>5</sup> Agustín García Alcaraz. *Tinujei. Los triquis de Copala, op. cit.*

Algunas pendientes están cubiertas por espesos bosques de pinos, enebros, encinos y fresnos, donde crecen hierbas comestibles como los quelites, que forman parte sustancial de la dieta regional, hongos, camotes de cerro y una variedad de raíces. En las laderas de los montes y los valles se extienden las milpas y los platanares, el mango y otros frutales. Los cafetales, que llegaron a cubrir la mayor parte de las tierras cultivables, han sido poco a poco abandonados, debido al derrumbe de los precios en los mercados, o carcomidos por el gusano barrenador, que ha causado terribles estragos en la mayor parte de la Mixteca. Los campesinos indígenas cotidianamente trabajan en sus campos con las mismas herramientas que han utilizado a lo largo de los siglos: la coa y el arado de madera; cosechan maíz para autoconsumo y plátano para su venta en los mercados regionales. En las zonas boscosas habitan todavía muchos conejos, y en los parajes más apartados los triquis llegan ocasionalmente a cazar venados.

\*\*\*

Marta Jiménez Martínez nació en enero de 1966 en el poblado de Santa Cruz Río Venado, municipio de Constancia del Rosario, distrito de Putla. Vio la luz por primera vez en una choza de madera situada en el valle. La partera recibió a la niña con sus manos expertas, tajó el cordón umbilical y entregó la placenta a sus familiares para que la enterraran en el patio de la casa. Fue la segunda de nueve hijos.

El padre de Marta, Juan, era originario de Sabana. Cuando era joven, los Copalas se vieron envueltos en sangrientos enfrentamientos entre barrios y familias. En aquellos años, las luchas por los linderos de tierras y el control de los recursos locales llevaron a la división de la región Triqui Baja en facciones formadas por varias comunidades. Incluso al interior de los barrios germinaron el odio y la violencia.

Cada barrio constituía entonces un territorio ocupado por entre 20 y 50 familias extensas que conformaban no más de dos o tres grupos familiares, de tal manera que casi todos los miembros de la comunidad tenían alguna relación de parentesco cercana o lejana. Esas familias ocupaban un territorio delimitado a partir de los accidentes naturales del terreno como los ríos, las cumbres y los peñascos.<sup>6</sup>

Las familias ubicadas en los márgenes de los barrios, donde se debilitaba la cohesión y los lazos familiares, se volvían más difusas; se encontraban en una situación de particular vulnerabilidad. Era frecuente que ahí los pobladores perdieran la vida por conflictos aparentemente sin importancia, y que familias enteras tuvieran que abandonar su hogar.<sup>7</sup>

Eso fue lo que le sucedió a la familia paterna de Marta, cuando uno de sus tíos fue acusado de haber robado unas gallinas. Como negó rotundamente los hechos, le cobraron

<sup>6</sup> *Ibidem.*

<sup>7</sup> León Javier Parra Mora y Jorge Hernández Díaz. *Violencia y cambio social en la región triqui*, Consejo Estatal de Población de Oaxaca/Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, Oaxaca, 1994.

el “agravio” con su vida. Después de enterrarlo, muchos de sus familiares huyeron de Sabana, abandonando su casa y sus terrenos. El padre de Marta se fue a vivir a Río Venado, donde todavía reinaba la calma.

El pueblo de Santa Cruz Río Venado estaba entonces formado por unas cuantas casas ubicadas entre el cerro y el valle, a las orillas del río. La mayor parte de las casas tenía piso de tierra y una sola pieza, que servía al mismo tiempo de troje, estancia, cocina y dormitorio. Aquel caserío era el barrio más alejado del centro (*Chana'a*), San Juan Copala, a donde los ríovenadenses, recorriendo los interminables senderos que serpentean por valles y montañas, acudían todavía los días de fiesta.

\*\*\*

Cuando fue a pedir a María, Juan era mucho mayor que ella y ya tenía una esposa y dos hijas. Al año de casarse María tuvo a su primera hija, Antonia, y dos años después llegó al mundo la pequeña Marta.

Para bautizar a la bebé, decenas de parientes procedentes de distintos barrios se reunieron en Río Venado, y dirigidos por el padrino emprendieron en fila la larga caminata hasta Putla. En la iglesia de la Natividad buscaron primero la bendición del cura, para pasar después por el registro civil. Fue el sacerdote quien informó al padrino que la niña se llamaría Marta, en honor a la virgen del mismo nombre.

Muchos triquis no tuvieron nombres cristianos ni apellidos hasta mediados del siglo XX, época en que la congregación huajuapeña de las religiosas de los Sagrados Corazones llegó a San Juan Copala. Entre ellos se llamaban con sobrenombres que solían adquirir durante la niñez, pero podían cambiar a lo largo del tiempo. Había triquis que usaban toda la vida el nombre de un animal como “Conejo”, “Armadillo” o “Tejón”. Los niños chicos eran interpelados por *chini*. Cuando salían de la región o llegaba algún comerciante a comprar el café, las mujeres solían llamarse “María” y los hombres “Juan”. Al inicio de la emigración hacia Sinaloa, en el momento de ser enganchados por los contratistas, muchos triquis se pusieron nombres y apellidos castellanos.

Hace poco menos de medio siglo, las religiosas enseñaron el ritual del bautizo en la región Triqui y explicaron la necesidad de que los niños tuvieran nombres cristianos. El cura empezó a visitar regularmente la iglesia de Copala, donde se venera la famosa imagen de Tata Chú (Niño Jesús). Cuando bautizaba a los niños, les ponía el nombre del santo correspondiente al día en que habían nacido. Dicen que en aquel tiempo un comerciante de San Juan Copala, dueño de una tienda, empezó a vender apellidos: los estampaba en un papel con una escritura estilizada y se los daba a los padres a cambio de unos cuantos pesos. Así se empezaron a utilizar muchos de los apellidos que siguen siendo comunes en la región triqui.

Al emigrar hacia el noroeste del país, durante la década de los setenta, los triquis escucharon nombres con diversas sonoridades y aprendieron su significado en español.

Con su gusto por adoptar las costumbres y conocimientos que los seducen, muchas parejas triquis escogieron distintos nombres para sus hijos, imaginados o sugeridos por los compañeros de trabajo, la televisión y las bandas musicales.

\*\*\*

María y Juan engendraron cuatro hijos: Antonia, Marta, Luis y Guadalupe. Al poco tiempo de vivir juntos, la discordia se instaló en el hogar y envenenó la vida de la pareja. Un día, Juan partió lejos de la región Triqui y dejó que María se encargara de criar sola a los niños. Tomó autobuses hacia diversos destinos, donde se empleaba como jornalero agrícola; conoció así los campos de piña de Loma Bonita, Veracruz, los tomateros de Culiacán, Sinaloa, y el algodón de Hermosillo, Sonora. En los noventa, cruzó la frontera siguiendo el jornal por los campos agrícolas de Arizona, California, Oregon y Washington.

Incapaz de hacerse cargo de sus pequeños, para mantenerlos y educarlos, María buscó la ayuda de su madre y sus hermanos. Fue Paulino, el más joven de los tíos, quien asumió la mayor parte de las responsabilidades y de la carga económica. Por su parte, María duró poco tiempo sola. Cuando se separó de su primer esposo era todavía muy joven, su piel era tersa, su cara redonda y rellenos sus pómulos. Era además una artesana hábil y sus largos huipiles colorados, sembrados de mariposas verdes, azules, rojas y anaranjadas, eran admirados y codiciados por todas las mujeres de la región. Pronto otro hombre se acercó a ella y tuvieron dos niños. El mayor se llama Venancio y vive ahora en el norte, como Marta. El más chico tuvo el nombre de Cirilo y murió antes de cumplir los dos años. Su corta vida fue un largo calvario a causa de la enfermedad. Siendo recién nacido, empezó a cubrirse de llagas en las axilas, las orejas y los pies. Atraído por su tristeza le penetró un animal, que fue carcomiendo su piel y su carne, hasta llegar a los delgados huesitos y al corazón.

Cuando el niño estaba recién nacido, María regresó a casa de su madre cargándolo y jalando de la mano al pequeño Venancio, de cuatro años. Paulino, quien a duras penas había tratado hasta entonces de ayudar a criar a los cuatro hijos de su hermana, enfureció cuando la vio llegar sin esposo y con dos bocas más que alimentar. Para buscar una salida, organizó en la casa una reunión con familiares que llegaron de Rastrojo, Ladera, Sabana, Río Venado y Paso del Águila. El amplio consejo familiar tomó la decisión de dejar a los dos niños con su padre.

Cuando aquello sucedió Marta era sólo una niña, pero por la pena de perder a sus dos hermanos más pequeños le insistió a su madre que regresara por ellos. El pecho de María se llenaba de leche y enviaba fuertes punzadas hacia su corazón. Un día fue a recuperar a su bebé, que por entonces se encontraba gravemente enfermo. Lo llevó con el curandero, quien encendió dos velas, las movió lentamente por encima del niño y en el abochornado ambiente de la choza observó las llamas, las chispas y la dirección del humo. Leyó su dolor y limpió al pequeño pasando por su cuerpecito un huevo de gallina. Sin embargo, no

logró extraerle la tristeza. Al ver que la enfermedad no retrocedía, María llevó al pequeño Cirilo con una anciana que conocía perfectamente el valor de las hierbas. La mujer recetó compresas de florifundio y un té de coyota, pero el mal avanzaba inexorablemente. En su exasperación, la madre tejió sin parar, desde la madrugada hasta altas horas de la noche. Tejió huipiles, gabanes, servilletas y bolsas, para venderlos y así llevar al niño con un médico de Putla. Pero las medicinas no pudieron salvarlo tampoco.

Después de su segunda separación y de la muerte de Cirilo, María vivió durante muchos años sola. Se dedicó a tejer e ir a Oaxaca, muchas veces, a vender sus artesanías. Acompañaba a su madrina que vivía en esa ciudad. Aunque no hablaba español y no sabía leer ni escribir, viajaba sola por los caminos y las carreteras del estado para ganarse la vida.

Cuando tenía más de 30 años, conoció a otro hombre en Agua Fría, Copala. Se casó por tercera vez y tuvo tres hijos: Fernando, Aurora y Ángel. Marta escogió el nombre de "Aurora" mientras observaba el resplandor del sol que cubre el cielo al amanecer. Ángel obtuvo su nombre del de un sacerdote que vivió muchos años en San Juan Copala y buscó mercados para las artesanías de las mujeres triquis, distribuyéndolas en Guanajuato y Puerto Vallarta.

\*\*\*

La abuela de Marta tuvo tres hijos y una hija. Enviudó cuando los niños todavía no tenían edad suficiente para ayudarla en las labores del campo. Heredó la parcela que por años había trabajado su esposo y puso tanto esmero en cuidar la milpa como en ayudar a crecer a sus hijos. Al pasar de los años dos de ellos se hicieron cargo del trabajo campesino y criaron a sus familias en esas mismas tierras. Paulino, el tercero, cultivó el gusto por los conocimientos y la reflexión. Desde pequeño, su inteligencia, su preocupación por la historia y por la justicia desconcertó a los maestros. María, por su parte, aprendió el arte del telar.

Paulino estudió los primeros años en la primaria de Santa Cruz Río Venado. Para continuar sus estudios se fue a vivir a Putla, donde se empleó como mozo. Aprendió así muy pronto que la prosperidad de los comerciantes putlecos se fincaba en la discriminación y el desprecio de los indígenas, en el trabajo y esfuerzo arrebatados y burlados. Emigró más tarde a la ciudad de Oaxaca, donde concluyó sus estudios secundarios e ingresó a la Normal de Maestros. Más tarde, estudió en el Instituto de Investigación e Integración Social (IIISEO), en el poblado de Nazareno Xoxo, cercano a Oaxaca, para formarse como maestro y promotor bilingüe. En 1972 regresó a su región nativa para ejercer su profesión y, sobre todo, para emprender la difícil tarea de unificar al pueblo triqui.<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Francisco López Bárcenas. *Muertes sin fin. Crónicas de represión en la región mixteca oaxaqueña*, Serie Derechos Indígenas 2, Centro de Orientación y Asesoría a Pueblos Indígenas y *Ce'Acatl*, México, 2002.

Cuando todavía no terminaba sus estudios, se percató de las condiciones de pobreza y abandono en que estaban su hermana y sus sobrinos. A pesar de su juventud, de sus propias presiones y necesidades económicas, se dedicó a buscar educación y hogar para las dos niñas mayores, y encargó a los dos menores con la abuela y los tíos. Llevó primero a Marta a la ciudad de Putla y la dejó con una mujer que se hizo cargo de ella, para observar si la pequeña era capaz de valerse por sí misma. Unas semanas después, cuando su tío regresó a buscarla, la señora aseguró que se comportaba como una buena niña y que tenía edad suficiente para ir a la escuela. Paulino fue entonces a buscar a Antonia y recogió unas cuantas prendas de vestir que las dos niñas tenían. Las trasladó en autobús a Oaxaca y de ahí a la escuela internado del IIISEO, en Nazareno Xoxo.

Paulino fue un padre para Antonia y Marta, y lo que resultaba aún más difícil en aquellos momentos, fue un padre a la vez responsable, estricto y cariñoso. Tenía la esperanza de que educadas en Oaxaca y dominando la lengua castellana, las niñas no tendrían que crecer sin más destino que el metate y el telar, aplastadas por el mando del esposo y los suegros, dobladas eternamente bajo el peso de la faena y de los hijos, que primero crecían en el vientre y después en el rebozo.

Para cambiar el curso de su historia, Paulino inscribió a las dos niñas en el internado para niños indígenas del IIISEO. Marta tenía cinco años y sólo hablaba el triqui. De sus primeras semanas de escuela recuerda el desamparo y el hambre, pues si bien en su casa nunca sobraron los alimentos, en el internado le condicionaban la comida a sus progresos en el castellano. En ese lugar los jardines eran inmensos y abundaban los árboles frutales. En el borde de los caminos y en torno a los dormitorios crecían mameyes, plátanos y papayas. Pero para que pudiera saborearlos, tenía que aprender las impronunciabiles palabras con las que las maestras designaban a esos frutos.

El internado para niños indígenas, así como el conjunto del IIISEO, constituía un proyecto impulsado por el gobernador del estado y más tarde Secretario de Educación Pública, Víctor Bravo Ahuja, ideado por su esposa, que entonces era una reconocida lingüista del Colegio de México, Gloria Ruiz de Bravo Ahuja. El mismo se adecuaba perfectamente a las ideas de integración sostenidas por el indigenismo oficial en la época del presidente Luis Echeverría Álvarez (1970-1976).

En un diagnóstico inicial, los fundadores del proyecto IIISEO concluyeron que el mayor obstáculo para la modernización y el desarrollo económico del estado era la gran diversidad cultural, plasmada en la existencia de más de 16 grupos indígenas. Éstos eran definidos como grupos "desarticulados y fragmentados", con los cuales no era posible la comunicación ni el intercambio efectivo. Así, consideraban necesario modificar la estructura social para avanzar hacia la cohesión, homogenización e integración de la sociedad oaxaqueña.<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Gloria Ruiz de Bravo Ahuja y Beatriz Garza Cuarón. *Problemas de integración*, Gobierno del estado de Oaxaca, Oaxaca, 1970.

Se inició un plan piloto, diseñado por un grupo selecto de investigadores, que contemplaba el desarrollo de un novedoso método de enseñanza del español para niños indígenas monolingües. Los promotores encargados de aplicarlo serían formados también en el IIISEO; se trataba en su mayoría de maestros cuidadosamente seleccionados y capacitados en el propio instituto.

Las pruebas se realizaron en la escuela "Mejoradoras del Hogar Rural de Oaxaca", que enseñaba a las niñas indígenas oaxaqueñas castellano, lectura, escritura, y las artes que por generaciones habían aprendido las mujeres en sus comunidades: tejido, bordado, corte y confección. La fundadora de esta escuela fue la maestra Mariela Morales. En Oaxaca, sus alumnas fueron conocidas como "las marielitas". Con el arribo del IIISEO, la escuela desapareció pero proporcionó su infraestructura y su influencia entre la población rural del estado. Mariela se volvió la directora administrativa.<sup>10</sup>

Paulino Martínez, tío de Marta y Antonia, participó exitosamente en las pruebas iniciales y fue de los primeros promotores formados en aquel ambicioso proyecto. De esa manera supo que sus impulsores buscaban a niños indígenas monolingües para echar a andar el albergue y la escuela primaria, y propuso a sus dos pequeñas sobrinas.

A inicios de los setenta, llegaron al internado decenas de niños que desconocían el español; hablaban zapoteco, mixteco, chatino, mixe, triqui y otras muchas lenguas indígenas. Durante los primeros meses de su estancia, antes de recibir nociones básicas de lectoescritura, los niños tenían que aprender a hablar el castellano. En realidad, la lengua materna de los niños y niñas fue relegada, o simplemente mutilada. En el salón de clases y las tareas cotidianas, sólo el español era admitido como forma de comunicación.

Los lingüistas del IIISEO consideraban que había sido un error alfabetizar a los indígenas en su propia lengua, pues eso requería un proceso largo e imperfecto de aprendizaje del castellano. Éste terminaba por adquirirse como traducción de las lenguas indígenas, sin que mediara un conocimiento de la estructura del lenguaje.

Es probable que aquellos respetables investigadores que diseñaron la propuesta y seleccionaron a sus ejecutores, no pensaran en algunas de las consecuencias que para los niños y niñas tendría la pérdida de su idioma materno. Si de integración se trataba, el proyecto resultó indudablemente un fracaso: arrancados de sus familias y comunidades, desenraizados y desarraigados, las pocas generaciones de jóvenes que egresaron del IIISEO dominaron el español pero perdieron su identidad.

Marta y Antonia estudiaron durante cuatro años en Nazareno Xoxo. Algunos fines de semana Paulino iba a visitarlas; en esas ocasiones Marta se agarraba de su ropa y le insistía que la llevara de regreso a Río Venado. Por eso las maestras le pidieron a Paulino que dejara de venir a la escuela durante un tiempo, hasta que las niñas se adaptaran a su nuevo ambiente. Ellas se fueron acostumbrando así poco a poco a su vida en el albergue.

<sup>10</sup> Roberto Cervantes Delgado. *Tristes triques. Un diario de campo en la Mixteca de la Sierra* (1969), Colección Obra Diversa, INAH, México, 1999.

El español empezó a ser una lengua familiar mientras se borraban de su memoria, hasta desaparecer, las palabras triquis que hasta entonces habían designado su mundo.

Muchos de los niños que vivían en el internado regresaron a sus comunidades durante los fines de semana y en los periodos vacacionales. En cambio, en esos años Marta y Antonia no salieron casi nunca de la escuela. La maestra Mariela fue una figura central que les brindó el cariño, el amparo y la seguridad que necesitaban. Tratando de paliar su soledad, la directora las consolaba, las consentía, les regalaba collares, aretes y juguetes. Los domingos les daba unas monedas para que compraran dulces o antojos en la cooperativa de la escuela.

Durante esos primeros años de primaria, ninguna de las dos niñas desairó a su tío con sus resultados escolares. Ambas destacaron por sus aptitudes para aprender las letras y los números, los nombres de los países y de los continentes. Marta mostró también habilidad para el tejido y los trabajos manuales. Las maestras daban clases de gancho, agujas, corte, costura y bordado.

\*\*\*

El verano en que Marta ganó su pase al cuarto año de primaria, llegó a visitarla su padre. Él se había convertido en un extraño y hablaba un idioma que las niñas habían relegado al olvido. Fue sólo hasta que acudió su tío Paulino que las dos brincaron de alegría.

Al ver que sus sobrinas iban olvidando sus raíces y su lengua materna, Paulino decidió que era tiempo de regresarlas a su hogar. Siguiendo sus indicaciones, al inicio de las vacaciones una maestra las acompañó hasta el camión que las llevaría a Oaxaca, donde tomaron solas el autobús a Putla. Al cabo de ocho horas de viaje por la carretera que se internaba en la Sierra Mixteca, arribaron finalmente a la terminal de Putla con la ilusión de estar cerca de casa. Pero faltaba todavía una larga caminata hasta Río Venado. Bajaron del camión una caja con sus pertenencias y fueron a buscar a don Chico, que durante la semana guardaba el caballo de su tío Paulino. Le pidieron permiso para llevarse el animal, subieron la caja a su lomo y emprendieron la marcha hacia su pueblo. A lo largo del camino iban jugando junto a la montura: se lanzaban bromas y adivinanzas, contaban historias e inventaban recuerdos. Caminaron así toda la tarde por los senderos que culebreaban entre las montañas y los valles. Brincando de piedra en piedra atravesaron el río y empaparon sus guaraches ya raídos por el uso. Cruzaron los arroyos que brotaban entre las piedras, avanzaron en silencio por las sombras amenazantes de los bosques y finalmente llegaron a Río Venado cuando un manto de oscuridad empezaba a cubrir las veredas y los montes.

En la casa las esperaban la madre, la abuela y los tíos. Las recibieron con exclamaciones de alivio, pero todos conversaban en una lengua que ahora les resultaba tan incomprensible como el trino de los pájaros. Sólo la joven esposa del tío Paulino, llegada de Oaxaca, hablaba palabras conocidas por ellas.

Cuando Marta y Antonia regresaron a su pueblo, esta nueva tía se convirtió en su tabla de salvación. Como cuatro años antes, cuando las habían internado en el IIISEO, sentían la profunda soledad que significaba escuchar incesantemente una lengua desconocida. Seguían a su tía como su sombra cuando ella iba al mercado o bajaba a lavar al río, ya que era su único contacto con ese mundo adulto tan distinto al del internado. Sin embargo, la lengua triqui regresó poco a poco a partir de las expresiones reflejadas en la cara de su madre y su abuela. Las palabras empezaron a fluir de nuevo: primero parecían evocar imágenes de un sueño cuya trama resultaba imposible de reconstruir, al cabo de unas semanas jalaban lentamente el hilo casi completo de aquel sueño.

Al finalizar el verano, Marta y Antonia se expresaban otra vez con facilidad en lengua triqui. Paulino las inscribió entonces en la escuela-internado de las religiosas, en San Juan Copala. Marta sintió que le quedaban chicos los salones, las compañeras y las enseñanzas de las maestras. Se distraía fácilmente en clase y las monjas se quejaban de que era una niña inquieta, ruidosa y preguntona. Mientras que en Nazareno Xoxo le habían enseñado el valor de la duda y la importancia del conocimiento, sus compañeras de Copala poseían algo que era mucho más apreciado por las religiosas: la actitud dócil, sumisa y silenciosa que debía caracterizar a las niñas y las mujeres triquis.

Marta y Antonia no duraron ni tres meses en el albergue de Copala. Durante el invierno fueron trasladadas a la escuela primaria de Río Venado. Por primera vez desde su más tierna infancia, Marta convivió con su madre, recibió sus consejos, y ella la acompañó y apoyó en sus labores después de la escuela. Así, con el telar de cintura aprendió a tejer servilletas, bolsas y huipiles. Miró con atención a las mujeres de su familia cuando plantaban en el suelo de tierra sus estacas para deshilar, combinando rojos, azules, amarillos, verdes, blanco y negro. Aprendió después a amarrarse el telar en la cintura y pasar el palo con estambres para formar mariposas, venados, flores y estrellas. Descubrió el orgullo de terminar su labor, primero las pulseras, después la faja para las recién paridas, el morralito para cargar el almuerzo a la milpa, la servilleta roja para mantener calientes las tortillas. Y cuando sus dedos dominaban ya la cuenta de los hilos, su madre le enseñó el arte más difícil de todos: la fabricación del huipil. La mejor tejedora podía tardarse dos meses en confeccionar uno. Para una pequeña aprendiz, ese representaba un reto extraordinario en tiempo y habilidad. En vacaciones, Marta acompañaba a su madre a la gran ciudad. En Oaxaca, se apostaban en una esquina del mercado y ofrecían sus productos a los turistas, regateando tímidamente el precio de su trabajo.

Las pocas niñas triquis que asistían entonces a la escuela no usaban huipil sino vestidos de colores que adquirían en las tiendas de Putla. Como lo hacía cuando las niñas vivían en Nazareno Xoxo, Paulino se encargaba de los gastos de Marta y Antonia. Regularmente dejaba dinero a su hermana para que les comprara ropa, zapatos, medicinas y útiles escolares. Sin embargo, la madre guardaba cada centavo para gastarlo en hilo y estambre. Durante esos años, Marta tuvo que conformarse con usar dos mudas de ropa: un vestido verde y uno azul floreado. Cuando uno de los dos se ensuciaba, tenía que lavarlo en la tarde y usar el otro.

\*\*\*

Antonia cursaba el quinto año de primaria, había cumplido 12 años. Fue entonces cuando un joven de Río Venado se fijó en ella. Tal vez vio su paso ligero cuando regresaba a su casa al terminar las clases, o notó su risa tan limpia que salpicaba la tierra al caminar junto a Marta. Posiblemente imaginó el futuro, anticipó su cuerpo de mujer. El caso es que un día se acercó a ella y muchos los vieron juntos: los tíos lo comentaban en la cena, la abuela le prodigaba advertencias y hasta Marta sintió temor de perder a su hermana.

Iniciaba 1976, el padre de Antonia y Marta se encontraba en el pueblo para la pizca del café, que moteaba ya de rojo los campos. Cuando oyó que su hija mayor estaba ya en edad de ser admirada por un hombre, se alegró de que el tiempo pasara tan rápido y hubiera llegado la época de la cosecha. Sin pedirle su opinión a Paulino, que había criado a la niña, el padre de Antonia recibió con atenciones a la familia del aspirante y agradeció el cartón de cervezas que le obsequiaron.

En esa primera reunión hablaron largamente. Los padres del joven aclararon que Antonia no había vivido en la comunidad, no sabía trabajar la milpa ni martajar, quién sabía cómo echaba la tortilla, quién sabía cuánto se tardaría en aprender. No se expresaban así por sospecha o desconfianza sino por la necesidad de rebajar el precio de la novia y no contraer deudas más allá de sus posibilidades.

En una segunda reunión los padres, más en confianza, tomaron aguardiente y hablaron de las virtudes de sus hijos. Unas semanas después, la familia del joven acudió a casa de Juan con tortillas, cervezas y una botella de aguardiente que depositaron encima de un petate. Se sentaron y discutieron las condiciones y la fecha de realización de la boda, que debía festejarse en días buenos (*qui sa'a*), es decir, los martes y miércoles, y no en días valientes (*qui huc*).<sup>11</sup>

Cuando Paulino se enteró de la boda de su sobrina, se encendió entre una mezcla de coraje y frustración. Se sintió despojado de un proyecto fundamental que no era sino la vida misma de Antonia. Confirmó sus resquemores en torno al regreso de las niñas a Río Venado y pasó unos días recriminándose. Después culpó a sus propias sobrinas, quienes mal agradecían el cariño y apoyo que siempre les había brindado. ¿No les había aconsejado que se mantuvieran alejadas de los hombres? ¿Querían acaso repetir la vida de su madre y su abuela, humilladas siempre, inclinadas bajo el peso de la faena y de algún hijo envuelto en el rebozo? No podía descargar su furia contra su cuñado, que no hacía sino entregar legítimamente a su hija para un matrimonio conveniente. Por eso desvió el enojo hacia las niñas, sobre todo hacia Marta, por no advertirle inmediatamente del peligro que se avecinaba. Así, de un momento a otro, la pequeña perdió a su hermana y el cariño de su tío. Él llegó fuera de sí a la casa,

<sup>11</sup> Pedro Lewin. "La gente de la lengua completa (*yi ni' nanj ni' inj*). El grupo etnolingüístico triqui", en Alicia M. Barabas y Miguel A. Bartolomé (coords.). *Configuraciones étnicas en Oaxaca. Perspectivas etnográficas para las autonomías*, vol. II (Mesoetnias), INI/INAH, México, 1999.

retuvo a Marta de las muñecas, la sacudió con desesperación para que confesara hasta dónde había llegado Antonia, qué pasos irremediables había andado hacia su propia perdición.

Fue un miércoles de febrero cuando casaron a Antonia.<sup>12</sup> La madre del novio había tejido un huipil y unas enaguas para su futura nuera. Compró en Putla listones negros para coserlos al huipil y preparó aretes y collares. Ayudó a sus hijas a hacer los tamales.

El día anterior a la fiesta, las hermanas y primas del novio se levantaron de madrugada para moler varias cubetas de nixtamal, guisar un picante mole con carne de res y preparar el tepache. El novio se sentó con su padre y su hermano en el umbral de la choza y tomaron pacientemente cerveza en espera de que las mujeres terminaran sus labores.

A las doce de la noche un tío de Antonia llegó a la choza para corroborar el acuerdo y la dicha de su familia. Salieron en hilera hacia la casa de la novia, cada uno alumbrado con un hachón de ocote. Cargaban un chivo, dos gallinas, tortillas y tlayudas, cervezas y aguardiente, y 2 000 pesos de dote. Juan los recibió circunspecto, con cierto nerviosismo. Les ofreció bancos para que se sentaran. Antonia se ocultó en las sombras, en un rincón de la casa. A pesar de sus esfuerzos, no lograba contener las lágrimas que brotaban de sus ojos negros, pero nadie se fijaba en ella.

Los hombres de ambas familias dijeron que era un buen acuerdo. Recordaron las obligaciones y deberes del hombre y de la mujer. La madre de Antonia le ofreció al novio tres prendas de vestir, que él estrenó por encima de su ropa usada. Antonia se atavió con el huipil nuevo que le obsequió su suegra.<sup>13</sup>

Durante el día siguiente y hasta el anochecer, toda la comunidad estuvo de fiesta, pero Marta no tuvo permiso para asistir a la boda. Llegaron parientes de Ladera, Copala y Paso del Águila. Asistieron casi todos los vecinos de Río Venado. Tomaron tepache y comieron abundantes manjares. Los hombres bailaron con el padrino, las mujeres con la madrina. Los hombres bailaron tres monedas de plata sobre los platos en los que se repartían los vasos de tepache. Las mujeres bailaron también tres monedas. Las monedas bailaron bien, eso auguraba que la pareja viviría muchos años en concordia y respeto.<sup>14</sup>

\*\*\*

Después de la boda de Antonia, la vida de Marta se llenó de rumores y sospechas. Los juegos y *chanzas* con las compañeras se detuvieron ante el “¿qué dirán?”. Los adultos prohibieron los paseos entre las milpas y los cafetales. Resignado a la pérdida de su sobrina mayor, Paulino decidió estrechar la vigilancia y prestar más atención al cuidado

<sup>12</sup> En la región triqui las bodas se celebran siempre el día miércoles.

<sup>13</sup> Agustín García Alcaraz, *op. cit.*

<sup>14</sup> Estas costumbres fueron referidas en las entrevistas realizadas a las mujeres triquis que viven en Greenfield, California; las mismas se mencionan en el texto de Agustín García Alcaraz, *op. cit.*

de Marta. Se mantuvo al acecho ante posibles pretendientes; cualquier niño u hombre que se acercaba a la casa era rechazado a punta de rifle. Los chismes que eventualmente llegaban a oídos de la familia eran atendidos con absoluta seriedad y resueltos a cinturonzos. Marta trataba desesperadamente de pasar inadvertida, pero su cuerpo ya adquiría contornos de mujer.

Finalmente, detestó la escuela de Río Venado, el ambiente contaminado por las opiniones ponzoñosas de los adultos, las miradas de anhelo de los hombres, y la envidia y la burla de sus compañeros. Cuando terminó el año escolar, Marta declaró firmemente que no tenía la intención de regresar a la misma escuela y que, de terminar la primaria, tendría que ser en cualquier otro lugar.

Así, inició el quinto año en San Juan Copala. Construida por la Comisión del Río Balsas, la escuela albergue de Copala pasó más tarde a ser responsabilidad del Instituto Nacional Indigenista (INI) y la Secretaría de Educación Pública (SEP). A diferencia del IISEO, se trataba de un proyecto de educación bilingüe que tenía intención de rescatar la cultura indígena. A partir de mediados de los setenta los proyectos educativos como éste empezaron a recibir el apoyo entusiasta de las organizaciones sociales. Los vieron como una oportunidad para fortalecer la identidad triqui mediante la convivencia de niños procedentes de distintos barrios. Anteriormente había existido una fuerte resistencia contra las escuelas por parte de las autoridades tradicionales.

Marta entró a estudiar con niños de Ladera, Rastrojo y Cieneguilla. Su tío Paulino la condujo el primer día hasta la escuela y encargó a sus primos que se hicieran responsables de ella. En aquella época, el albergue de la escuela recibía solamente a los varones. Marta se había mudado a Sabana, con su madre. Despertaba antes del amanecer para lavarse y vestirse, tomar un alimento y emprender el camino hasta Copala acompañada de su primo. A pesar de su juventud él tendría que rendir cuentas a la familia en caso de algún percance.

La mayor parte de los alumnos eran varones. Sólo tres niñas habían obtenido permiso de sus padres para asistir a esa escuela. Durante los recreos, tratando de ocultarse de la curiosidad e inquietud de sus compañeros, las tres se juntaban y se acercaban a una de las pocas maestras que enseñaba en la escuela.

A la mitad del año nuevamente empezaron a llegar los rumores a Río Venado. A oídos de María llegaban chismes y maledicencias. Otras mujeres se congratulaban de haber alejado a sus propias hijas del estudio “pues la humildad y la cordura se aprenden en el hogar, junto al metate y al comal. No podía ser buena cosa que las niñas convivieran con tanto varón...”. Al recibir los rumores, Paulino volvió a levantar la voz y la mano para corregir a Marta, pero ella ya no estaba dispuesta a aguantar mentiras, malicia y castigos inmerecidos. En son de protesta, decidió no regresar a clases.

Pasó así tres semanas reclusa en la casa con su madre y su abuela. Las jornadas se eternizaban en el aburrimiento de las labores domésticas y el telar. Algunos días, llegaba Antonia de visita. Sus ojos habían perdido el brillo de la infancia y reflejaban cansancio y frustración. En la casa de sus suegros, su obligación era levantarse de madrugada para

ponerse a martajar, limpiar la casa, echar las tortillas para su esposo y su suegro, lavar la ropa. Las tareas no terminaban nunca y su nueva familia no mostraba el menor indicio de satisfacción. Era mucho, decían, lo que habían pagado por ella y ahora le tocaba retribuirlos.

La maestra de Marta, Marcelina, envió airadas protestas por la ausencia de la niña. El director también intervino para que regresara. Desde otro flanco, la abuela escuchó las quejas de la niña y comprendió su angustia. Fue entonces cuando Paulino recapacitó y le pidió a Marta que terminara sus estudios. Si bien finalizó el quinto año en San Juan Copala, durante las vacaciones su tío determinó que como ya no era niña, había llegado el momento de alejarla de la región para evitar que corriera la misma suerte que su hermana. Estudió entonces el último año de la primaria en un internado de Etlá, cerca de la ciudad de Oaxaca.

## II. Salidas en el exilio

En una de las orillas de la región Triqui se ubica la ciudad de Putla Villa de Guerrero. Dedicada fundamentalmente al comercio, a partir de los años cincuenta su fuente principal de riqueza fue la intermediación entre los pequeños productores de café de la Mixteca y los mercados nacionales e internacionales. Una sola familia, de origen español, monopolizó durante la segunda mitad del siglo XX el comercio en toda la región. Los comerciantes fungían también como prestamistas y cobraban cuantiosos intereses en la compra de la cosecha.

En la actualidad, Putla sigue siendo una ciudad-tianguis. Sus estrechas calles están ocupadas por innumerables puestos de frutas y verduras. En sus banquetas, durante unas horas, se instalan indígenas mixtecos y triquis para ofrecer artesanías, elotes o plátanos, en espera de que llegue la patrulla o agentes a pie, que tratarán de confiscarles esas escasas pertenencias o cobrarles cierta cantidad de dinero a cambio de dejarlas comerciar. Todos los días acuden a Putla pequeños productores, provenientes de todas las comunidades aledañas, para intercambiar, vender o comprar diversas mercancías en el tianguis.

La pequeña élite local está constituida, sobre todo, por descendientes de españoles. Una decena de familias son dueñas de las mejores tierras, situadas en el Valle de Putla, controlan el comercio regional y ejercen el control político y económico de toda la región. Éstas también mantienen un prestigio cultural sirviendo regularmente como mayordomos en la iglesia de la Natividad. Muchas veces, por medio de la violencia, los rancheros han logrado evitar el reparto agrario e incluso despojar de sus tierras comunales a algunos pueblos mixtecos y triquis. El fracaso de la reforma agraria en esta zona les permitió mantener su estatus sociopolítico hasta hace apenas unos años.<sup>15</sup> Los comerciantes y rancheros de origen español conviven con algunos mestizos adinerados,

<sup>15</sup> Kimberley M. Grimes. *Crossing Borders, Changing Social Identities in Southern Mexico*, University of Arizona Press, Tucson, 1998.

pequeños comerciantes, maestros, curas o profesionistas. Frente a los indígenas mixtecos y triquis, éstos comparten con la élite blanca creencias racistas. En el Valle de Putla, la gran mayoría de los mozos y peones que trabajan en los ranchos son triquis.

\*\*\*

Fue sin duda bajo la influencia y a la sombra de su tío Paulino que Marta decidió continuar sus estudios en la secundaria de Putla, durante una época en que las niñas triquis raramente alcanzaban a concluir la primaria antes de ser entregadas en matrimonio. Hacía apenas unos años Paulino había trabajado para costearse la escuela, cuidando los marranos en la casa de don Chico y su esposa, Natividad. Fue en esa misma casa donde pensionó a Marta y empezó a pagar a la dueña una pequeña mensualidad para que alojara a su sobrina, y vigilara su conducta y sus progresos escolares. Sin embargo, la señora Natividad no se contentó con cobrar la pensión; desde la madrugada ponía a Marta a trabajar barriendo la casa y los patios, preparando las tortillas, guisando y lavando los trastes. Cuando terminaba la escuela, Marta regresaba al cuartito que compartía con dos compañeras triquis, y en algún rincón se dedicaba concienzudamente a completar la tarea y a acomodar sus útiles escolares.

En Putla Marta revivió la dura experiencia de la discriminación y el desprecio que su tío Paulino había sufrido unos años atrás. Las relaciones con la patrona empeoraron a raíz de una junta escolar a la que ésta asistió y donde le informaron que Marta destacaba por su excelente desempeño, mientras que el de sus hijas dejaba mucho que desear. A raíz de eso la señora Natividad empezó a cargar a sus jóvenes pensionadas triquis con exceso de tareas en la casa y a expresar en cualquier ocasión su irritación y su desprecio. Cuando sufrió el robo de unos aretes de oro, transformó a Marta en un blanco oportuno, y la acusó sin necesidad de pruebas. Ésa fue probablemente “la gota que derramó el vaso”: había llegado el momento de alejarse de los problemas. A partir de entonces, a sus trece años, Marta empezó a cuidarse y mantenerse sola, pues su tío ya estaba a cargo de su propia familia y estaba cada vez más involucrado en la política.

En 1980 Marta decidió cambiarse a la secundaria de Juxtlahuaca, para evitar malos encuentros con la señora Natividad y sus hijas. Trasladó sus escasas pertenencias a la casa de su madre, que vivía entonces en Sabana, un barrio de Copala que está a las orillas de la región Triqui y cerca de la carretera a Juxtlahuaca. Fue a hablar con el director de la secundaria para llevarle sus calificaciones y le solicitó su traslado a esa escuela. El director, desconcertado por la independencia y la fuerza de voluntad de la niña, le preguntó:

— ¿Dónde están tus padres? Ellos tienen que venir para inscribirte.

— No tengo padres.

— ¿Y quién asistirá a las juntas? ¿Quién se ocupará de ti?

— Yo sola iré a todas las reuniones y puedo hacerme cargo, pues ya estoy grande.

— Trataremos entonces de conseguirte una beca para que no faltes a clases.

En aquel entonces el gobierno de Oaxaca tenía un programa de becas que otorgaba a los niños mixtecos de bajos recursos que cursaran la secundaria. Para acceder a una beca, los niños tenían que presentar examen en Huajuapán de León. El director de la secundaria, viendo que Marta estaba empeñada en continuar con sus estudios, la condujo hasta la escuela donde se hacían las pruebas. Las preguntas estaban en mixteco, por lo que la niña no pudo contestarlas. Para no dejar la hoja en blanco, escribió en triqui lo que recordaba sobre historia y geografía de México y Oaxaca. Era poco probable que los maestros mixtecos de Huajuapán pudieran calificar su examen. Sin embargo, tal vez por el apoyo incondicional que le brindó el director de su escuela, o por el evidente esfuerzo y la gran imaginación que mostró al redactar los textos en su idioma materno, Marta obtuvo la beca y pudo terminar los estudios de la secundaria.

En 1981 se graduó de la secundaria. Su tío Paulino la acompañó a recibir su certificado. Estaba orgulloso de su sobrina y tenía la certeza de que, igual que él, dedicaría su vida a la enseñanza. Sin embargo, Marta planeaba sola su propio futuro. Soñaba con trabajar como secretaria; las había visto atareadas con papeles y escrituras, elegantes, con sus largas uñas rojas corriendo velozmente sobre las teclas de la máquina de escribir. Se imaginaba a sí misma sentada en una luminosa oficina, ordenando con esmero los expedientes, y acomodando cajas y estuches con plumas de colores sobre un severo escritorio de madera.

Para Paulino, en cambio, las secretarías eran hipócritas cómplices de licenciados corruptos y deshonestos. Como sus jefes, lucraban con base en la mentira, la extorsión o el desprecio de los pobres y la adulación de los poderosos. ¡Cuántas veces no las había visto en los juzgados, exhibiendo sus formas por medio de ceñidos vestidos, mostrando sus piernas con desvergüenza a los políticos priístas, a los jueces y a los abogados!

Cuando su sobrina anunció que seguiría estudiando para transformarse en secretaria, Paulino tuvo un acceso de cólera, y profirió amenazas y maldiciones contra la muchacha. Ella entonces decidió interrumpir sus estudios y regresó a vivir con su madre.

\*\*\*

Mientras su sobrina estudiaba la secundaria, para construir la organización independiente del pueblo triqui, Paulino se comprometió en una militancia sin tregua. Como otros maestros bilingües y jóvenes líderes de la región, vislumbró la posibilidad de que su gente se liberara de los caciques corruptos, crecidos al amparo del poder gubernamental. Soñó con fincar la identidad triqui en un territorio que histórica y legítimamente le pertenecía a su pueblo, y sacudirse la opresión que desde tiempos ancestrales habían impuesto los políticos del partido oficial y los ambiciosos mercaderes putlecos. Ese sueño les valió a muchos una muerte prematura a manos de pistoleros. La justicia escondía la cara detrás de la

impunidad. Ninguno de los asesinos cumplía sentencia, de tal manera que el círculo de violencia fue creciendo inexorablemente. En 1976 fue asesinado Luis Flores García, fundador de la primera organización independiente del pueblo triqui, llamada El Club, antecesora del Movimiento de Unificación y Lucha Triqui (MULT), que sería fundado en 1981. En 1978 Paulino sufrió un atentado del que milagrosamente salió ileso. Trabajaba entonces en la comunidad de Santa Cruz Tilapa como maestro, conserje y director de la pequeña escuela primaria. Probablemente confiando en una información equivocada, un grupo de pistoleros rodeó la escuela y disparó durante varios minutos contra sus paredes desvencijadas, las láminas de cartón que servían de techo y las persianas de madera.<sup>16</sup> Esos hechos, lejos de amedrentarlo, azuzaron su coraje y rebeldía. Paulino se dedicó desde entonces a luchar incansablemente contra la represión y la violencia en la región Triqui.

Para tratar asuntos jurídicos y políticos, Paulino acudía regularmente a Putla. A veces Marta lo acompañaba a reuniones donde se hablaba de justicia, de restitución de tierras y de lucha social. En otras ocasiones iba con él a los juzgados, donde ayudaba a interpretar el español. Cuando el abogado o algún funcionario le preguntaban su edad, ella contestaba con gran seguridad que había cumplido los quince.

\*\*\*

Cuando vivía en Juxtlahuaca, un hombre triqui, amigo de Paulino, miró a Marta y la quiso como esposa. De acuerdo con las costumbres, ella estaba en edad de casarse y él de hacer una buena oferta que satisficiera al tío y al padre de la muchacha. Sin embargo, él sabía que Marta posiblemente no respetaría la decisión de sus padres pues tenía estudios, y vivía alejada de su comunidad y su familia; no pesaba sobre ella la estrecha vigilancia que ejercían los varones adultos. Considerando esa posibilidad, decidió dejar que Marta terminara la secundaria y trató de ganarse su voluntad antes de pedirla a sus padres.

Durante su infancia, Marta sintió como una herida el haber visto a su hermana Antonia arrancada de su lado. Recordaba con terrible nitidez el rostro de agotamiento y desamparo de Antonia cuando, después de su matrimonio, llegaba eventualmente a visitar a su madre. No quiso vivir en carne propia la misma experiencia, tuvo la esperanza de que podría decidir su propio futuro. Cuando vio que un hombre la seguía, la atajaba en el camino, y le decía piropos que la dejaban con sensaciones de incomodidad y vergüenza, la muchacha tuvo miedo de quedar atrapada entre las redes de la tradición, de repetir la historia de tantas mujeres triquis. Ella tenía la ilusión de haber escapado a ese destino.

Su primer impulso fue buscar la ayuda de su tío, explicarle sus temores y denunciar el acoso. Pero cuando le expresó esos sentimientos, Paulino reaccionó con irritación y molestia. El pretendiente era uno de los líderes más destacados del recién fundado MULT.

<sup>16</sup> Francisco López Bárcenas, *op. cit.*

Manifestaba además su disposición de ayudar económicamente a Marta para que siguiera con sus estudios. Paulino le dijo a su sobrina que sin duda ella había provocado al hombre con una ropa inapropiada y bien podía darse por contenta de que estuviera dispuesto a pedirla y casarse con ella, como era debido.

Al terminar la secundaria, cuando regresó a casa de su madre, el pretendiente la siguió buscando, trató de acercarse a ella y obtuvo el visto bueno de la familia. Visitó varias veces a su padre, para llegar a un arreglo y preparar la boda. En la choza de su madre, también se empezaba a hablar del próximo matrimonio.

Cuando descubrió que no encontraría apoyo alguno para rebelarse contra el porvenir que sin su consentimiento le estaban trazando, no le quedó más remedio que buscar razones para la resignación. Se recogió en la casa de su madre, esperando que se decidiera su futuro, mientras la tristeza y la inquietud pesaban en su corazón. Recordaba con nostalgia los salones de clase, el olor de la tiza en el pizarrón, los útiles cuidadosamente acomodados en el escritorio, los libros develando sus secretos. Con un nudo permanente en la garganta, tenía terribles premoniciones: se imaginaba atrapada entre los brazos de aquel hombre, atrapada entre los muros de madera y aplastada contra el piso de tierra de una choza. Poco a poco le invadía la certeza de que estaba a punto de cerrarse su futuro.

Un día fue de visita a casa de su tía, que vivía en la Ciudad de México. La mujer le ofreció un banquito y agua de arroz, para que descansara de la caminata. Mientras platicaba y escuchaba historias de la capital, Marta ideó una forma de escapar: sólo tendría que juntar valor y dinero suficiente, emprender el viaje e irse a trabajar con su tía a la gran ciudad.

No se atrevió a hablar de ese proyecto con Paulino, pues temía otro acceso de furia. A su padre le sugirió la posibilidad de retrasar la boda, para ir a vivir un tiempo a la ciudad. Le prometió que encontraría pronto trabajo y le enviaría parte de su salario. Él se negó rotundamente al cambio de planes. Marta se acercó entonces a su madre, le comunicó sus temores y su proyecto de huida. María escuchó con atención, entendió que su hija se encontraba en una encrucijada y la dejó elegir su camino. Le prestó unos ahorros que guardaba en la choza, que había reunido a partir de la venta de sus tejidos en la ciudad de Oaxaca. Así, al finalizar la temporada de lluvias de 1982, Marta huyó a la Ciudad de México con sus familiares. Tenía entonces 14 años.

\*\*\*

Como había logrado terminar la secundaria contando sólo con sus propios medios, Marta pensó que en la capital encontraría variadas oportunidades para seguir sus estudios y salir adelante sola. Al poco tiempo de llegar, entró a trabajar en una carnicería. A cambio de un salario tan raquítico que apenas le alcanzaba para ayudar a su tía a pagar el mandado, trabajaba largas jornadas trapeando, limpiando, cargando, recogiendo y ordenando pedidos.

En seguida, se inscribió en la escuela nocturna para cursar el primer semestre de preparatoria. El trabajo era agotador y después de afanarse durante horas en la carnicería, trataba inútilmente de prestar atención a las clases, sacar apuntes y memorizar las complicadas lecciones. Para adquirir el uniforme y los zapatos negros que le exigían en la escuela, tuvo que sacrificar la cena durante días y ahorrar el dinero de sus pasajes recorriendo a pie el largo trecho hasta la casa de sus tíos. Al acabar el primer semestre, decidió posponer los estudios hasta que consiguiera un mejor empleo.

Había huido del encierro en la región Triqui, había roto los lazos con su familia y su comunidad, pero la vida en la Ciudad de México resultaba igualmente opresora y agobiante. Tenía que soportar el trato prepotente y arrogante de los patrones, trabajar desde la madrugada hasta el anochecer y recibir a cambio un sueldo que no le permitía siquiera pagar el préstamo que le había hecho su madre.

Fue entonces que conoció a Javier. Iba a mirarla al trabajo y la acompañaba de regreso a su casa cuando cerraban el negocio. Hablaba bien, le prodigaba atenciones y pequeños obsequios. Conocía historias de la región Triqui; igual que el tío Paulino, hablaba de justicia, de derechos, de lucha e independencia. Muy pronto ella se acostumbró a su compañía, que tenía un efecto de bálsamo sobre su soledad.

En el verano de 1983 Javier le anunció su intención de viajar a Sinaloa, donde abundaba el trabajo en los campos. Numerosos triquis habían emigrado durante esos años hacia el valle de Culiacán. Se decía que allá los salarios eran mejores que en las ciudades y resultaba más fácil ahorrar, pues la vida en los campamentos era barata.

Marta lo acompañó en su viaje a Sinaloa. Embriagados por la facilidad con la que cumplían sus deseos, llegaron a vivir juntos. Con miles de jornaleros agrícolas que trabajaban en el corte del tomate, se instalaron en un campamento. Cerca del cuartito que ocuparon, vivían muchos familiares de Marta. Algunos habían viajado en camiones prestados por los agricultores, los cuales, antes de la estación agrícola, se internaban en el corazón mismo de la Sierra Mixteca para enganchar a comunidades indígenas casi completas. El padre de Marta llevaba años haciendo ese viaje. En aquella ocasión, se sorprendió al encontrar a su hija compartiendo ahí la vida y el jornal con un hombre.

La unión de los dos jóvenes fue vista por ambas familias como una afrenta, y reavivó viejas rencillas. Se decía que el padre de Javier había participado en una balacera contra Paulino, el tío de Marta. El odio de las dos familias, como una pesada losa, se posó sobre la pareja. Al cabo de seis meses de vivir en Culiacán, cuando se hizo insostenible la constante agresión de los suyos, decidieron separar sus caminos. Marta estaba embarazada. Viajó de regreso a la región Triqui; fue a vivir con su madre, que habitaba entonces una casita en Paso del Águila. La bebé nació en 1984, en la choza de su abuela.

La madre de Marta tenía en ese tiempo una tiendita, la única que había en el barrio. Su familia salía adelante con la venta de dulces, refrescos y totopos. En las noches, las mujeres se dedicaban al telar. Marta se refugió en la rutina impuesta por los cuidados de la bebé y el trabajo en el hogar. Combatía sus accesos de tristeza y soledad con el trabajo arduo de la casa y el tejido.

Cuando su hija tenía nueve meses, Marta firmó un contrato para regresar a trabajar al Valle de Culiacán. Se llevó a la niña y viajó con los primos de su padre en un autobús que los condujo nuevamente a los campos de Sinaloa. Durante dos años vivió y trabajó con sus tíos en el noroeste de México; en los meses de invierno, participaban en el corte del tomate, en Culiacán, y cuando el calor se hacía insostenible viajaban, junto con centenares de indígenas oaxaqueños, en los camiones proporcionados por los patrones para ir a trabajar en los campos de hortalizas de Baja California.

En 1986, Rafael fue a pedir a Marta a sus tíos. Se juntaron en el mes de septiembre. Poco después, a inicios de aquel invierno, viajaron juntos, con la niña, a Sinaloa.

\*\*\*

En el Valle de Culiacán, los campamentos que alojaban a los jornaleros agrícolas estaban ubicados en las cercanías de los cultivos y a orillas de los canales de riego con que se regaba el chile, el tomate y el pepino. El agua amarillenta que fluía por esos canales servía para que las mujeres lavaran la ropa y se bañaran, y tomaran agua los habitantes del campamento. Las viviendas eran pequeños cuartos, hechos con lámina y cartón negro, construidos sobre largos galerones. Unos costales acomodados sobre el suelo de tierra hacían las veces de camas.<sup>17</sup> Los baños, los lavaderos y las tomas de agua eran espacios comunes. Para guisar se usaba leña y comales de acero. Para albergar a las familias extensas y servir a los “abonados”, muchas veces los habitantes transformaban algún cuarto en cocina y comedor.<sup>18</sup> Debido a que no existían vías para la ventilación, el humo de la leña pasaba de unos cuartos a otros y el aire se tornaba irrespirable.

De vez en cuando las avionetas que esparcían los pesticidas para fumigar pasaban por igual sobre los campos y las viviendas. La única medida de protección que tomaban los trabajadores era agachar el sombrero y taparse la nariz mientras llovían los químicos.<sup>19</sup>

<sup>17</sup> Besserer, Federico Nna Chca Ndavi. *Internacionalización de la fuerza de trabajo y conciencia de clase en la comunidad mixteca migrante de San Juan Mixtepec. Análisis de la historia de vida de Moisés Cruz*, tesis de licenciatura en Antropología Social, área de concentración en Antropología Política, UAM-Iztapalapa, México, 1988.

<sup>18</sup> Es muy frecuente que algunas mujeres, sobre todo las que tienen niños pequeños que cuidar y no trabajan en los campos, preparen alimentos para su familia y varios hombres solos (abonados); aunque también realizan otros trabajos, como lavar ropa ajena y cuidar niños. *Cfr.* Laura Velasco Ortiz. “Experiencias organizativas y participación femenina de indígenas oaxaqueñas en Baja California”, trabajo presentado en la Conferencia: Indígenas mexicanos migrantes en Estados Unidos: construyendo puentes entre investigadores y líderes comunitarios, 11-12 de octubre de 2002, organizado por el *Latin American and Latino Studies Department*, de la Universidad de California en Santa Cruz.

<sup>19</sup> *Ibidem*.

Los productos necesarios para la sobrevivencia de los jornaleros y sus familias se vendían en las tiendas de los mismos campamentos, a precios más elevados que en los supermercados de Culiacán. Al estar relativamente aislados y sin medios de transporte público, los migrantes temporales se volvían un mercado cautivo, de tal manera que los bienes y servicios se les brindaban a altos costos.

Familias completas se incorporan al trabajo agrícola, incluidos los niños menores de 12 años y los ancianos. A pesar de ello, los salarios apenas les permiten mantener una situación de sobrevivencia. Las jornadas se prolongan a veces de la madrugada hasta el anochecer.

Durante la década de los ochenta, los jornaleros agrícolas migrantes se organizaron en sindicatos independientes, realizaron varias huelgas y lograron importantes mejoras económicas, como el pago del séptimo día (no laborable) y el aguinaldo. No obstante, en la actualidad las condiciones de vida en los campamentos siguen siendo malas y a raíz de la crisis económica que vivió México en ese decenio, la oferta de fuerza laboral expulsada por la pobreza en el campo aumentó continuamente y el salario real inició una caída vertiginosa.

\*\*\*

#### Palabras de Marta

En el campo, los mayordomos abusaban mucho. Mi primo Bonifacio era el que me contaba esos problemas. Yo sólo me dedicaba a hacer lonches a gente mía, a mis primos. Cuando cobraban los muchachos, juntábamos seis cheques y con eso a duras penas nos alcanzaba para la comida.

Mi primo se reunió con unos mixtecos que trabajaban en Lázaro Cárdenas. Querían pedirle al patrón (los Canelo) que subiera los sueldos porque era muy poco lo que pagaban por cortar tomates. En aquel tiempo cada trabajador tenía que llenar hasta 200 botes al día. A veces no salía por contrato; a mucha gente le rendía y a otros no. Entonces los dueños exigían que todos hicieran la misma cantidad de baldes. Pero unos trabajadores eran chiquitos, jóvenes, ancianos, o no tenían tanta fuerza. No todos trabajaban igual.

Una mañana mi primo vino y me dijo: “¡Oye prima, quiero que me hagas muchos lonches! –¿Por qué?– Tú haz lo que te digo. No sé si regrese esta noche o hasta mañana en la madrugada”.

Después le dijo a mi esposo: “¡Oye Rafael! ¿Por qué no vienes tú también que va a haber una reunión? Esta vez no nos van a engañar porque somos muchos los que andamos en esto y les vamos a hacer una huelga”.

Mi primo sabía defender muy bien a la gente porque andaba mucho con mi tío Paulino, que era muy político para las cosas de la pobreza y le había abierto los ojos.

Yo en cambio, no sabía nada de política. A mi primo lo mataron más tarde, cuando mataron a mi tío. Cuando ven que la gente tiene estudios y se sabe defender, no quieren dejarlos vivir. Lo mataron junto a mi tío, en Río Lagarto.

Cuando la huelga, mi primo era un chamaco, quizá tendría 17 o 18 años. Pensábamos que no le iban a creer, que nadie le haría caso. No se veía movimiento y nadie sabía lo que iba a suceder.

Aquella mañana, llegó el autobús y se lo llevó a Ensenada. Allí se encontró con otros dirigentes. Hablaron de lo que estaban haciendo los patrones y los supervisores, y decidieron la huelga.

Al día siguiente, llegó en la noche a la casa y me dijo: “Despierta a la niña, porque en un ratito van a tratar de sacarnos a todos, van a echarnos de los cuartos. La gente no irá a trabajar mañana”. También le dijo a mi esposo; “¡No vayas a trabajar!”. Él contestó que no iría, pero que eran inventos suyos y no pasaría nada. A mi primo no le gustaba hablar mucho de palabras.

Los Canelo eran dueños del Campo Viejo, el Campo Nuevo y el Campo de en Medio. Al Campo Viejo le decían así porque era el primero que construyeron, luego seguía el Campo Escondido y más lejos el Campo Nuevo. Esos tres estaban casi juntos. También eran dueños del Francisco Villa, que estaba más retirado. Todos los trabajadores de esos campos se fueron a la huelga. Se juntó muchísima gente. Primero hubo una reunión muy grande en el Campo Viejo.

Entonces vino un patrón. No recuerdo bien cómo se llamaba. Era gordo, blanco, bien parecido. Dijo: “Los que no quieran trabajar que se queden, pero los que sí que empiecen luego luego, les voy a subir el sueldo”. Algunos le creyeron y se fueron al campo. Pero muchos no le creyeron y se quedaron. Fue cuando empezó el alboroto: unos hombres que venían con el dueño quitaron la bandera roja y negra que había en la entrada y la gente se enojó mucho. Lo que me gustó ver fue que la gente rodeaba a sus líderes para protegerlos.

Unos hombres llegaron en carros y traían a otros trabajadores para romper la huelga. Nosotros no teníamos nada, ningún apoyo. Fue una huelga larguísima, duró como 15 días. El tomate estaba muy maduro. Como ya no había comida, la gente entraba al campo a comer puro tomate.

Querían agarrar a los que habían organizado la huelga, pero no sabían quiénes eran. Yo nunca abrí la boca de que mi primo era el que empezó todo, eso con otros muchachos que eran mixtecos. No me atrevía a preguntar cosas porque mi esposo era muy celoso y casi no me dejaba platicar con mi primo. Pero sé que fueron compañeros triquis los que empezaron el movimiento.

Al segundo día, los dueños trajeron carros y micros. Llegaron los federales –esos de verde–, llegaron por los cerros, alrededor de los campos, dizque iban a quemarlos. Mi primo decía: “¡No tengan miedo! De todo lo que dicen no les crean. ¡No tengan miedo! Porque si ellos quieren hacer así las cosas, también nosotros podemos. No nos vamos a andar con chingaderas, nos vamos a meter con el

principal, con el dueño. Él tendrá que subirnos el sueldo y tratarnos bien porque no somos animales”.

A mí me sorprendía lo que decía mi primo. Pensaba: “¿Cómo puede hablar tan bien, si simplemente es un chamaco?”. Yo no sabía que tenía tantos estudios. Hasta después me dijo que había terminado la preparatoria.

La gente tenía semanas sin cobrar y se enojó cada vez más. Quemaban estacones del campamento, de noche, con toda la humareda.

Llegaron los micros con gente que hablaba español, para quitarles el trabajo a los nuestros, pero no los dejamos entrar. Nos veían muy bajo porque no hablábamos español. La mayoría éramos triquis, mixtecos, zapotecos, indígenas de Guerrero. La mayor parte era de Oaxaca, porque allí hay muchos pueblos, muchísimos idiomas. Hubo mucho miedo, pero también ayuda de todos. Unas señoras empezaron a preparar atole para los muchachos, otras hacían café, otras tamales... Todos convivían muy bonito. No dejaban desamparados a los líderes.

Una vez llegó un micro y se metió dentro de las barricadas. Cuando lo vi, el micro ya estaba tirado en el campo. Las señoras empezaron a defender a los hombres, agarraron a pedradas a los del micro. Tiraron al señor que iba de chofer. Era un señor muy gordote, barrigón, muy alto. Venía a molestar con el micro en medio de una reunión. Ellos se creían más porque llevaban carro y entraron a fuerza. Forzaron los alambres y quitaron la bandera que estaba en la mera entrada. Era como una burla.

Muchísima gente fue la que se enojó contra los dos señores que iban en el carro. Los agarraron a pedradas, tiraron el micro, les dieron de patadas, les quitaron los zapatos. Se asustaron mucho, porque vieron que la gente no estaba jugando.

Cuando huyeron, desde el campo se veía como un enorme hormiguero de coches que se iba por la carretera. Vieron que no jugábamos, que éramos capaces de todo. Los patrones mandaron perros, mandaron federales, pero la gente no corrió, no se espantó. Los carros de los federales ni siquiera asustaban a la gente que decía: “¡Uh, qué curioso! ¿Ya viste cuántos carros vienen?”; y se ponían a contar los carros. Unos llegaron a contar que eran 80. Como a las diez o a las once, pasaron los micros de los comerciantes que vendían en los campamentos. No nos traían la comida porque apoyaban a los patrones. Pensábamos: “¡Qué gachos! ¿pues de quiénes viven ellos? ¡De los trabajadores!”. Y nos pesó.

Pasaron 15 días. Yo había comprado muchas cosas para tener de comer, porque tenía seis abonados. Se me acabó la comida y cuando regresé a comprar, me sorprendí que la tienda ya estaba vacía. No había sodas ni nada. Los carros no entraban a vender ni dejaban que entraran mercancías.

Después de tres semanas de huelga, fue cuando el patrón mandó un autobús amarillo para pagar lo que debía a los trabajadores y tuvo que subir los sueldos. Él sólo logró que se le echaran a perder sus productos, porque sin la gente no podía hacer nada, estaba necesitado de los trabajadores.

A todos les pagaron: a mi primo, a mi esposo, a todos. El martes me dijo mi primo: “¡Agarra todas las cosas que nos vamos a cambiar! Porque ya lo que pasó, pasó. Pronto no nos van a dar trabajo aquí pues se van a dar cuenta de que yo estuve metido en esto”.

Nos fuimos en una troca blanca. Acarreamos todas las cosas para ir al Campo las Brisas. Era de un patrón que se llamaba García y que pagaba más en aquellos años a comparación de Canelo. Allá nos dieron cuarto, nos extendieron la mano, no sabían lo que había sucedido en los campos de los Canelo. Pasaron dos o tres semanas y los Canelo empezaron a hablar con todos los patrones, diciéndoles que no recibieran a los trabajadores que él tenía antes porque hacían huelgas. ¿Pero de qué le sirvió, si nosotros ya estábamos trabajando con los García?

En el Campo las Brisas vivíamos en unos cuartos que estaban juntos. No había lavaderos. Los cuartos eran muy chiquitos, de láminas, y hacía mucho frío en invierno y mucho calor en verano. Yo en aquel año agarré dos: uno para la cocina y otro para dormir, porque había muchos cuartos desocupados. Mi primo construyó una cocina aparte. Había huecos grandes entre lámina y lámina, y el humo de la cocina se pasaba de unos cuartos a otros, y a veces no se podía ni respirar. Unos guisaban con leña, otros tenían petróleo, pero también se pasaba mucho el humo.

\*\*\*

Al otro año regresamos a trabajar a los campos de los Canelo. Tenían muchas tierras en Culiacán; uno de los campamentos más grandes donde nos quedamos se llamaba El Oaxaca, porque allí vivían muchos paisanos. Había una empacadora que se llamaba La Victoria.

Cuando ya no aguantábamos el calor y llegaban los zancudos, nos regresábamos a Baja California. El patrón nos prestaba autobuses para irnos a Ensenada. Allá, en Vicente Guerrero, también tenía campos. Cuando empezaba a hacer frío en Ensenada, el mismo patrón nos transportaba otra vez a Culiacán.

Al año de vivir con mi esposo, tuvimos a un niño y le pusimos Juan; le decíamos *Jonny*. Viajábamos siempre los cuatro, con mi niña y el niño. Yo ya no aguantaba transportarme; con un poquito de dinero que ganábamos en Ensenada, nos lo gastábamos en el camino para pañales de los niños, para la comida. En el camino nos gastábamos todo ese dinero y llegábamos otra vez con las manos vacías. Me aburría mucho de andar de acá para allá. No entendía cómo no lográbamos ahorrar dinero. En 1989 tuve una hija, Isabel. Cuando todavía era muy chiquita, tuve una pelea con mi esposo. Fue una discusión por celos y fue la primera vez que nos separamos. Duramos dos meses separados. Me encontré entonces a una señora que también era de Oaxaca y que me recibió con los niños en su casa. Mi hermana la más chica, Guadalupe, me acomodó en una empacadora y trabajábamos ahí las dos. Ganaba

bien, salía tarde, a las dos de la madrugada, pero me convenía porque me daban la comida. No sé qué me sucedió en esa época, pero me empecé a valorar por mí misma. Luego, él vino a buscarme a casa de esa señora y nos fuimos a Culiacán. Fue la última vez que viajamos juntos a Sinaloa.

En 1991 nació mi cuarto hijo y lo llamé Paulino, como mi tío. Poco tiempo después, un muchacho que era de Cerro Pájaro nos propuso irnos con él en un autobús a Hermosillo. De allí nos trasladamos a un campo conocido como Campo San Agustín, donde vivía mi hermana la más chica. Mi esposo empezó a trabajar y yo cuidaba a mis niños. En ese entonces, mi esposo y su compadre, un señor que vive aquí en el Norte, hicieron una locura: él convenció a mi esposo de que golpearan a una señora y a su hijo. Por miedo a que los agarraran, se escaparon a Ensenada y me dejaron a mí sola con los cuatro niños en Hermosillo.

Los policías acusaron al primo de mi esposo, aunque él no tenía la culpa. Lo detuvieron cuando estaba tomando y lo encarcelaron en Hermosillo. Le dieron meses de prisión. A mí me ha gustado siempre ayudar a la gente cuando sufre injusticia. Pensé: "No está bien, porque él no hizo nada y los culpables ya corrieron". Entonces fui a defender al primo de mi esposo. En la corte me pidieron una multa de 1 000 pesos mexicanos para dejarlo ir. Yo les dije que como era mujer y estaba solita, no podía juntar tanto dinero y sólo podía darles 700. Tomaron el dinero y soltaron al señor. Andaba yo con su esposa, una pobre señora recién aliviada. Cuando liberaron al señor, nos fuimos otra vez al campo y regresé a vivir con mi hermana. Pero al poco tiempo, ella empezó a tener celos con su esposo. Por eso mejor me retiré. Vendí mi grabadora, mi licuadora, mis trastes y casi alcancé a juntar 100 pesos. Agarré un carro con los niños y me fui directamente a Guaymas, sin conocer nada. Fui preguntando, guiándome por los letreros. Allí tomé un camión a Ensenada, con mis niños, para alcanzar a mi esposo. Llegando ya se me había acabado el dinero y le dije al taxista: "¿Me puede llevar al campo, porque ahí está mi esposo y él le va a pagar el pasaje?". Llegamos casi a las once de la noche. Él estaba durmiendo en un cuarto con su compadre. Yo le dije muchísimas cosas, por dejarme sola con los niños sin mandarme ninguna ayuda, y regresamos a vivir juntos como si no hubiera pasado nada.

Vivíamos con mi suegra en un campo que se llama El Aguaje del Burro, en unos cuartitos. Era una familia muy grande, ella tenía muchos hijos. Yo me tuve que quedar al lado de su mamá, con muchos hermanos y hermanas de él: estaba su hermana la Agustina, Concha, una a la que le decían Pato y el Chupamirto. La señora llamaba con apodos a sus hijas porque no podía hablar español. Yo hasta la fecha las conozco con esos nombres.

Siempre teníamos conflicto con la comida. A veces me ponían a hacer todo porque a mis cuñadas no les gustaba guisar. Yo no me llevaba con mi suegra, ni con mis cuñadas y mis cuñados. No me gustó vivir ahí.

Como a los dos meses, mi esposo se fue al Norte con un compadre mío que es legal de aquí. Él mismo me dijo: "¿Sabes qué comadre?, ¿por qué no le dices a mí

compadre que nos váyamos pa'l norte porque aquí tienen años de vivir y no han hecho nada de dinero, siguen igual de pobres?". Mi esposo no se quería ir, yo fui la que le insistí para que se despartara de su mamá y se fuera a ganar dinero.

En 1992 él se fue la primera vez al Norte, con mi compadre, pero de coraje nunca me mandó ni un centavo. Al primer mes empecé a esperar. A otras señoras les mandaban dinero y yo veía cómo lo disfrutaban. Las únicas que no recibíamos nada éramos mi comadre Victoria y yo. Por eso le dije: "No vamos a estar a la espera de ellos, tenemos manos para trabajar". Y buscamos juntas cómo salir adelante.

Entonces mi comadre también estaba embarazada, pero más aún que yo; a mí casi no se me notaba el embarazo. Le dije: "¡Vamos a trabajar hasta que acabe la fresa! Yo nunca he trabajado en eso pero ni modo, hay que echarle ganas".

Vivíamos en Camalú. Tenía cuatro hijos y estaba embarazada, de Enrique. Empecé a dejar a mis hijos con una señora de ahí mismo que me los cuidaba, y me iba a trabajar al campo. Primero iba dos o tres días, pero no aguantaba la cadera de agacharme porque no estaba acostumbrada a trabajar. Después me ayudaban mucho los muchachos, me regalaba cada uno una caja o dos y así juntaba muchísimas cajas. Me sorprendió ver que algunos muchachos me daban las cajas sin conocerme; quizás ellos también ya iban arriba de su contrato, entonces me regalaban las que les sobraban y llegaba yo a hacer hasta 150 cajas en un día.

Iba sólo tres o cuatro días al campo, porque no estaba acostumbrada a trabajar así. Más adelante, mi esposo empezó a mandar del Norte paquetes y fotografías, pero no nos mandaba dinero. Yo le dije a mi comadre: "Yo ya no puedo trabajar más en el campo, mejor voy a vender tamales".

Los días que me quedaba en casa, me ponía a hacer tamales. En un ratito me ganaba hasta 80 pesos con los tamales y me di cuenta de que hacía más dinero vendiendo que trabajando. Compraba dos o tres pollos para hacer los tamales. Después, con el dinero que me ganaba vendiendo tamales, empecé a invertir en estambre y material para hacer telares. Bordaba, tejía, hacía pulseras, bolsas y gabanes. Primero vendí un gabán con un señor que tenía una tienda en El Aguaje del Burro. Lo vendí a 90 pesos. Ese dinero me alcanzaba casi para pasar la semana y para mis niños. Cuando llegaban las americanas, me compraban a veces hasta diez o quince pulseras y me daban dólares. El dólar lo cambiaba en Camalú y valía como seis o siete pesos. Era mucho dinero. Ahí fue cuando yo misma fui despertando y empecé a ahorrar de mi telar, de las bolsas, de las pulseras, de los tamales, logré ahorrar hasta 600 pesos en un mes.

Cuando llegó el momento de tener al bebé, estaba yo solita en el campo. Tuve que caminar mucho rato para buscar un camión que me llevara hasta la clínica. Llegué ya muy cansada y con mucho dolor en la cadera. Las enfermeras me pidieron que esperara en el pasillo para que me dieran una cama y me revisara el doctor. Yo esperé un poquito, pero luego ya sentí que venía el niño y lo tuve allí mismo, en el pasillo.

\*\*\*

Nació Enrique y yo seguí viviendo solita cerca de Ensenada, cuidando a mis niños y trabajando. Un día, el esposo de una amiga mía, el maestro Miguel, me dijo: “¡Marta, ve a Ensenada para el concurso de maestros del INI, ocupan a triquis; quizás tengas suerte y logres ganar!”. Me fui a Ensenada y dejé a los niños encargados con la esposa de un doctor de Veracruz muy amigo mío. Cuando nació mi hija la más chiquita, ese doctor me dijo que me operara porque ya tenía seis hijos; yo le hice caso. No le dije nada ni a mi esposo y cuando me alivié de la niña, me operé.

En Ensenada llegué a casa de una prima que se llama Reina. Una señora norteamericana le ayudaba mucho. Ella le contó mi situación a esa señora y me trajo estambres. Yo estudiaba de día y de noche me ponía a hacer pulseras. Era otra vez doble trabajo, pero tenía que salir adelante.

Un viernes tuve un sueño; era casi amaneciendo cuando tuve ese sueño: “Estaba desfilando un manojo bien floreadito. Yo tenía ganas de agarrar las flores pero no podía”. Dije dentro de mí: “¿Qué significa eso? Es que no voy a lograr lo que quiero porque es pobreza soñar así”. Le conté el sueño a mi prima y le dije que no iba a ganar el concurso, aunque sí me presentaría. Mi prima me dijo: “¿Por qué? Tal vez el sueño es chisme o estás soñando porque tenías antojo de un cilantro”. Yo le dije: “No, yo siento que no voy a ganar el concurso de maestros”. Me presenté y en verdad no gané. No pasé porque sólo tenía estudios de secundaria y estaban escogiendo a los que tenían la preparatoria. Me quedé atrás y sentí bien feo.

Pero ahí fue cuando conocí a un compañero que trabajaba en la radio; se llamaba Rutilio. Le platicué toda mi situación: que estaba sola con los niños y que necesitaba trabajo. Él me preguntó si no tenía marido y yo le dije: “¡Sí tengo a mi esposo, pero de qué me sirve si está en el Norte y no me manda nada de dinero!”.

El compañero Rutilio me dijo: “Voy a hablar con el licenciado Neri, a ver qué dice, pero necesito que tú también vayas a la radio, que pongas de tu parte para ver si de verdad tienes ganas de trabajar”.

Me citaron un lunes. Yo casi no tenía ropa; de tanto estar con los niños no tenía tiempo para arreglarme. Junté unas ropitas que compraba de segunda y que estaban más o menos, me arreglé y fui. Llegué temprano. Iban otras dos muchachas que estaban más bonitas que yo y pensé: “¡Pues ya me ganaron el lugar!”. Me hicieron muchas preguntas. Les platicué de mi vida, de mi niñez, les dije que radiqué en Oaxaca y estudié en un internado, que regresé después a mi pueblo natal para aprender el triqui.

En esa estación de radio se hablaba español y tres lenguas indígenas: zapoteco, mixteco y triqui. Transmitía a toda la región, hasta Tecate. Cuando me anunciaron que me daban el trabajo, brincaba de alegría. Regresé a la casa y les conté a los niños.

Fue entonces cuando regresó del Norte mi esposo. Ya me habían dado el trabajo pero tenía dos meses antes de empezar. Durante días no le dije nada, él sólo sabía

que yo había ido a Ensenada. Por fin le dije que me habían dado un trabajo y quería que nos fuéramos a vivir a Ensenada. Debíamos mucho dinero en la tienda y pagué todo lo que debíamos con mis ahorros; hasta le compré el pasaje a mi esposo, porque cuando regresó del Norte no traía nada de dinero. A mí me contaba que se iba a Oregon, que después venía a Madera y viajaba de un lado a otro. Yo no le dije lo que iba a hacer en Ensenada.

Cuando entré a trabajar a la radio, le pedí al licenciado que me diera un día y en ese día conseguí mi renta y todo. Renté un cuarto para mí y para mis niños, y me fui a escondidas de mi esposo. Ese día, él se fue a trabajar. Le hice su lonche, como de costumbre, y apenas salió empecé a quemar toda la ropa que no me servía; después me fui con los niños.

Trabajaba de locutora en la radio y me gustaba mucho. Pero un día mi esposo regresó. Me encontró porque vio a uno de los niños cuando iba a la escuela y le preguntó dónde vivíamos. *Jonny* le dijo que vivíamos en ese cuarto con mi mamá. En 1993 mi esposo se volvió a juntar conmigo en Ensenada. Fue cuando me embaracé de mi hija la más chiquita, la Alicia. Cuando nació, me operé y ya no tuve más hijos. Él me trataba muy mal, muchas veces me pegaba cuando estaba borracho. Empezaba a rayar su cheque y la primera cosa que hacía era ir por unas cervezas. Después llegaba borracho y se ponía violento. Con tantos sufrimientos y tantas cosas que me habían pasado en esos años, sólo podía pensar: “¿Nunca me voy a levantar de aquí donde estoy? ¿Nunca me voy a levantar de aquí donde estoy?”. La última vez que me pegó fue cuando llegué del trabajo. Llevaba un paquete de queso que me había costado diez pesos. Me puse a hacer tortillas mientras él estaba acostado en la cama, insultándome. Lo ignoré hasta que no resistí y le contesté. Se me vino encima a golpes y me rompió toda la ropa. *Jonny* miró cómo me golpeaba, se espantó y fue por la policía. Mi esposo se escapó y vino otra vez al Norte. Yo dije en mí: “¡Esta vez ya fue definitivamente!”. Pero me equivocaba.

Estuve sola durante el 96. Al final de ese año, fui yo misma la que lo buscó: no podía más con tanto trabajo, los niños preguntaban por su papá y la niña estaba muy chiquita. No me daba abasto. Una vez, cuando regresé del trabajo, me encontré a la niñita quemada de los pies. Otra vez encontré a Enrique con cortes. Ellos solos se cuidaban pero sufrían de estar solitos. Los dos mayores se hacían cargo, *Jonny* iba a la escuela en la mañana, después regresaba para hacerse cargo de sus hermanitos en lo que se iba la niña a la escuela. Cerquita de la casa estaba la señora que nos rentaba y tenía una tienda: iban solos a sacar sus juguitos, sus galletitas, todo eso. Teníamos un patio muy grande con higos. ¡Cómo les gustaba el higo! Se entretenían el hambre con la fruta.

Un día le hablé a mi esposo. Sólo me quedaban 100 pesos en la bolsa y pensé en buscarlo para que me diera un poco de ayuda. Le hice tres llamadas pero nunca me contestó. Seguí trabajando pero me enfermé. Tuve un problema en la cadera y ya no podía ni caminar. Un cuñado me extendió la mano y fui con el doctor. Estuve casi

quince días encamada. Cuando me recuperé pasaron a verme mi comadre, mi compadre y los compañeros de la radio.

Pasó septiembre, octubre y en el mes de noviembre fue cuando mi esposo empezó a hablarme otra vez por teléfono a la radio. Me había cambiado otra vez de casa con los niños y vivíamos entonces en una casa grande, de dos recámaras, que me rentaba un antiguo compañero de la secundaria. Cuando me hablaba mi esposo al trabajo, yo decía que no estaba y que le respondieran que me había muerto. Pero finalmente terminé por contestarle. Me preguntó cómo me iba; tuve entonces el valor de decirle muchas cosas. Después de eso no esperaba que regresaría, pero un domingo llegó a buscarme a la radio y me propuso que regresara con él. Dijo que si quería a los niños, tenía que dejar el trabajo. Yo le prometí que dejaría el trabajo si nos casábamos por la iglesia. Él estuvo de acuerdo.

No lo pensé mucho, me salí de la radio. El domingo me buscó mi esposo, platicamos todo el día, lloré mucho pero dejé mi trabajo. Me dolió todo el corazón, de tanto sufrir y tanto andar. Renunciar al trabajo fue un golpe muy fuerte para mí.

Pensé que él iba a cambiar después de esos meses de estar alejados, que sería distinto y me amaría más, pero no fue así. En el viaje de regreso a Oaxaca, al salir de Lázaro Cárdenas, yo iba llorando y pensaba: “¿Por qué lloro si estoy con mi esposo y con mis hijos?”.

Fuimos a México y llegando ahí hablé a la radio para decirles que había llegado con bien y gracias. De allí nos fuimos a Putla, para encontrar a mi mamá, y fue muy bonito porque recién estábamos otra vez todos juntos.

### III. Cerro Tejón

Cuando vivía en Baja California, en febrero de 1990, Marta recibió en su casa a un familiar que traía un terrible mensaje: el reciente asesinato de su tío Paulino y su primo Bonifacio. En el periódico *Esto* había aparecido un artículo sobre los hechos, con fotos que dejaban desnuda la muerte. Marta se sintió invadida por una absoluta orfandad. Miró con angustia su vientre, que crecía por cuarta vez, y para eludir el vacío pensó que si el fruto de su embarazo era un niño, le pondría por nombre Paulino.

El maestro Paulino y su sobrino Bonifacio habían sido acribillados por pistoleros a sueldo el 23 de enero de 1990, en las cercanías de Río Lagarto. El cuerpo de Paulino quedó tirado a orillas del río, el de Bonifacio en un montículo cercano, en dirección a Cerro Pájaro. La policía tardó mucho en detener a los asesinos materiales. Sin embargo, los perpetradores intelectuales del crimen, ligados a una familia de Putla acaparadora de café, quedaron impunes.<sup>20</sup>

Apenas unas semanas antes del asesinato, los líderes del MULT habían negociado con el gobernador del estado, Heladio Ramírez López (1986-1992), la instalación de beneficios de café y el apoyo para la formación de cooperativas en la región Triqui. Durante decenas de años, los pequeños productores indígenas se habían visto sometidos a los abusos cometidos por la familia Alonso González, caciques de Putla, quienes compraban todo el grano producido en la región a precios muy bajos, para revenderlo a las compañías distribuidoras. Respaldados por el partido oficial y diversos funcionarios, los Alonso no sólo eran poderosos comerciantes sino, también, dueños de ranchos que habían sido arrebatados a los indígenas triquis desde hacía decenas de años.

Al inicio de su gobierno, Heladio Ramírez había prometido hacer justicia y garantizar la democratización de la región Triqui Baja. Sin embargo, pronto mostró su falta de voluntad y sus contradicciones: se comprometía primero a realizar elecciones libres en San Juan Copala y permitía después la imposición y el fraude; hablaba de concertación

<sup>20</sup> Francisco López Bárcenas. *Muertes sin fin...*, *op. cit.*

política y al día siguiente decidía “poner orden” por medio de la represión.<sup>21</sup> Durante su gestión se multiplicaron los arrestos ilegales, la tortura y los asesinatos políticos.

Esa actitud convenció a Paulino de que la negociación y el diálogo con los gobernantes de Oaxaca era imposible. En cambio, otros líderes del MULT opinaban que se debían buscar puntos de acuerdo, para obtener recursos públicos que permitieran el desarrollo de la región y el mejoramiento de las condiciones de vida. Cuando estos líderes obtuvieron la promesa de que el gobierno del estado apoyaría beneficios para el café y un comercio del grano más justo, Paulino se entusiasmó con el proyecto. Aceptó cambiar su postura aparentemente intransigente y se puso al frente de la comisión coordinadora.<sup>22</sup>

Como tenía respaldo gubernamental, Paulino se sintió confiado para caminar por la región realizando reuniones de trabajo. Entonces, organizó asambleas en distintos barrios acompañado por Bonifacio. Los caciques de Putla, preocupados por la posible pérdida de sus prerrogativas en el comercio regional y seguros de que prevalecería como siempre la impunidad, lo mandaron asesinar.

Después de su muerte, los líderes del MULT siguieron luchando por diversas vías —que incluían desde la movilización y la denuncia hasta la negociación con las autoridades municipales y estatales—, para lograr un comercio más justo, ampliar el territorio étnico y recuperar las tierras perdidas en manos de los mestizos y mixtecos.

La presión sobre la propiedad de la tierra era resultado no sólo del despojo sistemático ejercido por parte de los pueblos vecinos, sino también de la erosión de los suelos y el crecimiento demográfico. A pesar de las luchas que libraron los triquis por hacer valer sus derechos y recuperar su territorio, entre 1970 y 1990 las tierras disponibles disminuyeron 33 por ciento, mientras que la población aumentó 49 por ciento.<sup>23</sup> Los resultados de esta desproporción entre tierras agrícolas y densidad demográfica fueron tanto la creciente parcelación del núcleo agrario como la emigración masiva.

En los enfrentamientos interétnicos por la recuperación de tierras, centenares de triquis perecieron a manos de la policía o de pistoleros pagados por los rancheros.<sup>24</sup> A inicios de los noventa, el MULT logró recuperar las tierras del rancho La Luz, cercanas a Llano Nopal, que desde hacía muchos años detentaba la familia de Melchor Alonso. El saldo de ese conflicto fueron decenas de triquis asesinados. Esos hechos provocaron también un ambiente de terror que empujó a muchas familias triquis fuera de sus comunidades. Campesinos originarios de Cerro Pájaro, Cerro Cabeza y Río Tejón, emigraron al noroeste de México, primero temporalmente y más tarde de manera definitiva. Otros

<sup>21</sup> *Ibidem.*

<sup>22</sup> *Ibidem.*

<sup>23</sup> Véase Pedro Lewin. “La gente de la lengua completa...”, *op. cit.*, p. 238.

<sup>24</sup> Desde la formación, en 1981, del Movimiento de Unificación y Lucha Triqui, y hasta 1998, habían muerto 800 triquis a causa de la violencia política en la región (véase Pedro Lewin, *op. cit.*). Esas muertes se deben, en primer lugar, a enfrentamientos por linderos de tierras y límites territoriales, que históricamente han ocurrido con las comunidades mixtecas, los mestizos y entre los propios triquis. En relación con la posesión de la tierra y los límites agrarios, una de las

se refugiaron en la cabecera municipal de Santiago de Juchitán, donde siguen habiendo en la actualidad.

El MULT tuvo entonces que repoblar tierras que históricamente pertenecían al pueblo triqui y que después de los terribles enfrentamientos había logrado recuperar. A pesar de la gran necesidad de terrenos agrícolas, muchas familias prefirieron emigrar para garantizar su seguridad, en lugar de ocupar los terrenos “recuperados”. Entonces el MULT inició una campaña de organización de familias sin tierras y promovió el retorno de migrantes, desde el noroeste de México, con la promesa de que se les otorgarían terrenos, créditos y ayuda gubernamental. Ése fue el motivo principal por el que Marta y su familia regresaron a la región Triqui en 1997.

\*\*\*

A inicios de 1997, Marta dejó su empleo en la radio de San Quintín y aceptó regresar a vivir con su esposo. Decidieron reiniciar su vida con el retorno a la región Triqui y la celebración de su boda por la iglesia.<sup>25</sup> Así, la pareja viajó con sus cinco hijos desde Ensenada hasta la comunidad de Paso del Águila, donde vivía la madre de Marta. Ahí doña María era dueña de dos chozas y una casa de bloque y cemento, recientemente adquirida por medio de un programa de vivienda gestionado por el MULT. Una de las chozas, transformada en troje, servía únicamente para almacenar la mazorca. La otra, un poco más grande, funcionaba como cocina. La casita de material tenía dos cuartos; fue la que ocupó la familia de Marta durante unas semanas.

Al poco tiempo de que se instalaran en Paso del Águila, unos familiares de Marta, militantes del MULT, les hablaron a ella y a su esposo de un proyecto de la organización para ocupar tierras fértiles y abandonadas en las cercanías de Río Tejón. Los líderes

---

razones de la conflictividad es la inexistencia de documentos legales recientes y acuerdos por escrito. Otra es el vacío de poder institucional: la ausencia de las autoridades agrarias, pero también del poder judicial, que redundan en la impunidad (*cf.* Pablo García E. y Enrique Gómez Levy. “El ejercicio del poder en la región interétnica de Putla de Guerrero”, *Cuadernos del Sur*, año 5, núm. 13, Oaxaca, noviembre de 1998). Finalmente, el tráfico de armas ha alimentado por años la violencia en la región triqui. Pablo García y Enrique Gómez Levy afirman al respecto: “El comercio de armas se ha ejercido, sobre todo en la época posrevolucionaria, sin ningún control. Desde Putla y Juchitán, se envían a comerciantes menores a través principalmente de las cañadas de Tierra Blanca, Llano Nopal y La Sabana. Los compradores y primeros beneficiarios de esta corriente de poder destructor han sido los grandes (autoridades) que han dispuesto de más regalos y multas” (*op. cit.*, p. 71).

<sup>25</sup> El matrimonio religioso generalmente es celebrado por los triquis mucho después de la boda tradicional, para refrendar los votos o vivir juntos en otra vida, después de su muerte. En ocasiones sirve para conjurar males que con insistencia se ciernen sobre la familia, como la enfermedad, la muerte o la discordia. *Cfr.* Agustín García Alcaraz, *op. cit.*

pasaron por varias comunidades reuniendo a familias triquis sin tierras. Les explicaron la ubicación y las características de los terrenos e iniciaron los trámites para solicitar recursos a las instituciones públicas.

Marta y Rafael fueron a visitar las tierras junto con otras dos familias. Caminaron media jornada para llegar allá. En el lugar, conocido como Cerro Tejón, no pasaba la carretera, no había electricidad ni agua entubada. Durante la temporada de lluvias el río crecía y las tierras quedaban aisladas. La soledad era tan intensa que se escuchaban con claridad el sonido del viento, el intenso rumor del río y el ulular de los animales.

Pero a Marta le gustó el terreno y supo en seguida que ahí podría sembrar su milpa, ver crecer el café, recoger las frutas del árbol, construir su propia casa, integrarse al territorio triqui y participar en el movimiento.

Ella valoró sus conocimientos y experiencia: no era una simple campesina como los demás, sino que sabía leer y escribir. Sus años de locutora en la radio le habían enseñado a dominar el habla triqui, al igual que el español, y sabía convencer de sus ideas a los demás. De su tío Paulino había aprendido, además, que la injusticia podía ser reparada si los triquis se organizaban para proteger sus derechos.

Los líderes le dieron consideraciones y un lugar particular en el proyecto no sólo porque era la sobrina del maestro Paulino, uno de los fundadores y mártires del movimiento, sino porque entre los nuevos pobladores ella era de los pocos que tenían estudios de secundaria y podía ayudar a realizar trámites. Le pidieron que llenara formatos y solicitudes, y escribiera cartas a las distintas instituciones del gobierno de Oaxaca. Tomaron fotos de cada jefe de familia y apuntaron en fichas los datos censales de todos los colonos. Finalmente, empezó a llegar el material desde las ciudades de Oaxaca y Huajuapán. Los políticos respondieron, las instituciones otorgaron los fondos y la gente del movimiento participó con entusiasmo.

Los pobladores recibieron láminas para los techos de las casas, herramientas, semillas, y grandes bultos de maíz, para que se sostuvieran mientras trabajaban la tierra y levantaban la primera cosecha. Distintas instituciones aprobaron el envío de créditos, masa, arroz y frijol. En la primavera de 1997, varias familias triquis de distintos barrios se trasladaron a Cerro Tejón; algunos eran parientes de Marta, otros, líderes del movimiento; muchos, sólo respondían a su deseo de arraigar en tierras propias. Tardaron en construir las casas porque los caminos eran poco transitables y los hombres tuvieron que acarrear los bultos en sus espaldas. Pasaron interminables jornadas juntando leña en el bosque, cargando piedras y acarreando agua para construir las casas. Limpiaron los terrenos de troncos y maleza. Prepararon la tierra con el arado y la coa. Los hombres se reunieron para distribuir equitativamente los predios y organizar el trabajo comunitario. Las mujeres también hicieron reuniones para repartir la comida; consiguieron créditos para traer hilo y estambre desde Putla.

Después de horas de labores en el campo y en sus casas, todas las mujeres trabajaban en los telares; fabricaban bolsas, gabanes, huipiles y decoraciones que enviaban después a Oaxaca por medio de una de las mujeres más jóvenes, a la que llamaban *Cachi*,

“La rueda de la fortuna”, porque era alegre y le gustaban mucho las fiestas y la diversión. Ella recogía las artesanías y las llevaba a la capital del estado, donde vivía su abuela, para venderlas en la plaza y traer un poco de dinero a Cerro Tejón.

Durante los primeros meses, los hombres viajaban regularmente a las oficinas de Oaxaca. También iban a Llano Nopal y a Rastrojo para discutir con los líderes del MULT. En algunas ocasiones invitaron a Marta a las reuniones de representantes, pero ella sentía vergüenza al encontrarse con tantos hombres y su esposo se disgustaba.

Las mujeres triquis raramente participan en asuntos públicos. Van con sus esposos e hijos a las marchas y movilizaciones en Oaxaca, cuando el número de manifestantes debe ser importante, para presionar a los políticos. En ocasiones asisten a las asambleas en que se discuten asuntos que atañen a toda la comunidad, pero se mantienen apartadas y en silencio, vigilando a los niños mientras los hombres discuten. No ocupan, por supuesto, cargos públicos, y en muy raras ocasiones se admite que participen en reuniones de representantes.

Por eso, Marta trataba de guardar silencio en las reuniones, aunque respondía a las preguntas que le hacían los líderes y traducía los documentos. De regreso a casa, su esposo le reclamaba sobre cualquier detalle que despertaba sus celos y su enojo: “Su ropa la ceñía demasiado, había levantado la vista hacia algún hombre, hablaba de más...”. Rafael nunca se daba por satisfecho. Lo irritaba el brillo de entendimiento en sus ojos y su lengua mordaz. Su madre le había repetido mil veces que no le convenía esa mujer respondona, que los hombres triquis gustaban de las hembras suaves y moldeables, calladas y trabajadoras.

\*\*\*

Los dos años que pasaron en Cerro Tejón fueron suficientes para devolverle a Marta algo por lo que su tío, el maestro Paulino, había dado la vida: la tierra, e indisolublemente ligada a ésta, la justicia. A medida que se redujo el territorio triqui, muchos indígenas empezaron a perder, también, su seguridad de pertenecer a la comunidad; extraviaron sus recuerdos y su identidad. Emigraron hacia las grandes ciudades o a los campos agrícolas del noroeste. Le dieron su trabajo al rico a cambio de un jornal que a veces alcanzaba para sobrevivir pero que no restituía nunca la dignidad campesina, el orgullo del que labra su propia tierra para dar alimento a su familia.

La recuperación del territorio étnico fue una lucha vital, como lo demuestra el número de dirigentes muertos en ese empeño. Lo fue porque la tierra significaba mucho más que un medio de vida: recuperar las raíces históricas del pueblo triqui.

La relación de los triquis con la propiedad comunal de la tierra tiene que ver con la reconstrucción de una identidad subordinada, de una cultura oprimida, frente a rancheros y comerciantes mestizos que hicieron del abuso su fuente de poder y riqueza. Pero la recuperación del territorio se veía obstaculizada no sólo por la ambición de los

blancos y la desidia de los políticos, sino también por los eternos desacuerdos entre las familias, los barrios, las facciones y los grupos políticos al interior del pueblo triqui.

Los antiguos líderes o principales de los barrios, llamados *Xi'a* (hombres grandes), eran hombres valientes que no le temían al coraje de los enemigos. Su papel consistía, sobre todo, en arreglar conflictos entre familias e individuos. Para eso “hablaban palabras bonitas”, usaban formas distintas de presión social. Los habitantes del barrio se sujetaban al poder del principal para evitar “caer en la indignación”.<sup>26</sup>

Los *Xi'a* eran también hombres armados; ante la competencia por el poder político, conservaron a menudo su lugar por medio de la violencia o el asesinato. Las diferencias entre barrios —por linderos de tierras o desavenencias familiares— se zanjaban muchas veces con el asesinato del enemigo o el enfrentamiento entre facciones, dirigidas por un principal. La muerte violenta formaba parte de un círculo sin fin; la venganza era un deber ineludible de los familiares. En efecto, los triquis creían que cuando eran asesinados, los espíritus o almas de sus muertos andaban penando en sus tierras, hasta que no se les hiciera justicia: hasta que no mataran al asesino.<sup>27</sup>

Por medio de la organización y con un proyecto común en la mayor parte del territorio triqui, el MULT logró disminuir los enfrentamientos entre barrios y familias. La competencia entre líderes y el control de la autoridad fueron canalizados por vías institucionales (no necesariamente democráticas) puestas en marcha por la propia organización. De hecho, a medida que el MULT extendió su hegemonía en las distintas comunidades, la competencia por el poder y los conflictos políticos se dieron fundamentalmente con los miembros del gobernante Partido Revolucionario Institucional (PRI), que generalmente tenían el apoyo de las autoridades de los municipios (Putla y Juxtlahuaca) y del estado. En 1994 el PRI formó la Unión para el Bienestar Social de la Región Triqui (Ubisort), con el fin de contrarrestar la creciente hegemonía del MULT. Desde entonces ambas organizaciones compiten por la gestión de recursos económicos y el desarrollo de la región. Por medio de la negociación y la movilización, sus líderes se disputaron el poder en distintos barrios. Sin embargo, siguieron ocurriendo episodios de violencia política y asesinatos de dirigentes populares.

Entre los hombres que poblaron Cerro Tejón, varios habían luchado durante años por tener tierras y recuperar el territorio que se encontraba en manos de los mestizos o mixtecos de la región. Los dirigentes más jóvenes, como Miguel o Bernardo, habían estudiado y creían en los acuerdos, sin dejar de defender los derechos de los triquis con todo el coraje que les legaron sus padres. Su mayor anhelo era reagrupar a su pueblo y evitar la violencia, que durante tantos años había sembrado el miedo y provocado el éxodo. Por ello pensaban que el trabajo tenía que ser colectivo y todos debían participar, con el mismo esfuerzo, en la construcción del poblado.

<sup>26</sup> Agustín García Alcaraz, *op. cit.*, p. 107.

<sup>27</sup> *Ibidem.*

Algunos líderes mayores, como el señor Faustino y su compadre Agustín, no compartían esas ideas. Se imaginaban esa nueva comunidad como una victoria propia, resultado de años de fatigas y humillaciones. Estaban convencidos de que las familias beneficiadas debían estarles personalmente agradecidas, brindarles tributo, considerarlos como principales y obedecer sus mandatos. No querían seguir trabajando en las empinadas laderas de la región para cosechar unos cuantos bultos de café que el rico de Putla compraba por casi nada. Pensaban que, finalmente, había llegado el momento de que los más jóvenes les dispensaran honores y favores.

La tentación de la violencia terminaría por imponerse, y el proyecto productivo y organizativo de Cerro Tejón, que tanto entusiasmo había despertado en familias sin tierra como la de Marta, se ahogó en la envidia y la ambición de unos pocos.

\*\*\*

Cuando empezaron a sembrar en las tierras que recién habían ocupado, los pobladores de Cerro Tejón trabajaban en grupos y se sentían unidos. Entre más de diez familias —mujeres, hombres, niños y ancianos— desbrozaron los terrenos. Plantaron los primeros plataneros que no tardaron ni un año en producir pesadas pencas. La tierra era fértil, aunque había que cuidarla para que no entraran los puercos ni los caballos a destrozar las plantas jóvenes. También debían proteger los campos de las tuzas, que cavaban la tierra para roer las raíces, tumbaban y se comían el platanar. Marta y sus hijos buscaban los hoyos y los destrozos de las tuzas; cuando encontraban montones de polvo en la raíz, lanzaban a los perros contra aquellos animalitos.

Ellos tenían varios perros, pero no todos eran igualmente hábiles. A uno lo llamaban *Gabacho*, porque era güero y bonito como los blancos que viven en el Norte, a otro le decían el *Negro*. El más listo de todos era un perrito muy pequeño, que cabía en el hoyo de las tuzas. Las atrapaba en un instante entre sus fauces y se ponía a jugar con ellas dándole vueltas hasta matarlas.

Por temporadas los tres hijos mayores de Marta, Juan, Isabel y Paulino, tenían que separarse de sus padres para seguir sus estudios en la escuela albergue de Río Venado. Marta seguía cuidando de los dos pequeños: Enrique y la beba. De vez en cuando iba a visitar a sus hijos mayores, otras veces caminaba hasta Putla para comprar algunos productos en el mercado: un poco de jabón, herbicidas, sal, chile y aceite. Durante las vacaciones, los niños llegaban a ayudar en la limpieza de los terrenos o la cosecha del café.

Don Faustino tenía hijos adultos, pero ellos pasaban la mayor parte del tiempo en la ciudad de Oaxaca, donde comerciaban artesanías triquis. Cuando inició el trabajo comunitario para la preparación de los terrenos y la construcción de las casas, su familia participó con el mismo ahínco que otras. Sin embargo, poco después, sus hijos regresaron a hacer sus actividades en la ciudad de Oaxaca. Los hombres de la comunidad ayudaron a sembrar los terrenos de Agustín y Faustino, porque vieron que los ancianos no

lograrían terminar solos con la faena. No obstante, llegado el momento de la cosecha, todos los campesinos, desde la madrugada hasta el anochecer, trabajaban en sus propias tierras. Nadie tenía tiempo para ayudar a los mayores. El plátano llegaba a pudrirse en la penca antes de que la segaran con el machete. Al ver que ya no les brindaban el apoyo que sentían merecer, Faustino y su esposa esparcieron rumores y multiplicaron sus exigencias. Por eso, muchos de los vecinos se alejaron de ellos y no volvieron a prestarles ayuda.

Bernardo fue uno de los que más empeño puso en la construcción de la comunidad de Cerro Tejón. Él negoció la ocupación de los terrenos. Después, sembró en tierras contiguas a las de Roque y Rafael. Cuando empezaban a brotar las plantas y la milpa estaba verdeando, el dinero empezó a escasear. No alcanzaba para comprar abono, herbicida, semilla mejorada, sembrar en nuevos terrenos y aumentar las cabezas de ganado. Bernardo decidió entonces irse al Norte, a buscar empleo por unos meses. Le pidió a Rafael que se encargara de cuidar los chivos y los caballos. A Marta le dijo que visitara regularmente a su mujer y le ayudara en las labores domésticas.

Se tardó diez días en cruzar la línea. De Arizona, siguió viajando hasta el noroeste de Estados Unidos. Un mes después de su partida, habló por teléfono desde el estado de Washington, donde había conseguido empleo en los campos agrícolas. Dejó un recado en la caseta telefónica de una rancharía cercana a Cerro Tejón. Preguntó por su mujer, por sus tierras y su ganado. Rafael le dio noticias y Bernardo envió un primer giro para ayudar a su familia y apoyar a los vecinos. Unas semanas después llegaron 50 dólares del Norte, que eran entonces 500 pesos mexicanos. Para Marta eso representaba mucho dinero, pues ella no hubiera podido ganarlo en un mes completo de trabajo; en cambio Bernardo les había dicho que ganaba esa cantidad en un solo día y que pronto seguiría enviando ayuda.

Las remesas permitieron comprar semillas, abono, enseres domésticos y comida. Además, dieron la oportunidad de mejorar la convivencia entre la familia de Bernardo y sus vecinos. Juntas, las mujeres iban a bañarse al río, lavaban la ropa, trabajaban la milpa o juntaban ejotes y quelites. Marta ayudaba a la esposa de Bernardo con el quehacer de la casa y con la limpia de la milpa, donde el trabajo era agotador y no acababa nunca. La maleza invadía los surcos. En la temporada de lluvias, los aguaceros provocaban el surgimiento de canales en la tierra y se formaban enormes charcos. Al menor descuido, las bestias entraban a pastar y a destruir las plantas jóvenes o las tuzas se metían a destrozar las raíces.

El primer año, cada familia plantó 500 matas de plataneros que les había entregado el gobierno. Al año siguiente, muchos lograron aumentar el número de plantas sacando los retoños de la raíz, para trasplantarlos. A los que lograron avanzar, la organización les otorgó más tierra para la labranza.

\*\*\*

Pero pronto, con los conflictos y las envidias, la vida en la comunidad se fue deteriorando. Algunas familias estaban a disgusto con los límites de sus terrenos, aseguraban que

les habían otorgado tierras pedregosas e irregulares. Hablaban mal de los vecinos cuando veían que recogían mejores cosechas que ellos. Observaban con envidia las tierras del señor Roque, pues en unos pocos meses sus semillas se habían transformado en hermosas calabazas, en sus campos abundaba el ejote y su esposa caminaba cargando enormes pencas de plátanos.

Marta tuvo también sus primeros éxitos cuando sembró una huerta en una parcela cercana a su casa y pronto cosechó chile verde, cilantro, quelites y rábanos. Había traído de Baja California semillas de pepino, que crecieron grandes y jugosos. Los rábanos fueron los primeros en madurar; cuando los sacó de la tierra, los compartió entre todas las familias, para festejar el primer fruto del trabajo. La esposa y la nuera de don Faustino, lejos de apreciar el obsequio, exhibieron su frustración metiendo sus gallinas y guajolotes a la huerta de Marta.

Finalmente, don Faustino descargó todo su resentimiento contra Roque. Pudo haber sentido mayor coraje contra Rafael o Bernardo, pero ellos tenían fuertes vínculos con otros líderes de la región. Hubiera cundido entonces la violencia; alguien habría cobrado venganza. La víctima fue el más débil, pero también el más exitoso de los campesinos que poblaron Cerro Tejón.

\*\*\*

Cuando mataron al señor Roque, Marta decidió huir lo más lejos posible. Eran muchos los muertos y el miedo crecía con la memoria. Le dijo a su esposo: “¡Vámonos al Norte y dejemos a los niños con mi mamá! ¡Ya no quiero seguir aquí, son muchos mis familiares que han muerto de esta manera y no quiero que mis hijos aprendan y sufran historias como ésta!”. Ambos se endeudaron y se prepararon para hacer el largo y peligroso viaje a California.

Roque murió el cuatro de enero de 1999, al atardecer. Le dispararon al iniciar la tarde, pero no encontraron su cuerpo hasta dos días después, oculto en una zanja. Los asesinos enterraron sus piernas y colocaron sobre su cabeza una pesada piedra. De no haber sido por los perros, que aullaban con terquedad, y por los oscuros cabellos del muerto, que sobresalían en la base de la piedra, su carne tal vez se hubiera podrido lentamente sin llamar la atención. Nadie oyó los tiros porque aquello sucedió en el cerro, muy lejos de las tierras de labranza. Sin embargo, los perros percibieron enseguida su muerte; primero llegó la *Duquesa*, jalaba el pantalón de Rafael, le mordía la pierna y le ladraba como insistiendo que la siguiera. Él pensó que esa perra se estaba volviendo loca o que seguía con hambre, a pesar de los desperdicios que había engullido en la mañana. Marta sabía que el animal quería enseñarles algo y tuvo la tentación de seguirlo hasta la colina, pero tenía labores pendientes en la casa. Pasó la tarde agachada frente al metate, moliendo maíz y preparando tortillas para la cena. En la noche durmió inquieta y tuvo el presentimiento de una desgracia.

Al amanecer fue con su esposo a cortar café. En el campo divisó sobre las plantas una lechuga y supo que algo grave había sucedido. Con angustia le dijo a su esposo: "Ese pájaro es una mala señal, alguien ha muerto cerca de aquí". Pero Rafael no escuchó sus avisos ni creyó en las señales. Siguieron trabajando todo el día sin parar; el grano estaba maduro.

Aquella segunda noche Marta soñó que su yegua estaba amarrada a un poste, relinchaba y trataba de liberarse. La vio esponjada y enferma. Al amanecer volvió a decirle a su esposo, ahora con certeza: "Hay un muerto cerca de aquí". Él la calló. Unas horas más tarde vinieron a avisarles que Roque, su vecino, había sido asesinado. El miedo empezó a apretarles el corazón, desearon partir y perder de vista al señor Faustino, que había sembrado odio en esas tierras, y a los hijos de éste, que habían tomado las armas para aliviar su rencor. Pues si habían asesinado a Roque, que no era más que un pobre campesino sin estudios, eran capaces de seguir regando sangre y tomarla ahora contra ellos.

Rafael fue a reunirse con los líderes para hablar sobre Roque y discutir las sanciones que ameritaban sus asesinatos. Caminó a buen paso hasta Llano Nopal, primero por las veredas angostas que descendían entre los platanares, después en la espesura de los bosques y finalmente por la carretera de terracería. Las autoridades hablaron largamente, hablaron gravemente, y sentenciaron que los culpables tendrían que pagar una multa de 15 000 pesos, para que la viuda pudiera dar de comer a sus hijos hasta que crecieran.

En la casa, Marta guardaba un rifle de su tío Miguel. De vez en cuando su esposo lo usaba para cazar en los bosques. Juan, el mayor de los hijos, había observado a su padre preparar el arma y las municiones.

Los hombres triquis, para salir a cazar, guardan casi siempre un rifle en la casa. A veces, algunos días, Rafael, Roque y Bernardo salían de madrugada y se pasaban el día persiguiendo el rastro de algún huidizo venado. Si encontraban a una hembra pastando con sus crías, seguían buscando intentando hallar al macho. Cuando andaban de suerte, regresaban con un conejo o un armadillo y las mujeres guisaban caldo con verduras.

Aquel día Marta, para defender a su familia, pensó en el rifle. Le gritó a su hijo: "¡Johnny, carga bien el arma y vámonos de aquí!". Imitando los gestos de su padre, Juan cargó el arma en unos minutos. Echaron en la espalda de la yegua dos grandes bultos de café, para llevarlos a vender a Putla, y se internaron a toda prisa en el bosque. Pero antes de llegar al río, se cruzaron con dos judiciales que eran guiados por un poblador triqui. Éste iba tan bien vestido que Marta lo confundió con un español de Putla. Lo reconoció cuando le gritó en su lengua:

- ¡Eh ustedes, tiren el arma! ¿No ven que viene conmigo la policía para investigar?
- Por miedo la carga, ¿cómo me voy a defender de otra manera?
- ¡Si ellos ven al niño armado se lo van a llevar!

Pero pudo más el temor a los asesinos de Roque. Juan ocultó el arma bajo su ropa y siguió caminando delante de su madre, junto a la yegua. El camino se hacía cada vez más angosto y cuando se cruzaron con los policías tuvieron que ponerse a gatas. Con un paso

en falso hubieran rodado con la yegua y su modesta carga a lo más profundo del barranco. En un susurro en el que se confundían el respeto y el miedo, saludaron a los hombres. Siguieron andando hasta llegar a Putla. Allí, a pesar del cansancio y la tristeza, Marta buscó con ansia a un comerciante para venderle su café. Con el poco dinero que ganó, compró algo de comida para aguantar toda la semana.

En la tarde, a pie, regresó con su hijo hasta Llano Nopal. Llegaron cuando había caído la noche. Rafael se había pasado el día discutiendo con los líderes y realizando los trámites para el sepelio de Roque. Cenaron juntos y se quedaron a dormir, sobre su fatiga, en la casa de la tía Agustina.

La justicia era asunto del pueblo triqui y sus autoridades. La policía judicial no pudo entrar a los poblados para entrevistarse con los familiares y vecinos. Se limitó a medir la zanja en la que había sido enterrado Roque, la barranca por la que rodó su cuerpo y a observar las huellas que indicaban por dónde lo habían arrastrado. Esos datos fueron suficientes para llenar un largo expediente, con centenares de fojas, que se archivaría en el distrito judicial de Putla Villa de Guerrero. Para entonces, Marta había logrado huir con su familia y refugiarse en Paso del Águila, en casa de su madre. No tardó más de dos días en recoger los enseres indispensables, guardar un poco de ropa, las cobijas y el metate que le había comprado a un vecino. No tuvo que arrear ganado, pues una epidemia había acabado con todos los animales hacía apenas unas semanas. Sólo les quedaba la yegua, que sirvió para cargar la mazorca y las pocas pertenencias que pudieron llevarse. El resto quedó abandonado en la choza, al igual que las tierras y el grano de café, que seguía secándose en el campo.

Después de su asesinato, la familia de Roque huyó para siempre, al igual que la esposa de Bernardo. Él seguía en el Norte, trabajando como jornalero agrícola. Rafael y Marta trataron de sacar a sus animales de las tierras. Lograron salvar algunos chivos, pero los cerdos y los guajolotes se quedaron perdidos en el cerro. Bernardo no regresó nunca a la región Triqui. Murió asesinado unos años más tarde, en Hermosillo, cuando todavía no cumplía los 30 años.

## IV. Dos cruces de la frontera

La migración comunitaria de indígenas triquis a Estados Unidos es un proceso social reciente que empezó a vislumbrarse a fines del siglo XX. En los años ochenta, algunos pobladores triquis —hombres— viajaron hacia Florida y California con la intención de conseguir trabajo en las cosechas. Hubo también un número muy pequeño de indígenas originarios de la región de Copala que llegó a las ciudades de Los Ángeles y Nueva York a trabajar en los servicios y la construcción. Muy pocos de esos pioneros fincaron su lugar de residencia permanente en el Norte. Por lo tanto, fueron sólo unos cuantos los que lograron regularizar su situación migratoria a partir de 1986, con la entrada en vigor del Acta de Reforma y Control de la Inmigración (IRCA, por sus siglas en inglés).

La continua caída de los salarios reales en los campos del noroeste y la sustitución de los jornaleros agrícolas por nuevos flujos de población que llegaban de regiones indígenas cada vez más deprimidas, impulsó a muchos de los trabajadores triquis a cruzar la frontera en busca de mejores condiciones de vida. Por otro lado, a medida que el gobierno de Estados Unidos se empeñaba en construir vallas y multiplicaba la vigilancia en la región fronteriza, los migrantes se aventuraban a cruzar la frontera por áreas, desde el punto de vista geográfico, cada vez más peligrosas. Mientras que hace unos años los triquis pasaban casi siempre por la zona cercana a las ciudades de Tijuana y San Diego, en la actualidad cruzan por el desierto de El Altar, entre los estados de Sonora, México, y Arizona, Estados Unidos. En esta región desértica, las temperaturas llegan a alcanzar los 45 grados centígrados en verano, mientras que en invierno las noches pueden llegar a ser heladas. La caminata hasta encontrar un lugar seguro puede durar de uno a tres días, según las rutas conocidas por los “coyotes”. Los migrantes no sólo tienen que sortear la migra, sino también a las bandas de ladrones armados, a los llamados rancheros —grupos paramilitares estadounidenses que vigilan por su propia cuenta la línea fronteriza y no dudan en abrir fuego contra los transeúntes “sospechosos” de ser indocumentados—, a diversos animales venenosos como alacranes y víboras de cascabel, las rocas, hoyos y cactus.

El viaje hasta California se realiza casi siempre a crédito. Tanto en el noroeste como en Oaxaca, en los últimos años algunos familiares de los migrantes han lucrado gracias a la

usura; cada año, para realizar el viaje hacia el Norte, decenas de nuevos emigrantes se ven obligados a endeudarse y pagar después, a tasas de interés cercanas al 100 por ciento anual, enviando remesas por medio de la familia. En las ciudades de Juchitán y sobre todo en Putla Villa de Guerrero, cabeceras distritales, existen también múltiples casas de préstamo que son administradas por mestizos y mixtecos. El monto que los emigrantes tienen que reunir para realizar el viaje varía entre los 1 200 y los 1 800 dólares estadounidenses, pues debe cubrir el costo del transporte en autobús hasta Sonora, el pago del “cruce de la línea” y el pago del transporte (“raite”) desde el desierto hasta Phoenix. Tanto el “coyote” que dirige al grupo a través del desierto como el transportista “raitero” que lo lleva desde Arizona hasta su destino final, suelen ser triquis, y es muy común que a los “paisanos” les den crédito, para cobrarles después, semana tras semana, una parte del cheque que reciben en California.

El cruce es desde Altar, Sonora, a través del desierto de Arizona. En Altar, contratan a una persona que los transporta en camioneta hasta el otro lado de la línea. El viaje se realiza en grupos de seis a quince personas, con un coyote que casi siempre es miembro de la etnia —con una larga experiencia migratoria hacia el noroeste de México y que atraviesa el desierto en cinco o seis ocasiones cada año—. Muchas veces el “coyote” es también un familiar. Una vez que cruzan la línea, el viaje se realiza a pie por una región que forma parte de la reservación india de los *Tobono O'dam*. La caminata puede durar entre doce horas y cuatro días, según la ruta seguida por los “coyotes”. Las casas de seguridad a donde suelen llegar los triquis también pertenecen a nativos americanos. Éstos cobran elevadas cuotas por unas horas de descanso y, muchas veces, por el “raite” hasta Tucson. Allí nuevamente es un paisano el que recoge a los migrantes indocumentados en una camioneta. Por un pago de entre 200 y 350 dólares por persona, dependiendo de la relación de parentesco que tenga con el “raitero”, éste los conduce a Madera, Greenfield y Bakersville, en California, o hasta el estado de Oregon. En la actualidad un número importante de indígenas vive en la región agrícola que se encuentra al sur de Tucson, que se ha vuelto una etapa migratoria fundamental.

Desde Tucson o Phoenix, los migrantes triquis se dispersan fundamentalmente hacia las grandes regiones agrícolas de California y Oregon, por un lado, o bien hacia las ciudades de Los Ángeles, Atlanta y Nueva York. En la costa oeste, los lugares de destino se han multiplicado, de tal manera que actualmente existe un número importante de migrantes triquis en Oregon, Washington, e incluso en Alaska. En la costa este, muchos indígenas se dirigen hacia las empresas productoras de fruta, ubicadas en Florida, o a la ciudad de Nueva York. Existe también una población considerable de triquis en Atlanta, Georgia.

En la actualidad la movilidad de los triquis —en particular de los varones jóvenes— es altísima. En Estados Unidos muchos de ellos se dedican al transporte de paisanos; realizan varios viajes al año de Arizona a California, de ahí a Oregon o al estado de Washington, o bien atraviesan en una semana todo el territorio, de oeste a este, para llevar a grupos de hombres a Nueva York, donde trabajan en la industria de la construcción.

\*\*\*

*Palabras de Marta*

Cuando mataron al señor Roque me asusté mucho y decidí venirme al Norte. Mi esposo estuvo de acuerdo y nos pusimos a conseguir el dinero. Pero antes mi mamá me dijo: “¡No vayas a sacar el dinero que tienes en el banco! Tú y él pidan prestado, pues si sacas tus ahorros él tal vez te deje y no te pague lo debido”.

Entonces le pedí dinero prestado a mi hermana Antonia que trabajaba en la escuela albergue de Río Venado. Llevé tres huipiles para vender, porque sé que se venden bien allá en Ensenada. Me salí a las dos de la mañana para llevar a todos los perritos con mi mamá. No me querían dejar porque ya estaban acostumbrados a mí. Después, mi mamá me dijo que se perdieron.

Fuimos a Ensenada a casa de mi prima, pero ella no estaba: había abandonado a sus hijos porque tenía problemas con el marido. Sólo encontré a mis cuatro sobrinitos. Mi esposo fue a ver a su mamá y su papá, pero yo ya no fui a visitarlos porque mi suegra hablaba muy mal de mí. ¡Si la señora no me quería, para qué iba a verla! De los dos años que me había ido a Oaxaca había dejado fiados tres huipiles. Recogí el dinero de la venta.

De Ensenada nos fuimos hacia la línea, por el Nido del Águila. Hicimos tres intentos de cruzar por ahí y después otros dos en Tijuana. Una vez nos agarraron en el cerro porque yo ya no aguantaba la caminata: era pura subida. Íbamos seis o siete personas, sin pollero, a ver cómo nos iba, pero todas las veces que lo intentamos nos agarró la migra.

Cuando veníamos por el Nido del Águila me di cuenta que mi esposo no iba a hacer nada por mí. No me tendía la mano en las barrancas ni me ayudaba a caminar. Era como si quisiera matarme, deshacerse de mí en aquellos lugares muy solos. Me decía: “Aquí no importa si vives o mueres, porque aquí no buscan a las personas. No le interesas a nadie, te pueden ver como una rata”. Yo vi sus intenciones y entendí lo que estaba pasando. Analicé las cosas porque un muchacho de Veracruz, que no era nada mío, me ayudó a pasar unos peñascos que eran bien feos, me ayudó en el lugar más peligroso que pueda pasar una mujer. Con eso me di valor y pensé que tenía que seguir hasta el Norte, aunque me quedara yo sola. Yo tenía niños, pero no tenía ni casa ni terreno ni nada. Pensé: “¡No puedo seguir siempre viajando de un lado a otro, sin tierra ni nada!”.

La primera vez que intentamos pasar por Tijuana casi lo logramos. Estaba lloviendo y mucha gente aprovecha la lluvia para cruzar. Nos fuimos un grupo para acá y otro para allá y así atarantamos a la migra. Hay que rifársela porque por algunos lugares no pasan. Nos escondimos entre los matorrales un día y una noche. Cuando bajó la neblina pasamos y llegamos a Chulavista. Fue en ese momento cuando me desparté de mi esposo. Iba pasando un taxi y pensé: “Si no me subo ahora con mi prima, ya no voy a poder pasar”.

Me subí al taxi que nos iba a dejar arriba de un cerro, pero más adelante casi chocamos con la migra y nos regresó. No sé dónde nos detuvo, pero ya era muy adentro (de Estados Unidos). Nos volvieron otra vez para México, pero fue porque chocamos con ellos. Los de la migra ya llevaban rato espiándonos con sus aparatos. No sé cómo fue que nos encontraron, pero nos volvieron a detener. Ésa fue la cuarta vez que intenté cruzar.

La quinta vez empezó a caer hielo. Era en marzo. Intentamos cruzar, pero no pudimos por culpa del hielo. Nos agarró otra vez la migra y nos regresó para Tijuana. Ahí nos encontramos a un pariente que ya estaba establecido aquí en Greenfield, se llama Bartolo. Es un primo mío, aunque yo entonces no lo conocía; el que lo conocía era otro de los triquis que venía en nuestro grupo. Bartolo nos preguntó a dónde queríamos ir y le dijimos que queríamos pasar al Norte. Nos dijo: “¡Dense la vuelta por Arizona!”. Fue cuando encontré a un muchacho que se llama Jacinto y que nos ayudó a pasar. Nos reunimos otra vez varias familias. ¡Yo iba con un miedo! Tantas veces me había agarrado la migra que decía dentro de mí: “¡Ya no lo voy a intentar!”. Me comuniqué con mi hermano que estaba en Santa Rosa (California). Le dije: “¿Sabes qué? ¡Ya no aguanto! Estoy aquí cerca de la línea, pero te digo claramente que ya no estoy con mi esposo porque nos despartamos”. Mi hermano me dijo: “Ahora con más razón tienes que cruzar porque estás sola, y si traes dinero es mucho mejor”.

Fue cuando me di el valor de pasar. Pagamos a una señora de El Altar, 300 pesos cada uno, para que nos pasara y de ahí caminamos. Las mismas gentes de El Altar abusan mucho de los que tratan de cruzar la línea. Atrás de nosotros venía otro carro y los que manejaban se hacían pasar por polleros, pero eran asaltantes. ¡Gracias a Dios que no nos tocó esa misma suerte! Nosotros oímos los gritos en el otro carro, en la camioneta de detrás y echamos a correr. Yo iba junto a la esposa de mi primo, porque éramos las únicas mujeres. También venían con nosotros Jacinto y sus tres hermanos. Éramos un grupito de siete, todos nosotros triquis. Los demás venían en la *troca*<sup>28</sup> de atrás, junto con los rateros. Yo pienso que era la misma gente de El Altar la que los asaltaba, porque oíamos: “¡Órale mexicanos, suban las manos!”. Escuchábamos gritos muy feos. Les dije: “¡Los están asaltando, hay que echar a correr!”. Nos escapamos y nos escondimos en unos matorrales. Hace falta burlarse también de los ladrones y los bandidos. Hay que ser muy listos, porque en la línea todo el mundo trata de engañarte.

Caminamos en la noche con ayuda de la luna, caminamos mucho. ¡A las otras pobres gentes, quién sabe cómo les habrá ido! A nosotros ya no nos importaba, porque nos habíamos salvado. El que sabía por dónde caminar era Jacinto, pero no sabía mucho. Como era de noche, teníamos que rifarnos la vida, había culebras y otros animales peligrosos, barrancas, hoyos y espinas. A los muchachos les tocó matar una víbora de cascabel.

<sup>28</sup> Camioneta.

Yo nomás traía una bolsita con unas tostaditas, soda y un galón de agua. Los demás traían un montón de cosas: chile, mayonesa, pan... Venían bien pesados. Había momentos en que no aguantaban caminar de tanto peso que traían. Ropa, en cambio, no cargábamos; nada más la que traíamos puesta. Nos paramos a almorzar y llegamos a las tres de la tarde a un lugar donde vivía un indio. Hasta ahí nos guiamos por los tinacos. De esa casa, se siguieron algunos y otros nos quedamos unas horas. Dormimos un rato y en la noche emprendimos otra vez el camino. El cuarto en el que nos quedamos estaba bien feo y teníamos que pagar muchos dólares por hora, por eso sólo estuvimos un ratito para descansar.

Había que andar con cuidado, porque en Arizona también hay muchos malhechores: nos encontramos con un señor al que habían golpeado para quitarle cien dólares. Después encontramos a otro señor, borracho, que propuso llevarnos. Yo les dije: “¿Ustedes creen que este señor nos va a llevar a alguna parte? ¿No ven que está bien borracho?”. Me molestaba preguntando todo el tiempo por mí: “¿Esa muchacha qué? ¿Es casada o qué?”. Como iba sola... Yo le pedí a mi primo que dijera que yo era su esposa, pero el señor no paraba de echarme el ojo. Más tarde, les puso un cartón de cervezas a los hombres para que tomaran y yo les dije: “¿Qué les importa más, la cerveza o llegar? Ya es tarde y aquí en el desierto no hay nada. Nos va a agarrar pronto el hambre”. Fue cuando dejaron al borracho y seguimos caminando. Caminamos por un lugar que parecía como un río, como cuando se desprende el agua. Avanzábamos muy lentamente porque se enterraba el pie, los zapatos se llenaban de arena. Llegamos cerca de unos árboles y allí nos dormimos. Pasamos la noche. Temprano, escuché un ruido de leña que estaban quebrando. Mi primo fue a ver de dónde estaban sacando la madera. Se fue guiando con el ruido del hacha y llegó con un señor que estaba cortando leña. Le preguntó si conocía a alguien que nos pudiera llevar a Phoenix y él le contestó que sí, pero que nos iba a cobrar un poco caro, como 300 dólares a cada uno. Le dimos el dinero. Esa misma noche fuimos a la casa del raitero.<sup>29</sup> Su familia tenía mucho miedo, porque la migra pasaba a veces a revisar esas casas. Nos escondieron y nos dieron de cenar. Duramos una noche ahí. Al día siguiente, tempranito, el señor metió el carro y nos llevó para Phoenix. De ahí me fui con la esposa de mi primo, que vive en El Águila, Arizona, y me quedé a vivir con ella durante un mes. Llegué allí con unos amigos de mi primo que son de Guatemala. Enseguida encontré trabajo en el campo. Primero aprendí a trabajar en el desahije y la limpia, en los campos de melón, calabacita y pepino. También me enseñaron la limpia de la mata de garbanzo.

Pronto mandé dinero a México, con el mismo señor que nos pasó. También me comuniqué con mi mamá, pero nunca logré hablar con mis hijos. Pasaron meses sin que pudiera platicar con ellos. La primera vez mandé 50 dólares, porque iban a ser los cumpleaños de mi niño y de la chiquita, pues cumplen los dos en abril. A mí se

<sup>29</sup> Transportista.

me hacía mucho dinero. Con lo que iba ganando compré una cobijita, ropa de segunda y unos tenis. También pagué los 250 dólares que le debía al muchacho que nos enseñó el camino de venida. Tuve que pagar 300 dólares del viaje hasta Phoenix y otros 80 de Phoenix a El Águila. Gastaba muy poquito en comida, porque me cooperaba con doña Rosa que era muy buena gente. Ella se levantaba a hacer las tortillas y yo hacía la comida, o si la veía preparando la comida, yo echaba las tortillas. Éramos tres mujeres y convivíamos muy bonito.

Pero luego llegó mi esposo. Supo que yo vivía ahí por medio de la gente triqui, pues la costumbre de él era viajar de allá para acá. Yo no me sentí bien, porque sabía que pensaría mal de mí por venir sola hasta el Norte. Una noche iba a huir para que no me encontrara, pero no pude hacerlo. Yo no sabía nada de leyes de aquí, ignoraba todo. Él me vino a buscar para llevarme a Greenfield.

\*\*\*

La segunda vez que crucé la línea, fue para traer a mis hijos. Cuando metieron a la cárcel al señor con el que me había juntado, aproveché para ir por mis niños a Oaxaca. Tenía unos cheques regaditos. Junté para la renta, para comida. Lo que no pude fue comprarles ropa a mis niños. Eso fue lo que más pena me dio, porque cuando llegaron a Greenfield nada más traían su mudita de la línea y desde México. Por eso, cuando llegamos aquí, los tenía que dejar encueraditos en el cuarto mientras se les secaba la ropa en el mecate. Los niños duraron dos semanas o un mes con la misma ropa.

Mi decisión era traer a los niños, porque ya no quería estar sola; cuando comía no me sentía bien, porque estaba siempre pensando en mis niños. Entonces eso me hizo ver que no podía vivir sin ellos. En ese entonces, el señor que vivía conmigo no me daba buen trato. Un día me pegó muy fuerte y lo demandé. Lo metieron a la cárcel por tres meses. Pero aun así yo no iba a ir enseguida, si sabía que los niños estaban bien. Pensaba esperarme a ganar un poco de dinero, porque apenas iba empezando el trabajo. Me decidí cuando Isabel me habló por teléfono y me dijo que Enrique se había ido, había desaparecido o se había hundido en el río. Esa fue mi desesperación. Yo ya había pagado la renta y era como en el mes de abril. Estaba trabajando muy pocas horas en el desahije y la limpia. Fui a trabajar uno o dos días esa semana. Cuando mi hija me pidió que fuera para allá, yo le dije que el trabajo apenas estaba empezando y no podía ir. Pero Isabel me dijo: "Es que mi hermanito se fue al río, no sé qué le pasó, nada más encontramos sus zapatitos a la orilla del río y a él no lo pudimos encontrar". Por eso me decidí a ir.

Dejé el cuarto con llave y le di a mi prima toda la comida que había comprado para la semana. Por entonces estaba aquí un primo mío que vive en Arizona y que a veces viene a ver cómo está su gente por aquí, pues trajo a su mujer y a sus niños. También

estaba el señor Bartolo, que quería ir a Arizona. Él vino por una camioneta que se le descompuso y se la iba a llevar a Arizona. Me dijeron que si yo quería me llevaban allá y no me cobraban nada. De una vez llevamos las dos camionetas, entré con ellos y me fui.

Llegando a Arizona me llevaron a la terminal de los *buses*. Me dejaron ahí y saqué los boletos. Me dijo mi primo: "A ti se te va a hacer fácil porque sabes leer y escribir, no creo que tengas problemas". Entonces saqué el boleto para irme hasta Hermosillo. El autobús salió a la una de la mañana. Cuando llegamos allí busqué un autobús que me llevara a México. Yo estaba muy preocupada; gracias a Dios que ahí encontré ayuda con un chofer. Yo llevaba una falda roja abierta de lado y una blusita escotada; a mí me gusta vestirme bien. La ropa a veces me queda, tal vez me detalla el cuerpo. El chofer me dijo:

— ¿A dónde vas así sola?

— Voy a ver a mis hijos, porque me fui al Norte y los dejé, y ya pasó el tiempo, ya se me cumplió el año.

— ¿Tienes mucha urgencia de ir?

— Sí, tengo mucha, porque mi hija dice que mi niño se perdió o se ahogó, no sé. Nomás dicen que los guarachitos estaban a la orilla del río.

Ahí fue que no me contuve y se me salieron las lágrimas, lloré. El señor me dijo:

— ¡No te preocupes! ¡No te preocupes!, voy a hacer todo lo posible por llegar a México rápido. Vamos a salir mañana, pero quizás lleguemos rápido.

Salimos de Hermosillo, nos tardamos un día y una noche en llegar a México. Toda la noche manejaron dos choferes que se iban turnando. Cuando menos sentí, ya habíamos llegado y me sorprendió porque no duramos mucho en el camino. En México, el mismo chofer me encargó en el taxi hacia la otra terminal, donde salen los carros para Putla. Yo no llevaba dinero, nada más tenía para los puros pasajes de los niños y para el mío. Casi no comí nada en el camino, sólo unos taquitos, agua y soda. Iba muy triste. En México estuve casi todo el día sentada, porque el camión salía a las cuatro y media o cinco de la tarde. Al llegar a Putla, como a las cinco y media de la mañana, agarré un taxi para ir a Paso del Águila. Hablé con un taxista que era muy amigo de mi tío. Me preguntó a dónde iba y de qué familia era. Yo le dije que era la sobrina del maestro Paulino. Allá se escuchaban cosas de mí, pero muchos no me conocían personalmente. Le dije: "Me urge mucho llegar a Paso del Águila".

Llegué muy temprano, todavía no amanecía. Pensé que los niños estarían con mi mamá, pero fue mi gran sorpresa que ninguno de ellos estaba allí, ni la Isabel, ni el *Jonny*, ni Paulino, ni Enrique, ni tampoco la bebida. Yo sentía mucha preocupación y mucho coraje. Le dije a mi mamá: "¿Qué pasó pues? ¡Los niños los dejé con usted, no con otra gente! ¡Yo mandaba dinero y usted comprando cosas!".

Me puso pretextos y casi no le creí. Entonces fue cuando llegó mi hermana mayor, la Antonia, que iba al molino por el nixtamal. Me dijo: "Allí está tu niña en mi casa, ahí durmió con mis hijos". Me traje a la niña pequeña. La bañé, porque estaba muy

sucia, la cambié y le puse un vestidito rojo que le llevaba. Después la cargué y me fui caminando. Pasamos el río por el Puente Grande y seguí caminando con la niña hasta Putla.

Cuando llegué a Putla empecé a preguntar por Enrique. Yo ya sabía que estaba bien y que se había ido allá porque no quería estar con su abuelita. Le pregunté a una señora conocida mía si no había visto a mis hijos y me contestó: “Ahora no, pero ayer miré al niño en aquel puesto de frutas”. Fui al mercado y pregunté por él; me dijeron que ese día no había ido, pero que algunas veces cuidaba a una niña chica de otra señora. Fui con esa señora y tampoco lo encontré, me dijeron que a veces andaba por las maquinitas. Un día completo me dediqué a buscar a mis niños. Como a las cinco o seis de la tarde fue cuando los encontré. Se habían ido a bañar al río los tres niños: *Jonny*, Paulino y Enrique, sólo faltaba Isabel. ¡Limpios estaban, pero con sus ropitas todas sucias! No eran sólo mis niños, iban con otros tres niños y una niña, hijos de otro señor que era muy amigo de su papá. En total eran como seis o siete. Los llevé a comer a la placita y los senté a todos en un puesto. Les compré muchos taquitos y sodas. Me sentía contenta de que los había encontrado.

A los amigos de mis hijos los dejé en su casa y yo regresé a Paso del Águila con mi mamá, pero no duré mucho. Mi mamá me repetía que no había maíz para poner las tortillas y que no había nada. Ella debía pensar que yo llevaba mucho dinero. En cambio yo dije dentro de mí: “¡Ahorita no me voy a poner a gastar nada, aunque sea mucho lo que me duela en el alma!”. Tenía un ahorro pequeño en el banco.

Pregunté dónde estaba Isabel y me dijeron que en Río Venado, estudiando donde su tía. Le pregunté a mi mamá por qué había dejado que todos se despartaran si yo le había pedido que se quedaran con ella; mi mamá me dijo que mis hijos no le obedecían y me dijo otras cosas más feas de ellos. Comimos unos panes y pensé: “Va a estar duro vivir aquí, porque yo no traigo mucho dinero para estar gastando”. Entonces lavé las cobijas, lavé todo un día, guardé bien las cobijas. Tenía una amiga en Santa María que se llama Eugenia y me fui caminando con ella. Les dije a mis hijos: “Vamos a ir a ver a Eugenia y ahí esperamos a su hermana, la van a llevar”. Ese día había baile en Río Humo y de casualidad *Jonny* encontró allí a Isabel y la convenció de que viniera a buscarnos. Pensé quedarme en casa de Eugenia dos o tres meses, porque era muy buena amiga mía; por eso compré en un cartón grande de mandado en Putla todo lo necesario para la comida. Como su esposo se había ido al Norte y no le enviaba nada, ella iba diario a vender cosas a Putla, para ganar un poco de dinero. Estábamos muy a gusto todos reunidos, hasta que un día Eugenia llegó bien preocupada y me dijo que mi hermano me andaba buscando. Él sabía que yo estaba ahí, porque era la única amiga que tenía. Ella se espantó, porque venían tres hombres con mi hermano Luis y él se veía muy enojado, parecía que me querían pegar, como si yo hubiera hecho algo malo. Entonces dejó el carro del mercado con su hijo y vino a advertirme: “¿Sabes qué, Marta? ¡Consíguete un taxi o algún transporte para irte rápido, porque no van a tardar en regresar a pegarte!”.

Mi hermano estaba enojado conmigo porque le dieron a entender que yo seguía viviendo con mi marido y que lo había engañado con otro hombre. Pensaba que yo era una burla y una desgracia para mi familia.

Tomé un taxi y me fui con mis hijos a esconderme a Putla. Como no conozco bien Putla, le dije al taxista que nos llevara lo más lejos posible, hasta arriba de un cerro. Era muy lejos para mí, pero yo no sabía que todo eso lo conocía bien mi hermano. Nos quedamos allá muchas horas. Mis hijos ya no aguantaban el hambre y yo no sabía qué hacer. Estaba lista para rentar un cuarto, pero pensaba que sería más gasto. Entonces mi hijo se puso más fuerte y dijo:

— Mamá, ¿Tú a qué le tienes miedo, si no has hecho nada? Puedes explicarle a mi tío lo que pasó con aquel señor que te juntaste en el Norte y él no te hará nada.

— ¡No, tu tío no me va a creer a mí!

— ¡Tú no eres de las que tienes miedo, mamá! Vamos a bajar a Putla, porque tenemos mucha hambre.

La que me pedía más era la bebida y yo sentía bien feo. Fue con la misma fuerza de mis niños que me convencí.

— Vamos a ir, pero con una condición: vamos a estar todos juntos, ustedes no se separan de mí.

Bajamos a Putla. Allí tengo una tía que fue mujer de mi tío Paulino y vive cerca de la cárcel. Llegamos a buscarla al mercado. Le expliqué mis problemas y con un poquito de dinero compré comida para los niños. Mi tía cerró su puesto de guaraches y me llevó a su casa. Me encontré también a mi prima, que me extendió la mano: le dio ropita a mi niña. Su cuñada también me dio guaraches para la niña y ropita que le habían regalado. Duramos otros tres o cuatro días con mi tía y aproveché para ir al banco donde tenía unos ahorros.

Le dije al señor Benjamín, el empleado del banco, que quería sacar mi dinero. Ellos tenían miedo de darme todos mis ahorros, porque muchas veces cuando la gente sacaba su dinero para ir al Norte, la asaltaban. Me decían que era muchísimo dinero y preguntaban para qué lo quería. Yo les dije que tenía cinco niños y tenía que mantenerlos. Arreglé los papeles, hice una solicitud y se tardaron varios días en autorizar que me lo dieran. Cuando ya tenía el dinero en la mano—saqué 5 000 pesos mexicanos—pensé que ya me podía ir.

Entonces me encontré con mi mamá y me preguntó que dónde me estaba quedando, pues mi hermano quería verme. Le contesté que ya me iba de regreso al Norte y se enojó mucho. Me dijo: “¿Por qué vas a hacer eso? ¡Tus papeles, estate segura de que no te los voy a dar!”.

En ese momento no me interesó nada, ni mi certificado de secundaria ni nada; todo hasta la fecha está ahí, no sé si en la mano de mi mamá o en la de mi hermano, quién sabe. Le avisé a mi tía que nos íbamos y tomamos un camión a Juchitán. Allí encontré al primo del papá de mis niños, que tiene un puesto de mangos, chiles, frutas y verduras. Ese señor me extendió la mano: me dio ayuda para los niños y me

prestó 3 000 pesos para el viaje. Con eso ya me alcanzó y pude comprar los boletos. Después fui a ver a una viejita que era muy amiga mía, a doña Teresita. La fui a visitar y le dije que me iba al Norte con mis niños. Le pedí que rezara mucho por mí. También fui a la iglesia y le pedí a Dios que nos ayudara a hacer el viaje. Antes había ido a la iglesia de Putla, porque es de la Natividad y dicen que hace milagros. Puse mi fe, pensé que Dios me tenía que ayudar y tomé mucho valor.

En Juxtlahuaca tomamos el autobús hasta El Altar, Sonora. No recuerdo cuántos días duró el viaje, pero fueron días, y mis hijos todo el tiempo preguntaban si ya íbamos a llegar. En el camino, donde se paraba el camión, pedía unos cuatro platos para que comiéramos todos. Isabel y Jonny comían más porque eran más grandecitos; Paulino, Enrique y la niñita compartían platos; no les daba mucho de comer porque iban a querer ir al baño y se tenían que aguantar.

Antes de bajarnos en El Altar yo ya le había platicado a Jonny, para explicarle cómo era el camino por el desierto. Le quise advertir que la caminata era muy larga. También le dije que no debía de asustarse, pero que no sabía si el dinero nos alcanzaría, porque éramos muchos los que veníamos. Él se preocupó sobre todo porque no sabía si yo llevaba su acta de nacimiento, entonces pensaba que no podría entrar a estudiar en California. Yo no había revisado bien los papeles, si no hubiera visto que sí venía su acta y tal vez no se hubiera quedado en el autobús. Yo ya lo veía muy distinto a cuando vivía conmigo, ya más grande, sobresaliente. Pensé que se sabía defender solo. Por eso no lo obligué a que se bajara en El Altar. Le dije:

— Vamos a bajarnos, aquí ya es El Altar, Sonora.

— ¡No! —me dijo—, ¡Yo no me voy a bajar!

No se quiso bajar y se pasó, se siguió en el camión; ahí fue cuando se despartó de mí. Sentí muy feo, porque él no llevaba dinero, sólo iba con su mochilita. No supe de él hasta meses después; se fue a vivir con mi primo, en Ensenada, y duró allá como un año, hasta que se murió mi primo. Fue entonces cuando cayó en la desgracia, se metió en las drogas y se echó a la perdición.

¿Cómo fue que sucedió algo así? Yo creo que fue cuando nos despartamos. Si yo hubiera traído más dinero él no se hubiera ido, hubiera venido con nosotros, no sé. Fue muy difícil en la línea, porque yo sabía que no me iba a alcanzar para todos, era como rifármela. En ese momento pensé: “Está bien que él se vaya”. Y se fue, se siguió en el autobús.

Cuando llegamos a El Altar no íbamos a quedarnos mucho, porque teníamos miedo de que entraran los soldados. Yo creo que decían eso para espantar a la gente, porque ahí no era otro país, estábamos en México. Yo sólo traía mi acta de nacimiento y las actas de dos niños, de los otros no traía nada. Me hicieron una revisión, pero nada más platicaron conmigo y no me dijeron nada. Los soldados me preguntaban: “¿Por qué vas tan sola con los niños?”, querían saber si no era mucho gasto, pero no me revisaron y casi ni me preguntaron por los papeles. Yo les dije que iba a ver a mi suegra que estaba en el Norte.

Crucé yo sola con los niños. Una mujer es capaz de todo, y yo estaba dispuesta a cualquier cosa y sabía a qué le tiraba. En Altar fui con la señora que se llama Lupe, que nos había pasado la primera vez. Me cobró cuatro pagos, sólo me cobró un pasaje de los tres chicos, pero el pasaje era más caro que el del año anterior. La primera vez sólo me cobró 350 y la segunda 900 por cada uno.

Pasamos la línea en su carro, en una *troca*, y llegamos al otro lado como a las ocho o nueve de la mañana. Iba muchísima gente. Nosotros formamos un grupo con dos paisanos y dos muchachos de Veracruz. Mis hijos eran los únicos niños y yo la única mujer. Cuando íbamos en la *troca*, me tardé bastante en bajar a la chiquita. A los demás los fui bajando uno por uno y les dije que empezaran a caminar, pero cuando se bajó Isabel se cayó encima de una nopalera y se espinó toda la rodilla. La pierna se le estaba hinchando. ¡Apenas íbamos a empezar el viaje y mi hija ya no aguantaba! Nos sentamos en los matorrales y le sacamos las espinas. Los muchachos que venían conmigo ayudaron.

Caminamos todo el día y al llegar la noche descansamos en un lugar. Yo sólo traía unas tostadas, un poco de agua. Cada quien cargaba su mochila. La luz de la luna nos ayudó a caminar más. Descansamos sólo dos o tres horas, de noche en el desierto, y emprendimos otra vez el camino para avanzar más. Yo podía caminar bien, pero con los niños era más dilatado porque no aguantaban mucho. Teníamos miedo de encontrarnos con los de la migra en el desierto, pero no los encontramos.

Al otro día llegamos a un lugar donde se veía un cerrito a nuestro lado, justo enfrente de otro cerro más grande en el que había un tambo. Reconocí esos dos cerros que estaban casi juntos y dije: “Pues yo aquí me quedo, porque ya conozco este lugar y no sabría pasar por otro lado”. Algunos me creyeron y otros no, porque soy una mujer. Les dije a los muchachos: “Si piensan caminar más sigan adelante, pero a mí ya se me acabó el agua y la comida, no tengo nada y aquí me quedo”. Ellos se fueron y siguieron caminando. Yo escondí a los niños en unos matorrales, en un arbolito que tenía las ramas caídas. Estábamos debajo de un puente y había mucha maleza. Arriba pasaba la carretera y cerca había una casa. Fui y toqué pero nadie me contestaba. Cerca de esa casa había tambos de agua, todos bien formaditos. Llevaba un galón y fui a llenarlo de agua, porque los niños tenían sed; hacía calor, pues era el mes de abril. Me encontré con que era agua de sabor fresa y agarré todo lo que pude, pero como me precipité sólo llené la mitad del galón y me fui corriendo, por miedo a que alguien me viera. Los niños tomaron agua, descansaron un poco y agarraron otra vez fuerza, porque no habíamos comido en muchas horas.

Estuvimos todo el día ahí, abajo del cerrito. Los muchachos siguieron caminando; no sé qué pensaron, pero al final del día regresaron pues tenían miedo de mi cuñado, porque él les había encargado que me ayudaran a pasar: “¡Si te llega a pasar algo nos van a echar la culpa a nosotros! ¡Mejor vamos a ir todos juntos!”. Yo dije que entonces tenían que escucharme porque ya sabía cómo pasar. Los niños se durmieron ahí un rato y descansaron.

Ya como a las siete o a las ocho, bajamos hacia la carretera. No era como cuando pasé la primera vez, sino que ahora habían puesto bardas y alambres. Entonces, un muchacho que venía con nosotros se puso listo y me dijo: "Voy a tratar de pasar a un niño y cada quien se va a hacer cargo de un niño. Tú vas a pasar a la chiquita para cruzar rápido la carretera". Teníamos miedo de encontrarnos a la migra en la carretera y nos tardamos muchas horas en pasar todos. Cuando no veíamos carros ni nada de luces echaba uno a correr muy rápido; así pasamos de uno en uno. Toda la noche nos tardamos atravesando la carretera, hasta que todos nos reunimos del otro lado y emprendimos otra vez el camino. Le dije a mi niño: "Súbete arriba del árbol, para ver a dónde alcanzas a mirar una luz, esa luz es donde quizás haya una casa". Paulino se subió y dijo que estaba muy lejos, quizás íbamos a tardar dos o tres horas. Los pequeños ya no aguantaban la caminata y se pusieron a llorar. Tuve que ponerme fuerte con ellos: "¡Ya ganamos la partida! Ya caminamos mucho y no nos falta casi nada. Cuando lleguemos a esa casa quizás nos extiendan la mano. ¡Ya estamos en Arizona, estamos en el Norte!".

Pero cuando llegamos a esa casa no nos atrevíamos a entrar. Como yo no sabía nada de inglés, le dije a uno de los muchachos que fuera a hablar con los dueños de la casa y les dijera que venían unos niños conmigo y que yo no tenía esposo, para ver si nos podían ayudar. Y sí nos ayudaron; nos mandaron galletas y agua.

Después llegamos a otra casa y fueron los muchachos primero, porque los niños estaban muy cansados. Para que no nos encontraran, tenían que echar la carrera cuando salían del matorral. Después, encontré a un señor que ya conocía, porque nos habíamos quedado en su casa la primera vez que cruzamos. Se sorprendió viendo que traía niños y me dijo algo, pero yo no le entendía porque hablaba puro inglés. Finalmente entendí que decía "cama" y "vengan", pero nada más con gestos y señas. Nos enseñó el baño. Nos metimos yo y mis niños, nos bañamos, nos arreglamos y todo. No sé qué les dijo a los demás muchachos. Una muchacha nos compró sabritas y les dio más agua a los niños. Cada uno de nosotros tuvo que pagarle 150 dólares, pero a mí me cobró 800 dólares para llevarme con los niños hasta Phoenix. De ahí me fui a la casa de mi primo Ceferino. Ya no tenía nada de dinero, nada más como unos 100 pesos de cambio.

La señora de Ceferino era mala gente y se molestó de ver que llegaba yo con los niños. Me dijo que no tenía nada de comida y que tendríamos que comprar cada cosa que quisieran mis niños. Le dije que traía dinero pero mexicano. Después, mi primo le dijo que nos diera de comer, pero ella le contestó que no había nada. Como me sentía mal, les dije que ya habíamos comido. Estuvimos sólo un día y en la mañana siguiente, él nos trajo hasta Greenfield. Se me había acabado todo mi dinero. Como yo le había prestado 200 dólares a otra mujer de él antes de irme, porque ella pasaba por algunos problemas, le dije a mi primo que agarrara de ahí porque esa mujer suya no me había pagado. Fue también cuando él me compró papitas y con eso nos veníamos manteniendo en el camino. Cuando ya veníamos llegando a

Greenfield, me advirtió que mi esposo estaba viviendo ahí con otra mujer. Fue cuando sentí mucho coraje y tristeza. ¡Él tan dichoso y yo aquí sufriendo con mis niños! Ya estaba aquí con la otra cuando yo llegué con los niños. No dio nada de dinero para el viaje de sus hijos, no me ayudó ni un poquito, todo fue de mi parte. Yo ya tenía aquí mi cuarto pagado. Antes de irme, le había dejado toda la comida a mi prima. Por eso ella me extendió la mano cuando regresamos, compró comida y me dijo: "¡Adelante! ¡Coman todo lo que ustedes quieran!".

Los niños estaban contentos. Lo que me dio mucha tristeza fue que no tenían ropa y los tuve que tener encerrados en el cuarto con su calzoncito. Eso fue lo que más pena me dio. Los niños duraron dos semanas o un mes con la misma ropa. Ya cuando recogí mis cheques fue cuando empecé a comprar cosas de segunda mano. Luego, una señora güera que ponía su puesto aquí en la calle les extendió la mano. Ellos mismos empezaron a moverse cuando sintieron la necesidad. ¡Son muy listos los niños! La señora los llamó para que le ayudaran a extender las cosas de su puesto y luego les regaló ropa.

Empecé a trabajar otra vez en la lechuga, con un mayordomo que ya conocía bien. La primera semana saqué un buen cheque de 400 y feria, y compré ropa de segunda para los niños.

Yo antes pasaba por la escuela y me gustaba mucho. Mi ilusión era que un día mis hijos podrían estudiar ahí. Pero primero tuve que trabajar, antes de inscribirlos. Hubo un día en que la niña chiquita se enfermó con mucha calentura y no pude ir a trabajar. Cuando estaba mejor mi niña regresé a la lechuga, pero no me quisieron recibir porque metieron a otra gente. Entonces fue cuando empecé a moverme: investigué en la escuela, me dijeron que necesitaba un papel que me podían dar en la oficina de trabajadores migrantes. Fui con una muchacha que estaba en esa oficina y ella me ayudó. Hice todo el papeleo, les puse las vacunas a los niños y después entraron a la escuela.

## V. Greenfield, paraíso agrícola

Al conducir por la autopista que secciona los inmensos campos de cultivo, la mirada se pierde sobre las llanuras que se extienden hasta el horizonte, recortadas tan sólo por los cables de alta tensión. Sembradíos de verduras corren en rectas perfectas sobre la tierra arada. Dentro de unas semanas, serán servidas en generosas ensaladas y adornarán las mesas de los hogares estadounidenses, de aquí hasta la costa este, pues de este valle proviene en la actualidad la mitad de la lechuga, el brócoli, el apio y la fresa que se produce en California.

Por el momento, miles de hombres y mujeres, *inclinados* sobre las plantas o en línea frente a las enormes máquinas procesadoras, recogen y empacan los productos. Las mujeres van protegidas con paliacates de colores, que les cubren las mejillas y la frente, para evitar las quemaduras del sol y menguar la comezón que provocan los químicos esparcidos en los campos. La mayoría de estos jornaleros agrícolas son inmigrantes indocumentados mexicanos, recién llegados de sus lejanas comunidades de origen o de las plantaciones del noroeste de México. Muchos son originarios de la Mixteca Oaxaqueña.

En el momento pico de la temporada agrícola, entre mayo y septiembre de cada año, el trabajo abunda: las jornadas empiezan en la madrugada y terminan al anochecer; muchas veces, incluso, hay que ir al campo sábados y domingos. Durante el mes de octubre hay empleo en la cosecha de la uva, pues el condado de Monterey constituye una de las regiones vitivinícolas más ricas de California. En noviembre baja la contratación, pero es posible conseguir trabajo en la cosecha de alcachofa y brócoli. A partir de diciembre, sólo una proporción muy pequeña de los jornaleros agrícolas sigue laborando regularmente en los campos. Algunos reciben paga dos o tres días a la semana, en la limpia. Muchos hombres viajan al sur del estado o a la región de Yuma, Arizona, para conseguir ingresos durante esos difíciles meses de invierno. Son los propios contratistas quienes los trasladan hacia aquellas tierras que pertenecen a las mismas compañías.

La formación de la población trabajadora del Valle de Salinas se ha dado a partir de sucesivos flujos migratorios provenientes de México, los cuales hasta cierto punto se

reflejan en estratos socioeconómicos a medida que la segunda generación de inmigrantes alcanza ciertas mejoras en sus condiciones de vida. A pesar de que la mayoría de los latinos ya naturalizados que habitan en el Valle de Salinas se encuentra debajo de la línea de pobreza, indudablemente están en una situación privilegiada frente a los recién llegados, muchos de los cuales son indígenas oaxaqueños que no hablan nada de inglés y que hablan mal el español. Los primeros flujos de inmigrantes trabajan ahora, con mejores salarios, en las agroindustrias de la región y los servicios. Algunos alcanzaron a terminar la educación media superior. Muchos se desempeñan como mayordomos o contratistas de las grandes corporaciones que dominan la producción y el mercado de trabajo agrícola en toda la región. Su bilingüismo y biculturalismo les permite intervenir en las complejas redes de migración que se extienden de México hasta California, para atraer a nuevos grupos de inmigrantes por medio de paisanos y familiares, evitar la intervención de los sindicatos, controlar y reprimirlos cuando lo consideran necesario, o intimidarlos para asegurar la producción a bajos costos y evitar los conflictos sociales derivados de la competencia interétnica, la explotación económica y las relaciones de poder extremadamente desiguales. Los mayordomos vigilan a los jornaleros en los campos, imponen los ritmos de producción y pagan los sueldos al final de la semana. Muchos de ellos obtienen ganancias extra brindando transporte (raite) a los trabajadores.

Los contratistas y mayordomos son los representantes más visibles de las empresas productoras de verduras, grandes corporaciones que tienen tierras no sólo en este valle sino en lugares tan distantes como el Valle Imperial o Huron. Estas empresas han logrado eliminar el sindicalismo en sus tierras gracias a su política de contratación, al apoyo político y económico de los gobiernos, y los sistemas de control y represión de la fuerza laboral —que incluyen el esquirolaje contra la Unión de Trabajadores Agrícolas (UFW, por sus siglas en inglés) y los enfrentamientos intersindicales orquestados hace unos años por las propias autoridades laborales mediante del sindicato de los *Teamsters*—. Así, mientras que durante una época el Valle de Salinas fue la cuna del sindicalismo agrario y la rebelión de los trabajadores de origen mexicano, tras el liderazgo emblemático de César Chávez, en la actualidad las condiciones de trabajo y los salarios se encuentran en el límite o por debajo de lo que indican las leyes laborales; las violaciones de los derechos de los trabajadores son constantes y la voz de los sindicatos suele encontrar oídos sordos.

Al sur del valle, a 40 millas de la ciudad de Salinas, se encuentra el poblado de Greenfield, que tiene cerca de 13 000 habitantes. La población hispanohablante representa aquí 88 por ciento del total. El pueblo se distingue por ser el más hispano y el de mayor crecimiento en todo el condado de Monterey: mientras que la población de California creció en 13.8 por ciento durante los noventa, la de Greenfield tuvo un incremento de 68 por ciento en ese periodo. En la actualidad, cerca del diez por ciento de esa población es indígena, originaria de la Mixteca oaxaqueña.<sup>30</sup>

<sup>30</sup> Cfr. Paul Johnston. "Transnational Citizenries: Reflections from the Field in California", en *Citizenship Studies*, vol. 7, núm. 2, 2003.

Al final de la década pasada, empezaron a llegar aquí decenas de indígenas triquis. Muchos son varones que apenas van entrando a la adolescencia y durante el ciclo agrícola trabajan en los campos cercanos. Se han asentado también cerca de 50 familias triquis integradas por hombres adultos, mujeres, niños y ancianos; decenas de menores de cinco años han nacido ya en la región y son por lo tanto de nacionalidad estadounidense.

Como muchos pueblos de California, Greenfield muestra una tendencia a mexicanizarse debido al aumento de los nuevos flujos de población que llegan del sur de la frontera y al asentamiento permanente de los jornaleros agrícolas que antes venían sólo cíclicamente durante la época de la cosecha. Sin embargo, el hecho de que la gran mayoría de la población sea de origen mexicano, no nos informa sobre la diversidad cultural que existe en ese pueblo agrícola. La sociedad de Greenfield es un mosaico compuesto por una multiplicidad de culturas y grupos sociales con diversos orígenes regionales, con una proporción mayoritaria de hispanos, una menguante minoría angloamericana y una creciente minoría indígena mexicana. Por su condición étnica, el idioma y el origen regional de sus habitantes es también una sociedad estratificada. El estatus y los sentimientos de prestigio están ligados a la etnia, la situación legal, la condición migratoria y la ciudadanía. Así, los mexicano-americanos que llegaron a vivir hace más de dos décadas, originarios casi todos del occidente de México, ocupan lugares prominentes en la política local y casi todos los cargos administrativos en los servicios de educación y salud. Los médicos, enfermeras, trabajadores sociales, maestros y directivos de las escuelas, así como los dueños de los pequeños comercios que existen en el centro del pueblo, algunas veces son *anglos* con conocimientos elementales de español, o casi siempre latinos que inmigraron hace dos o tres décadas. En cambio los triquis y mixtecos, en su mayoría indocumentados, durante unos meses al año reciben salarios muy bajos, viven hacinados en pequeños departamentos y tienen un acceso marginal a los servicios de educación y salud. La mayoría de ellos habla mal el español, pues no es su lengua materna. A pesar de trabajar largas jornadas en condiciones peligrosas, no tienen seguro médico para ellos ni para sus familiares. Sus hijos raramente terminan la secundaria.

La discriminación y el desprecio étnico se viven cotidianamente: una empleada de correos se impacienta e insulta a una mujer indígena por no escribir correctamente la dirección de sus familiares en el sobre que pretende enviarles; la recepcionista que atiende en la ventanilla de la clínica simula no entender a los indígenas que vienen a consulta o les niega el servicio si no llenan los complejos formularios... No obstante, las alianzas y contradicciones sociales son complejas y cambiantes. En momentos críticos, la solidaridad parece manifestarse en la construcción momentánea de una pequeña comunidad mexicana imaginada: por ejemplo, en abril de 2001, cuando la migra intervino en una redada local y deportó a 39 pobladores triquis hacia México, bajo la dudosa acusación de que acosaban sexualmente a unas escolares, centenares de habitantes y organizaciones sociales de Greenfield y del condado de Monterey —en su gran mayoría latinos— acudieron a defender a los indígenas oaxaqueños.<sup>31</sup> La agresión del Servicio de Inmigración y Naturalización (INS, por

<sup>31</sup> Cfr. Paul Johnston. "The Blossoming of Transnational Citizenship: a California Town Defends Indigenous Immigrants", ponencia presentada en la conferencia *Indigenous Mexican*

sus siglas en inglés) y las acusaciones lanzadas por el *sberiff* del condado, así como la respuesta multitudinaria a favor de los triquis, revelaron el carácter múltiple de las identidades locales. Ciudadanos e inmigrantes de todos los orígenes étnicos, dirigentes sindicales y miembros de las ONG, reclamaron la necesidad de construir una comunidad libre de prejuicios y basada en la igualdad de derechos.

\*\*\*

Los primeros indígenas originarios de la región Triqui Baja llegaron a Greenfield en 1996. Varios de ellos eran inmigrantes legales, con documentos, que llevaban años trabajando en los valles centrales de California. Se vieron atraídos al Valle de Salinas por los contratistas, que prometían mejores condiciones de trabajo, salarios ligeramente superiores y una estación agrícola más larga. Actualmente, esos pioneros se han desplazado hacia Florida o las ciudades de Atlanta y Nueva York, donde trabajan en los servicios. En sus lugares se quedaron sus familiares y paisanos, quienes aprovechan las redes de migración y la infraestructura social ya establecidas: los contactos con los mayordomos, contratistas y caseros, el mercado de papeles falsos y la buena relación con organizaciones e instituciones locales, en particular con la Unión de Trabajadores Agrícolas (conocida entre los migrantes latinos como Unión Campesina o Unión César Chávez).

Las relaciones de parentesco constituyen la estructura principal que sostiene las redes de migración. Al llegar al Valle de Salinas los triquis se refugian en la casa de algún miembro de su familia o comunidad. En la zona las rentas de los departamentos de dos o tres recámaras suelen ser muy altas (en general más de 1 000 dólares mensuales) y los servicios como la luz y el gas también son muy costosos. Algunas familias rentan un cuarto en alguna casa o departamento, y muchos hombres solteros pagan sólo por un pequeño espacio, en el garaje o los pasillos, donde acomodan su cobija por las noches.

En Estados Unidos la vida comunitaria va reconstituyéndose por fragmentos: las mujeres triquis tratan de elaborar, con los ingredientes que encuentran en los mercados locales, platillos que acostumbraban guisar durante los días de fiesta o las temporadas de buena cosecha en Oaxaca, como mole o tamales. El día de muertos, algunos triquis dedican una esquina del departamento o el cuarto que habitan para poner su altar, con la esperanza de que el espíritu de sus muertos logre retornar a tierras tan lejanas. Como aquí no encuentran la flor de *zempazuchitl* que debería adornar los altares, es sustituida por otras flores amarillas que crecen en los campos. La panadería del centro vende pan de muerto, calaveras de azúcar y pequeños adornos casi equivalentes a los mexicanos, aunque a precios mucho más altos.

Roberta, comadre de Marta, lleva ya diez años viajando por el Norte, de Arizona a California, a Oregon y Washington. Más años han transcurrido aún desde que tuvo que dejar la comunidad de Río Venado para viajar con su esposo a Baja California. No obstante, el largo exilio no ha impedido que siga acumulando conocimientos sobre el valor curativo de cada hierba que crece en la región Triqui, en los campos del noroeste de México o en California. Con ruegos, favores y buenas relaciones, ha conseguido que los nuevos inmigrantes, o los que regresan a Oaxaca durante el invierno, le traigan diversas hierbas y semillas de su pueblo. Acuden a ella muchos familiares y paisanos para que les cure algún dolor persistente, cuando desconfían o desatienden las prescripciones médicas. Roberta se ha formado criterios propios sobre la sustitución de plantas medicinales cuando resulta imposible repetir la receta original de su pueblo. Siempre hay alguna infusión que demuestra, con el tiempo y la experiencia, el poder de curar el pulso (la presión alta), el miedo, la gripe o la diarrea.

Igual que Roberta, otros triquis de Greenfield han seguido desarrollando los poderes tradicionales que adquirieron en sus poblados de origen para quitar o provocar malestar en otras personas, para adivinar o cambiar lo que está por suceder. En particular, los mayores echan las cartas y logran descubrir así los problemas personales o comprender los males ocultos que sus familiares llevan en el cuerpo. En el peor de los casos se trata del mal de ojo, que alguien les ha provocado por envidia o rencor.

Marta aprendió a echar y leer las cartas observando a su padrino, que vivió durante varios meses en el garaje de su departamento, y a su tía, que es ahora su vecina. Así ha comprendido el sentido de los naipes y tiene fórmulas propias para vislumbrar el futuro. Desde que comparte su vida con Celedonio, hace apenas unos meses, ha detectado que ese hombre lleva un mal que le han metido en el cuerpo, pero ella no tiene poder suficiente para curarlo. Algunas veces, el mal sale por medio del enojo y la violencia; ella trata entonces de ocultarse, guarda silencio y se acerca a sus hijos para alejarse de él.

Durante algunos meses al año Celedonio es raitero: se dedica a transportar a los triquis a distintos lugares de Estados Unidos. Ha recorrido todas las carreteras de Tucson y Phoenix a Los Ángeles, de San Diego a Seattle, remontando toda la costa oeste, y de California hasta Nueva York. Sin embargo, en los últimos tiempos la suerte le ha fallado. La policía lo ha detenido en varias ocasiones y ha perdido casi todo lo que había logrado ahorrar. Cuando llevó a Aniceto a Oregon para que tomara un avión a Alaska, de regreso lo detuvo una patrulla que le puso una fuerte multa. Después de eso Marta no quiso que viajara sin echarle primero las cartas, para tratar de evitar los problemas que parecían acecharlo. Así, cuando un grupo de pobladores triquis le pidió raita a Nueva York, Marta leyó en los naipes, sin lugar a dudas, que Celedonio regresaba sano y salvo, pero sin su camioneta. Le advirtió antes de su partida: "Aquí te veo separado de la *Van*, están en lugares distintos". En efecto, al regresar del viaje iba circulando por una carretera de Illinois cuando lo detuvo una patrulla. Detectó de inmediato que sus papeles no estaban en orden y le confiscó la camioneta. Celedonio tuvo que regresar en camión hasta Los Ángeles y de ahí a Greenfield.

*Migrants in the US: Building Bridges between Researchers and Community Leaders*, 11-12 de octubre, UCSC, Santa Cruz, California, 2002.

A pesar de la alta movilidad de los triquis en el enorme territorio del Norte, los lazos de apoyo mutuo, de solidaridad, y sobre todo las redes familiares o comunitarias de información y comunicación no se desvanecen. Por teléfono, carta, fotografías y sobre todo mediante los recién llegados, las noticias van y vienen. A finales de febrero dos primas de Marta, Catalina y Lorena, recibieron a su padre que a sus 67 años viajó desde Oaxaca y caminó varios días por el desierto de Arizona. Llegó a Greenfield con los pies hinchados, la garganta irritada y una tos seca, pero con la enorme alegría de no haberse extraviado en el camino. Su sobrino lo llevó desde Phoenix en la camioneta. Cuando por fin llegó con sus hijas, decenas de paisanos acudieron para ver al anciano y recogieron noticias de la región Triqui. Muchos llevaban cervezas y refrescos. Aprovecharon para festejar; se sentaron largas horas en unas sillas de plástico que acomodaron en el patio, platicaron, discutieron y se divertieron.

\*\*\*

Un tío de Marta, Miguel, fue uno de los pioneros de la emigración triqui hacia California. Es también, por lo mismo, uno de los únicos que ha logrado legalizar su situación migratoria en el Norte. Miguel llegó a Greenfield a mediados de los noventa. Rentó un departamento de tres recámaras y trabajó un tiempo en el Valle de Salinas antes de volver a emigrar hacia Washington. Actualmente, a nombre de su tío, Marta ocupa con sus cuatro hijos y otros subinquilinos el departamento. Como ellos, muchos indígenas triquis viven hacinados en cinco departamentos que están al oeste del pueblo.

Durante todo el año, igual que cuando vivía en Oaxaca, las jornadas de Marta empiezan a las cuatro y media o cinco de la madrugada. Antes de que despierten los niños prepara la masa para las tortillas, guisa el desayuno y la cena, y pone a cocer una olla de arroz y otra de frijoles. Durante la temporada agrícola, despierta a sus hijos antes de salir al campo y les deja servido el desayuno. Carga una bolsita con su propia comida. Camina cuatro cuadras hasta la esquina de la calle principal, llamada El Camino Real, donde la recoge el raitero que la lleva hasta el lugar de trabajo.

Generalmente participa en el corte y empaque del brócoli. Conoce bien al mayordomo, que es atento y comprensivo: no sanciona sus faltas cuando se le enferma alguno de sus hijos o ella misma tiene problemas graves. El trabajo aquí es menos cansado que con la alcachofa o la lechuga, porque puede hacerse de pie. Sin embargo, durante la última temporada Marta empezó a faltar porque sentía un dolor constante en los tobillos. También la fastidió tener que enseñarles el trabajo a las mujeres nuevas que entraron a la compañía. El mayordomo le pedía mucho esfuerzo, pues debía ayudar a las demás sin retrasarse en sus propias tareas.

Durante el invierno, a veces, Marta consigue trabajo dos o tres jornadas a la semana en la limpia o el desahije. Para completar sus ingresos tiene algunos "abonados": varones a los que sirve cotidianamente el almuerzo y la cena. Los domingos prepara tamales para

vender de casa en casa. También se dedica al telar; fabrica artesanías y las ofrece en los pequeños negocios de Greenfield o bien las vende entre vecinos y paisanos.

La mayor preocupación de Marta es su hija Isabel; desde que entró a la adolescencia, la muchacha es desidiosa; poco a poco ha dejado de estudiar y falta mucho a la escuela, le gusta pasar las mañanas en el billar, con su hermano Paulino. Isabel es también la que recuerda con mayor nostalgia la región Triqui. La muchacha está terminando la secundaria, pero es difícil que ingrese a la preparatoria (*High School*). A pesar de los tres años que lleva viviendo en California, todavía no habla inglés; no entiende las explicaciones de los maestros y las horas de clase se le eternizan en el aburrimiento.

Durante este año dos compañeras de Isabel han quedado embarazadas y han abandonado la escuela. En la secundaria de Greenfield los embarazos de las estudiantes son frecuentes. Aunque sus condiciones de vida han llegado a ser radicalmente diferentes, las mujeres llegan a ser madres aquí casi tan jóvenes como en Oaxaca. Algunos maestros lo atribuyen a la falta de oportunidades para los jóvenes y al ausentismo de los adultos, que trabajan todo el día en los campos y no pueden vigilar a sus hijos. Así como los varones suelen madurar atravesando la violenta experiencia de las pandillas o trabajando largas horas en las cosechas, las muchachas se convierten muy pronto en madres solteras y se ven obligadas a asumir un sinnúmero de responsabilidades.

Isabel es de las pocas jóvenes en la comunidad Triqui de Greenfield. Son muchos los varones solteros de 13 a 18 años que vienen a trabajar en los campos, a veces por su cuenta y otras con sus padres. Pero las muchachas suelen quedarse en el pueblo en espera de que vayan a pedir las para casamiento. Es más fácil cuidarlas ahí, donde las abuelas y las tías pueden velar por su honorabilidad.

Alicia, la hermana pequeña de Isabel, está inscrita en el segundo grado de la primaria, habla bien español e inglés. Aunque entiende triqui, no contesta nunca en esa lengua. Tal vez porque su corta edad le ha permitido olvidar Oaxaca, la casa de la abuela y la vida en la región Triqui, Alicia se ha adaptado como pez en el agua. Sobresale entre sus compañeras y compañeros por la rapidez con que asimila los conocimientos y por sus excelentes calificaciones.

Paulino y Enrique, los hijos de Marta, también tienen expectativas muy diferentes. Paulino cursa el primer año de secundaria con notas casi siempre reprobatorias. Le aburren los estudios y la relación con sus compañeros a veces es conflictiva. Regresa frecuentemente a casa con rasguños y moretones, producto de las trifulcas generadas durante el recreo o después de clases. En alguna ocasión Marta ha tenido que recogerlo en urgencias, mientras se recuperaba de un golpe muy fuerte que recibió en el pecho y le hizo perder el aire.

Enrique, en cambio, es un de los pocos triquis perfectamente trilingüe. Más brillante y exitoso en los estudios que la mayoría de sus compañeros de escuela, se confunde fácilmente con los demás niños hispanos, que suelen correr por los patios o caminar en grandes pandillas disfrazados como basquetbolistas de la liga estadounidense o como cantantes rebeldes de rap.

La mayoría de los indígenas que llegan a Greenfield no hablan español o lo hablan muy poco. Consiguen trabajo y vivienda por medio de indígenas bilingües que fungen como intermediarios. Los nuevos inmigrantes suelen llegar con la intención de trabajar unos meses aquí y poder pagar así sus deudas en México, construir una casa, sembrar tierras o casarse. Sin embargo, debido al alto costo de la vida en la región, a veces tardan meses en pagar las deudas que tuvieron que contraer con un "coyote" para cruzar la frontera y viajar hasta Greenfield. Las necesidades familiares rebasan muy pronto sus expectativas iniciales y se ven obligados a permanecer mucho más tiempo del que planeaban. A veces incluso pierden la ilusión de regresar a México. En una de las regiones agrícolas más ricas de California, en el mundo de la abundancia y el consumismo, estos pueblos parecen *guetos* del tercer mundo donde se concentra y se reproduce la pobreza.<sup>32</sup> Son también islas culturales y lingüísticas en las que fracasan sistemáticamente los planes educativos de "inmersión de los niños extranjeros en el inglés" y de integración de los nuevos inmigrantes al mítico *melling pot*.

Entre los triquis los varones constituyen aproximadamente dos terceras partes y durante la temporada agrícola llegan a representar el 80 por ciento. Las mujeres tienen una tendencia a establecerse y no regresar a México más que en casos extremos (como la muerte de algún familiar cercano), debido a que el cruce de la frontera es caro, difícil y peligroso. Igual que los hombres, trabajan en los campos de ocho a diez horas diarias durante la temporada agrícola. Cuando tienen niños pequeños nacidos en México, durante la jornada laboral los dejan encargados con otras mujeres triquis o mexicanas, pagando una cantidad diaria aproximada de diez dólares por niño. Cuando sus hijos nacen en Estados Unidos, llegan a obtener algún apoyo por parte de los programas de seguridad social (*welfare*) que les permiten sobrevivir durante la temporada de invierno.

Los hombres, en cambio, con frecuencia regresan en temporada baja a Oaxaca, Sinaloa o Baja California para vigilar sus tierras, atender asuntos familiares o comunitarios o bien traer a otros hijos y familiares hacia el Norte. Durante la primavera y el verano muchos varones solteros encuentran empleo en el Valle de Salinas y trabajan el resto del año en el sur de California o Arizona.

Durante la jornada laboral, en temporada alta, las calles de Greenfield están casi vacías. Por El Camino Real, la calle principal paralela a la autopista, transitan sólo algunas mujeres indígenas y mestizas empujando carriolas o cargando a sus bebés. Los pequeños negocios que exhiben sus letreros y publicidad en español, ofrecen los mismos productos que podrían adquirirse en cualquier pueblo mexicano. En las esquinas empiezan a juntarse grupos de adolescentes, vestidos de cholos, que cargan enormes equipos de sonido y se mueven

al ritmo de una música atronadora, mirando con rencor a cualquier transeúnte adulto; forman los llamados "gangos"<sup>33</sup> locales. Al atardecer las calles de Greenfield se llenan de jornaleros agrícolas, muchos de ellos llevan todavía sus ropas de trabajo y acuden apresuradamente a hacer diversos mandados. Las mujeres se apuran a llegar a sus hogares para ocuparse de los niños, preparar los alimentos y realizar las tareas domésticas como el lavado de la ropa y la limpieza de la casa. Para muchas de ellas, como Marta, la jornada de trabajo empezó a las cuatro o cinco de la mañana y terminará mucho después del anochecer, cuando los niños y los adultos por fin puedan conciliar el sueño. Frente al billar, empieza a formarse un pequeño grupo de triquis que conversa animadamente, bromea y ríe tomando cerveza. Cerca de la Unión Campesina se juntan otros trabajadores indígenas; ellos discuten con calma sobre su participación en proyectos colectivos sindicales, culturales o políticos, y planean reuniones para informarse de sus derechos.

El representante de la Unión Campesina en Greenfield, originario de un pequeño pueblo de Jalisco, ha vivido en el Valle de Salinas durante más de 20 años, sin embargo, tiene un conocimiento mínimo del inglés. Forma parte de esa población latina local que se identifica con los problemas de los inmigrantes indígenas, porque siente que la defensa de sus derechos es fundamental para mejorar las condiciones laborales en toda la región. Tiene además la convicción de que durante los próximos años formarán las nuevas bases del sindicalismo agrario en California. Para ayudar a los recién llegados regularmente organiza colectas y distribuye ropa, zapatos y comida entre la comunidad triqui.

El local de la Unión es el único espacio comunitario; es un lugar que acoge a los trabajadores agrícolas hispanos e indígenas de cualquier calidad migratoria. La crisis del sindicalismo agrario se refleja en la pérdida de su poder en las negociaciones laborales. En la actualidad la Unión sólo representa a los trabajadores de seis empresas en toda la región. Sin embargo, más allá de sus funciones estrictamente sindicales y de defensa de la contratación colectiva, la Unión Campesina tiene en Greenfield un papel de cohesión social, de integración de los inmigrantes, de formación e información sobre los derechos humanos y laborales, y las reglas y leyes que rigen las conductas tanto en el espacio laboral como en la calle. Finalmente, es parte fundamental de la lucha política por las causas de la comunidad latina y la clase trabajadora. Forma parte de una corriente política demócrata y radical que constituye un importante grupo de presión en el Valle de Salinas.

Actualmente, en Greenfield gobierna un alcalde de origen mexicano, demócrata, hijo de uno de los líderes sindicales que en los años setenta lucharon con César Chávez y fundaron la Unión Campesina. Este alcalde fue elegido en noviembre de 2002, por un estrecho margen, sobre un candidato anglo y conservador. Su victoria se dio como la

<sup>32</sup> Cfr. Juan Vicente Palerm. "The Expansion of California Agriculture and the Rise of Peasant Workers Communities", en Susanne Jonas y Sizie Dod Thomas (edits.). *Immigration. A Civil Rights Issue for the Americas*, Scholarly Resources Inc Imprint, Delaware, 1999.

<sup>33</sup> Vocablo derivado de la palabra inglesa *gangs*: pandillas, bandas de jóvenes. El consumo de drogas y alcohol entre estos jóvenes es muy elevado, probablemente debido a la falta total de oportunidades educativas y laborales.

culminación de un proceso de ciudadanización de numerosos sectores hispanos inmigrantes durante la década de 1970.<sup>34</sup>

Otro actor sociopolítico importante en Greenfield es la organización Líderes Campesinas, que desde hace casi diez años se ha dedicado a la capacitación y formación de mujeres líderes —en su gran mayoría hispanas— que trabajan en los campos. Aquí vive una de las dirigentes históricas y fundadoras del movimiento, Laura Caballero, originaria de Guanajuato. Su casa funge como local de reuniones y como punto nodal de las distintas redes de movimientos sociales que defienden los derechos humanos y los de las mujeres. El comité local de Líderes Campesinas, al que pertenecen mujeres latinas, mixtecas y triquis, realiza una reunión mensual para discutir diversos problemas que se presentan en los campos y los hogares, principalmente relacionados con el acoso sexual, el abuso sexual y la violencia familiar. También organiza talleres y campañas contra el uso indiscriminado de pesticidas.

\*\*\*

Marta empezó a participar como voluntaria de Líderes Campesinas a inicios de 2001. Conoció a Laura Caballero en casa de Rosa, una vecina que es ahora presidenta del Comité de Greenfield. Rosa es originaria de Guanajuato, ha vivido en Greenfield los últimos 20 años; tiene hijos y nietos que son ciudadanos estadounidenses. Para Marta y otros inmigrantes triquis resulta fácil identificarse con Rosa y recurrir a su ayuda: ocupa con sus hijas y sus nietos un departamento en plena zona “triqui”, en el oeste de la ciudad; cuando es capaz de brindar ayuda lo hace siempre con gusto, a pesar de que sus condiciones de vida son difíciles. Conoce mejor que nadie las instituciones y las organizaciones locales.

Laura detectó en Marta, inmediatamente, a una potencial líder y un contacto importante para atraer a otras mujeres triquis. Descubrió también en su mirada y el tono de su voz a una mujer agobiada por la violencia doméstica y el abuso. Poco tiempo después de conocerla en casa de Rosa, la invitó a que asistiera a un taller que se iba a celebrar en Salinas. Como era temporada de invierno y no había trabajo en los campos, Marta aceptó asistir. En esa ocasión el incentivo principal fue económico: Líderes Campesinas pagaba una pequeña beca a las voluntarias que participaban en los talleres, cursos y conferencias. La acompañó su hija Isabel, pues no le gustaba dejarla sola en la casa.

<sup>34</sup> Desde hace dos décadas la población de origen mexicano es mayoría en Greenfield. Sin embargo, hasta hace muy poco una gran proporción de los habitantes hispanos no eran ciudadanos estadounidenses y, por lo tanto, no tenían derecho al voto. El proceso de naturalización, acelerado durante los noventa, llevó a que en el 2000, 76 por ciento del padrón electoral tuviera apellidos hispanos, mientras que en 1994 sólo eran el 57 por ciento. *Cfr.* Paul Johnston. “Transnational Citizenries...”, *op. cit.*

Para madre e hija, la dinámica fue totalmente novedosa. Se trataba de una reunión con decenas de mujeres, sin un solo hombre. Ellas tenían derecho a la palabra; una por una pasaban al frente para presentarse, explicar de dónde venían, y narrar sus experiencias. Muchas parecían haber vivido historias tan similares a la de Marta que ella se reencontró en cada una de ellas. Poco a poco fue perdiendo el miedo de hablar. Su humillación, por tantos años de golpes, gritos e insultos, se transformó en coraje; la vergüenza se fue borrando para dar paso a la esperanza, al deseo de luchar y de cambiar las cosas. Logró imaginar una vida totalmente distinta para ella y sus hijas, donde no se impusiera el mandato del hombre por medio de la fuerza y el maltrato.

A partir de entonces, Marta asistió a muchas reuniones de Líderes Campesinas en la costa central, en los valles centrales y en el sur de California. Aprendió que las mujeres tienen derechos y pueden utilizar las leyes en el Norte, aunque sean inmigrantes sin documentos. En los talleres y las asambleas se juntaba con las mixtecas porque sentía una identidad y confianza que no compartía con las mujeres blancas. Su hija siempre la acompañaba.

\*\*\*

Con el padre de sus hijos, Marta vivió un calvario que duró casi catorce años: el terror y el dolor eran una realidad cotidiana. Lejos de disfrutar el regreso a casa después de largas jornadas de trabajo, o el reencuentro con los niños cuando volvían de la escuela, vivía con la angustia permanente de las borracheras, que eran siempre un pretexto para que su esposo descargara sobre ella, con golpes y gritos, las múltiples frustraciones que le iba dejando su vida de campesino indígena, jornalero agrícola, inmigrante indocumentado.

Cuando llegaron a vivir a Greenfield, en abril de 1999, Marta tuvo la esperanza de que juntos, después de regresar por los niños, podrían ganar suficiente dinero en el Norte para rehacer su vida. Durante unos meses se alojaron en el departamento donde vivían el padre, el hermano y el primo de Marta, quienes llevaban ya varios años trabajando en Estados Unidos. La presencia de sus familiares en muchas ocasiones evitó que Rafael lastimara gravemente a su esposa en las disputas que cada vez se hacían más frecuentes y violentas.

Al inicio, ninguno de los dos encontraba empleo. En la casa no faltaba la comida, pero ella tenía ansias de ganar dinero, para pagar sus deudas y regresar a Oaxaca por sus hijos. El hermano de Marta le consiguió a Rafael finalmente un empleo en una compañía, pero sólo contrataban a hombres. Ella tuvo que esperar un tiempo antes de integrarse en una cuadrilla con gente recién llegada de Oaxaca.

Casi ninguno de los trabajadores tenía experiencia en el corte y empaque de verduras. En ese tiempo sólo vivían en Greenfield tres familias triquis y algunos mixtecos. Falta gente para trabajar en los campos y las jornadas llegaban a durar de doce a quince horas, seis o siete días a la semana. Los trabajadores fácilmente se hartaban de su empleo

y cambiaban regularmente de compañía. Los mayordomos y contratistas, por su lado, se molestaban al no poder formar cuadrillas estables. Cuando apenas empezaban a trabajar a buen ritmo, tenían que contratar a gente nueva y sin experiencia. La misma presión ejercida por los mayordomos para aumentar los ritmos de trabajo provocaba molestias y ausentismo.

A diferencia de otros, Marta no sentía el cansancio y se alegraba de pasar tantas horas en el campo, pues no la esperaban sus hijos en casa. Aprendió rápidamente a cortar y empacar el brócoli y la lechuga con movimientos veloces y precisos. Al final de la semana recibía a veces un pago de casi 500 dólares, gracias a las horas extra, y gastaba muy poco en renta y comida, pues todos contribuían por igual con el gasto.

Debido a los ritmos extenuantes de trabajo, cuando su cuadrilla llevaba apenas unas semanas laborando en el corte, una mujer se machucó el dedo en una máquina. Para evitarse problemas, los mayordomos desbarataron toda la cuadrilla. Pasaron unos días antes de que Marta hallara empleo en otra empresa.

A los pocos meses de llegar a California lograron saldar las deudas que habían contraído para hacer el viaje. Después de comprar jabón y comida, y de enviar una pequeña cantidad de dinero a los niños, ahorraban cada centavo. Marta tenía sólo dos mudas de ropa y dos pares de zapatos que había adquirido en el Águila, Arizona.

No faltaba la comida en la mesa, sin embargo, ella pensaba con angustia en los niños, que tal vez estarían pasando hambre en Oaxaca y que tenían que arreglárselas solos, como si fueran huérfanos. Añoraba las primeras palabras de la pequeña Alicia; extrañaba a Enrique, que ya estaría aprendiendo a leer y escribir. No lograba comer ni la mitad de lo que se servía en el plato. La ausencia de sus hijos le iba pesando cada día más. Durante las pocas llamadas telefónicas que sostuvo con su madre, sentía que se atragantaba con la bola de tristeza que se le formaba en la garganta. Los niños no contestaban nunca el teléfono, y tal vez eso era bueno, pues no estaba segura de que aguantaría el llanto al escuchar sus voces.

Para Marta la convivencia con sus familiares en Greenfield fue una experiencia agradable; a pesar de que todos eran varones, participaban en las labores domésticas, establecían turnos para la limpieza de la casa y el primero que llegaba de trabajar preparaba la comida para todos los demás. El viaje al Norte parecía haber transformado a los varones triquis, quienes aprendían labores que en su tierra se hubieran negado a desempeñar.

Lo que cambió muy poco fue su relación de pareja. Rafael seguía llegando borracho a la casa, como cuando vivían en Baja California y Oaxaca. Discutía con cualquier pretexto, se enojaba, gritaba, y a veces, levantaba la mano contra su esposa. En alguna ocasión trató de golpearla, pero se interpusieron el padre y el hermano de Marta, pues si bien consideraban que un hombre tiene derecho de castigar a su esposa, no aceptaban que por andar tomando a éste se le pasara la mano. Mientras estaba viviendo con su familia, Marta sentía cierta seguridad.

Pero después de unos meses, sus parientes partieron a Oregon. A la tristeza de tener lejos a sus hijos, se sumó entonces la soledad y el miedo. Cualquier detalle podía hacer enojar a su esposo: algún gesto, la ropa que ella usaba, una mirada o sus palabras. Por eso

permanentemente vigilaba su propio comportamiento, con la sensación de culpa por los errores que podía cometer, por sus deseos siempre frustrados y el odio que se le iba juntando en el corazón. Como tenía miedo de encontrarse a solas con su esposo, atrasaba su regreso después del trabajo y aprovechaba para hacer algún mandado o cenar fuera. Pero entonces, cuando finalmente llegaba al departamento, su esposo albergaba la certeza de que lo engañaba con otro hombre y el estallido era tan violento que Marta veía la muerte de cerca.

Una tarde Rafael llegó borracho al departamento y siguió tomando, sin parar, hasta entrada la noche. A medida que se le subía el alcohol iba llenándose de rabia. Empezó por desgranar un rosario de amenazas, insultos y maldiciones; lanzó objetos a través del cuarto e impidió la huida de Marta plantándose frente a la puerta. Ella terminó en el suelo, encogida como un ovíulo, recibiendo golpes y patadas, sin fuerzas ya para gritar, mucho menos para tratar de defenderse.

Era de madrugada cuando Rafael cayó dormido, vencido por el cansancio, los golpes propinados y la borrachera. En ese momento Marta decidió que había llegado la hora de separarse. De la desesperanza y la extenuación le llegó la certeza de que no volvería a buscarlo así apretara el hambre, la necesidad de los niños o el ansia de tener a un hombre cerca de ella. Salió al jardín y caminó descalza a lo largo de la Calle 10. Dejó atrás su casa, su ropa, las cobijas y los enseres que difícilmente había ido adquiriendo desde su llegada, semana a semana. No sentía frío, a pesar de que sólo llevaba puesta una ligera blusa gris. Fue a pedirle amparo a la señora Conchita, a la que había conocido hacía poco cuando juntas buscaban un cuarto en renta.

Marta logró así alejarse de su esposo. Pero el desamparo absoluto en el que se encontraba, lejos de su familia y sus hijos, en una tierra tan lejana, la condujo ineluctablemente hacia una nueva relación de violencia y destrucción. Poco tiempo después de su separación, fue violada por un poblador triqui que aprovechó para instalarse en su cuarto y la mantuvo subyugada durante varios meses bajo el terror y los golpes. Finalmente, juntó el valor o la desesperación para denunciarlo ante la policía y se liberó momentáneamente. Fue cuando decidió que había llegado la hora de regresar a Oaxaca para buscar a sus hijos.

## VI. Epílogo

Isabel, hija de Marta, tenía once años cuando cruzó caminando el tórrido desierto de Arizona con su madre y sus tres pequeños hermanos. Pasarán probablemente muchos años antes de que vuelva a ver los bosques y los ríos, las milpas y los platanares, y vuelva a saborear las frutas tropicales recién cortadas que crecen al lado de los senderos en la Región triqui. Su situación de emigrante, el olvido de las tradiciones y la prolongada lejanía, la convertirán en una extranjera “del Norte”, sin raíces ni lazos con la comunidad triqui.

En la secundaria de Greenfield, Isabel es una más de las jóvenes inmigrantes latinas con dificultades para aprender. Si aprueba las materias cada año, igual que todos sus compañeros, es únicamente para mantener las estadísticas escolares de California “en buena salud”; con frecuencia los maestros se ven forzados a poner calificaciones aprobatorias al final del año —así sea a cambio de que los alumnos asistan a un curso de verano— debido a que los recursos con que cuentan no les permiten regularizar a la enorme cantidad de jóvenes inmigrantes hispanos que llegan cada año sin conocer una palabra de inglés y con múltiples deficiencias en todas las materias. Los contenidos de las asignaturas son mucho más elementales aquí que en las secundarias de Monterey o de otras ciudades con mayoría anglo en el condado. No obstante, los jóvenes se topan continuamente con la barrera del idioma y las enormes lagunas que dejó su educación básica, tras largas ausencias causadas por los viajes familiares que se hacen para seguir las cosechas.

La frustración escolar suele transformarse en aburrimiento, rebeldía adolescente, e impulsos de consumo, expectativas totalmente dispares frente a las escasas posibilidades de adaptación o progreso personal que tienen las jóvenes indocumentadas. En lugar de asistir a clases, Isabel se escapa frecuentemente con sus amigas o su hermano Paulino; van a pasear, platican, o se quedan horas frente al billar. Durante la temporada agrícola, la falta total de supervisión adulta les abre las puertas hacia una libertad embriagante. Los jóvenes jornaleros agrícolas triquis, o mixtecos, que están aquí durante esos meses de cosecha, se ausentan algunos días de su trabajo para compartir unas horas de diversión.

En esa temporada del año 2002, Isabel, de trece años, quedó embarazada de un joven triqui. Por temor, durante meses guardó el secreto antes de comunicárselo a su madre. Finalmente, en febrero de 2003 le pidió a un compañero que le hablara por teléfono a Marta para explicárselo. Totalmente trastornada y fuera de sí, ella recibió a la muchacha a golpes y gritos cuando regresó de la escuela, sintiendo que se le caía el mundo nuevamente. ¿Cómo era posible que su hija, a la que había atendido y cuidado durante todos esos años, llegara ahora con esa terrible noticia? Dos veces habían venido a pedirla pobladores triquis que trabajan en el Norte, y dos veces se había negado a entregarla, pensando en el amplio horizonte de posibilidades que tenía para decidir su vida. Les había dicho que su hija era demasiado joven para casarse y no sabía nada de las costumbres triquis. Quiso darle a la niña la oportunidad de elegir y enamorarse antes de casarse, pero ella sola cayó en la trampa.

Tratando de calmar a su madre, Isabel le aseguraba que podía tratarse de un tumor, o un embarazo psicológico. La psicóloga le había explicado en la escuela que la menstruación podía retrasarse por el estrés. Sus palabras, lejos de tranquilizarla, hicieron enfurecer más aún a su madre.

El círculo parecía cerrarse ineluctablemente. Marta había hecho todo lo posible por romper con esa tradición tan dolorosa para las mujeres triquis y asegurarle a su hija una vida distinta. Era apenas un poco mayor que Isabel cuando, de la misma manera, quedó embarazada sin ceremonias ni entrega. Su tío Paulino la había cuidado con tanto empeño, la había aleccionado y alejado con tantos sacrificios de su comunidad, del regazo de su madre y hasta de su lengua materna, con tal de evitar entregársela a un hombre cuando apenas empezaba a entender su pubertad. Paulino debió haber estallado con la misma furia contra lo que se asemejaba tanto al destino.

En un intento desesperado por hacer justicia, Marta acude unos meses después a reclamarle al muchacho que embarazó a su hija. Es un joven originario de Sabana, que a su corta edad ha viajado ya por distintos lugares de California, Oregon y Nueva York. Él, al no sentirse con obligaciones, se toma periodos de diversión, pasea, toma cerveza y busca a jóvenes de su edad para entretenerse. En Greenfield, junto con otros diez o doce varones triquis, se aloja en un departamento situado a media cuadra de la casa de Marta.

Los reclamos de Marta rápidamente provocan un intercambio de gritos en la Calle Pinacles. Los hombres muestran su apoyo total al joven y consideran a Marta responsable, por no haber vigilado con cuidado a su hija o por la mala educación que le brindó. Ella siente que la cólera la invade e interpellando a uno de los hombres mayores le pregunta:

— A ver, Agustín... ¿dónde se encuentran en estos momentos tu esposa y tus hijas?

— Ya lo sabes, Marta, allá en Oaxaca.

— ¿Y acaso te trajiste en tu mano el sexo de tus hijas y el de tu esposa? ¿Cómo sabes entonces lo que están haciendo con “eso” mientras trabajas?

Lívido ante la incertidumbre propiciada por los comentarios de esa mujer, Agustín se retira en silencio a su cuarto. El joven, por su lado, se siente acorralado. Huirá lo antes posible de Greenfield y desconocerá a su hija.

\*\*\*

Este invierno parece prolongarse más que el de otros años. A fines de marzo, el trabajo escasea todavía en los campos y centenares de triquis, en su mayoría varones, han llegado por primera vez al Valle de Salinas en busca de empleo. La Unión Campesina César Chávez organiza donativos para los recién llegados. El Proyecto de Ciudadanía acude también regularmente a distribuir víveres y ropa. Después de esa aventura, hasta los zapatos viejos se vuelven un bien preciado, ya que el único par que cada migrante trae queda desecho en la caminata por el desierto.

Desde hace unos meses, un grupo de mujeres se ha organizado para producir y vender artesanías. Marta convoca a reuniones quincenales en su casa. A petición del Proyecto de Ciudadanía, con donaciones enviadas desde distintos lugares de Estados Unidos a través de Internet, compramos hilo, estambre y material para los telares. En las juntas, las mujeres triquis reparten el material, muestran sus tejidos, y planean la venta en espacios públicos o con los comerciantes de la región. También aprovechan para convivir, contar algunas anécdotas de su vida cotidiana, y relatar sus angustias económicas.

En su primera reunión, las mujeres nombraron a Marta, por consenso, como coordinadora del grupo. Hubo en cambio una larga discusión acerca del nombre que asumirían. Llovieron propuestas que algunas veces provocaron risas y, otras, muecas de disgusto: Las Tejedoras, Las Tejedoras Triquis, Tejedoras del Sur, Mujeres Triquis, Arañas Tejedoras... Finalmente Marta propuso el nombre de “Las Mujeres del Sur”, que recibió el beneplácito de las demás.

A sugerencia del Proyecto de Ciudadanía, Las Mujeres del Sur elaboraron una propuesta para pedir financiamiento a una fundación local. La respuesta fue positiva, de tal manera que el grupo cobró un nuevo dinamismo. Al ver que regularmente llegaban materiales para trabajar, decenas de mujeres triquis se acercaron para unirse a la agrupación y empezaron a asistir a las juntas. Traían a sus niños pequeños, a sus familiares y a las compañeras de vivienda.

\*\*\*

Durante mi estancia en California y mi participación con las mujeres triquis, no dejó de sorprenderme el gran sentido del humor con que ellas se enfrentan cada día a problemas tan graves como la inseguridad económica y jurídica, los peligros relacionados con el acoso policial y las posibles redadas de la migra. Además de la vigilancia estrecha y las múltiples formas de control que sufren por parte de familiares cercanos, esposos, cuñados y suegros, muchas de ellas soportan situaciones permanentes o eventuales de violencia familiar.

Las bromas frecuentes y la risa fácil de las mujeres triquis, en ausencia de los hombres, me parecía que muchas veces iban más allá del simple desahogo: era una forma de

resistencia o respuesta oculta al fuerte dominio masculino.<sup>35</sup> La sumisión aparente o el silencio de las mujeres en su hogar o el trabajo, es contrarrestado con relatos, cuentos, fantasías y bromas que son intercambiadas cuando se escabullen de la presencia masculina. Por ejemplo, Eulalia y Juana, dos mujeres casadas con el mismo hombre, contaron en una reunión de mujeres triquis, en medio de una sonora carcajada, una larga aventura relacionada con el intento de introducir a hurtadillas una cama con colchón en el cuarto que rentaban. El casero les había prohibido meter cualquier mueble en la habitación. Las condiciones de vivienda de ambas mujeres eran extremadamente precarias: compartían el cuarto con un hombre y tres hijos pequeños. El esposo y el casero, unidos, las obligaron a sacar la cama. La situación aparentemente trágica de las dos esposas fue transformada por Eulalia en una historia hilarante, gracias a su capacidad para reírse de sus propios actos, de la relación con el casero y el esposo.

Una vez participé en una sorprendente conversación con Agustina, una mujer viuda que actualmente vive en Greenfield con sus hijos adultos, sus nueras y sus nietos. Ella nos contó su relato durante una excursión a Salinas, a la que fuimos con Marta, su hijo Enrique y otras tres mujeres triquis; una de ellas llevaba un bebé que padecía una infección en la boca. Los objetivos del viaje eran comprar estambre para los tejidos y llevar a consulta médica al bebé. Durante dos horas, mientras la madre del niño lo acompañaba en una clínica de Salinas, las demás esperamos conversando en un jardín.

Agustina nos contó que acababa de regresar a su casa después de haberse rebelado contra sus hijos. Ellos habían tratado de “casarla” en contra de su voluntad. Dos meses antes había ido a pedirla un hombre triqui que cada año, durante la temporada agrícola, trabaja en California y regresa durante cuatro o cinco meses a Oaxaca. Ella sabía que el pretendiente tenía familia en la región Triqui y suponía que, de casarse con ella, él no gastaría nada en su nuevo hogar, pues tendría que mantener a su familia en Oaxaca. Por otro lado, Agustina no deseaba casarse, ya que le gusta vivir sola y sabe mantenerse con su propio trabajo. Por eso, cuando el señor fue a pedirla y ella percibió el beneplácito de sus hijos, salió huyendo y se escondió con unos familiares en Gonzáles, un pueblo ubicado ocho millas al norte de Greenfield.

Una mujer le preguntó si hubiera aceptado casarse en caso de que el hombre fuera más joven, a lo que ella contestó de inmediato que “tendría que ser joven, estar ‘más o menos’ y ser trabajador” y, además, que no tuviera que mantener a su mamá, para que pudiera ayudarla a ella. Entusiasmada con el relato de lo que sin duda había fantaseado sola en repetidas ocasiones, Agustina afirmó también que en caso de contraer matrimonio con ese hipotético joven, le exigiría todas las semanas el cheque, para estar segura de que no mandaría dinero a Oaxaca. Otras dos mujeres dedicaron un momento de la

<sup>35</sup> Cfr. Ma. Dolores París. “La voz de las triquis: significados de género y formas de resistencia”, en Martha Judith Sánchez (coord.). *Y seguimos llegando. Mujeres indígenas y mestizas mexicanas en los Estados Unidos*, IIS-UNAM, México, en prensa.

conversación a “adornar” la fantasía de Agustina con detalles sobre las características físicas, la riqueza y las cualidades morales del “novio”.

Más tarde, en medio de bromas que sólo parcialmente ocultaban su enojo, juzgó la actitud de sus hijos. Estalló entonces una carcajada entre las mujeres y me tradujeron lo que causaba tanta risa entre todas ellas: Agustina aludía a la impotencia sexual de sus hijos explicando que probablemente necesitaban a otro hombre en la casa, pero para que satisficiera a sus nueras.<sup>36</sup>

El relato y las bromas de Agustina manifiestan una transformación progresiva de las relaciones de género que probablemente sería impensable en Oaxaca. Muestra también que los recursos de poder y las formas de resistencia de las mujeres son múltiples. Por otro lado, es claro que la ubicación de cada mujer dentro de la comunidad triqui inmigrante varía en función del momento de su ciclo de vida, el número y la edad de sus hijos, su situación económica, y los vínculos de parentesco con líderes, “polleros” o intermediarios. Así, en ausencia de sus hijos varones, el rol desempeñado por las “suegras” es fuente de prestigio y les otorga un poder importante sobre los nietos y las nueras; las viudas llegan a tener mucha libertad de movimiento; las mujeres solteras nacidas en Baja California pueden casarse a mayor edad; y a menudo la boda se celebra con su consentimiento.

Si bien la participación política de las mujeres triquis es todavía muy reducida, la comunidad no es ajena a la influencia de instituciones públicas (en particular escuelas y clínicas), organizaciones sociales (sindicatos y organismos no gubernamentales) y movimientos políticos, que van transformando poco a poco las ideas y las relaciones de género. Así, algunas triquis y mixtecas participan como voluntarias en la organización Líderes Campesinas, toman cursos y talleres sobre sus derechos reproductivos, sobre las formas de denuncia de la violencia doméstica o el acoso sexual. Otras asisten con su esposo a las asambleas de la Unión Campesina, donde escuchan hablar de sus derechos como trabajadoras. Muchas reciben pláticas de orientación en torno a su relación de pareja y a la planeación familiar cuando son atendidas en los programas prenatales de las clínicas locales. Finalmente, son cada vez más las niñas y jóvenes que asisten a la escuela y que asumen el papel de “traductoras” (al inglés y al español) para sus familiares.

Como resultado de esa transformación de los roles, las ideas y las expectativas de las mujeres, se forman liderazgos femeninos, como el de Marta Jiménez, basados en la mediación cultural. Estas líderes, por su cuestionamiento de ciertos usos y costumbres, se sitúan al margen de la comunidad. Paradójicamente, su marginalidad les brinda posibilidades de sobresalir en una comunidad mucho más amplia: en los movimientos y organizaciones de latinos que luchan por los derechos de los inmigrantes y las mujeres. La expresión abierta del coraje, el inconformismo y la rebeldía femenina son rechazados en ciertos espacios familiares, étnicos o comunitarios, mientras que en otros contextos sociales son fuente de carisma. Por ejemplo, resultó muy bien acogido por toda la comunidad, un programa de radio en el que Marta denunció el maltrato que algunos

<sup>36</sup> *Ibidem*.

mayordomos dan a los jornaleros indígenas en los campos. La capacidad de “hablar bien en público” es admirada por muchos miembros de la comunidad, como también lo es la expresión abierta u oculta del inconformismo.<sup>37</sup>

Más allá de su liderazgo carismático, Marta cumple una función importante por el conocimiento que tiene de otras culturas (mexicana mestiza, latina, inmigrante), de las organizaciones sociales y de las instituciones locales. Muchos migrantes triquis acuden a ella para buscar ayuda o consejos en ciertas coyunturas: la mediación con el casero para la firma de un contrato de arrendamiento, los problemas de los niños en la escuela, el abuso de los suegros u otros familiares con mujeres jóvenes, etcétera.

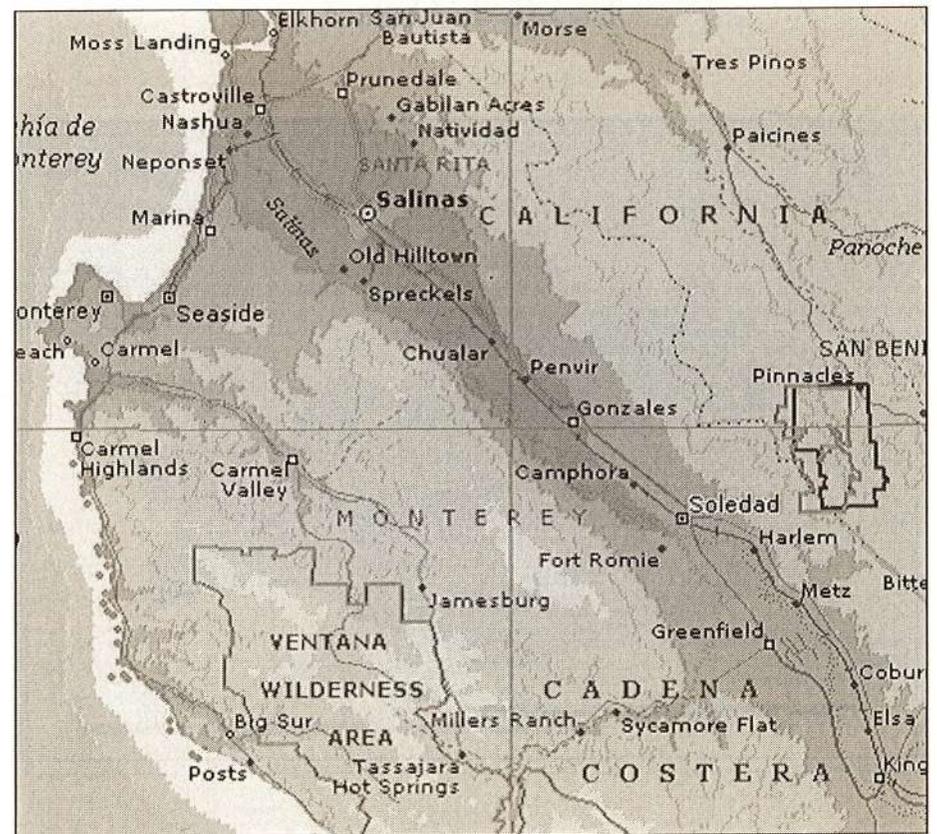
Sin embargo, es indudable que Marta carga con un estigma, debido a su condición de madre soltera y su atrevimiento al haber denunciado a un hombre por abuso sexual. En ocasiones, sufre situaciones de exclusión y burla por parte de sus paisanos. Ella misma se siente en conflicto permanente entre su deseo de participar, de expresar sus ideas y su miedo al rechazo por parte de los suyos.

## Anexos

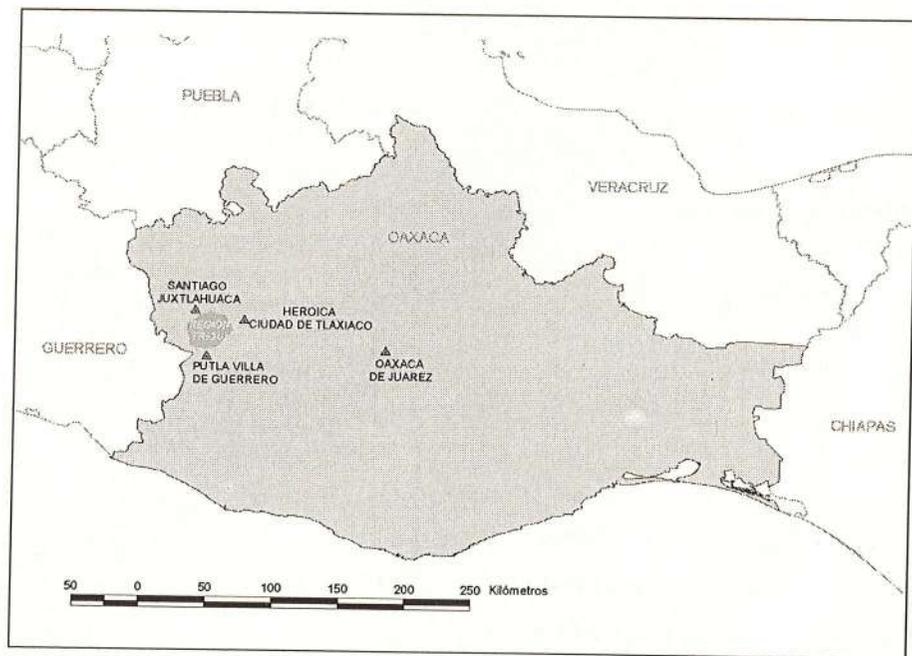
<sup>37</sup> “El discurso oculto y las formas disfrazadas de disidencia pública también pueden ayudarnos a comprender mejor los actos carismáticos. El carisma no es una cualidad –como digamos, los ojos cafés– que alguien posee de manera natural; el carisma es, como se sabe, una relación en la cual unos observadores interesados reconocen (y pueden incluso ayudar a producir) una cualidad que ellos admiran”. *Cfr.* James C. Scott. *Los dominados y el arte de la resistencia*, Era, México, 2000.

Mapa 1

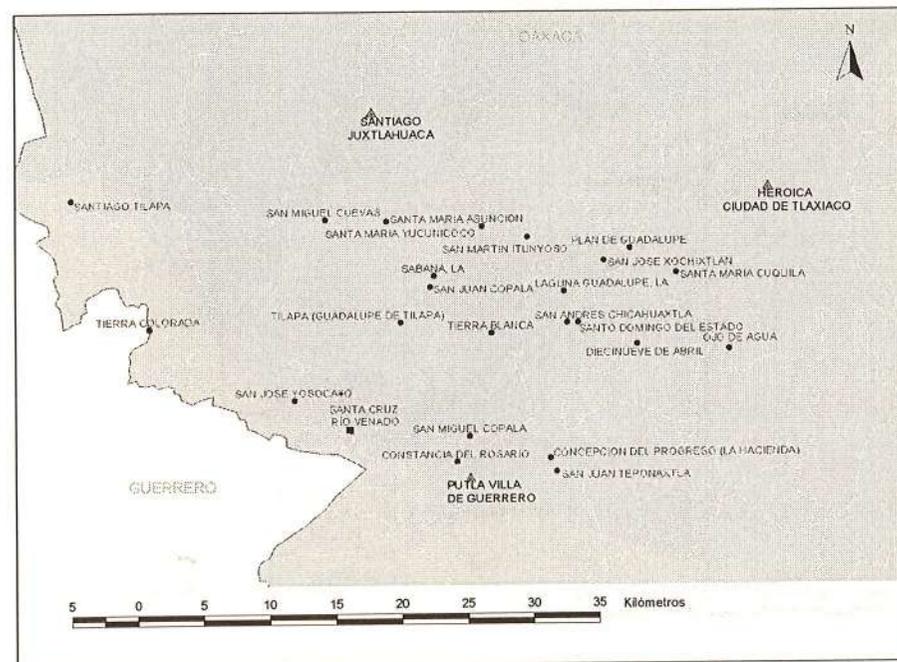
El Valle de Salinas



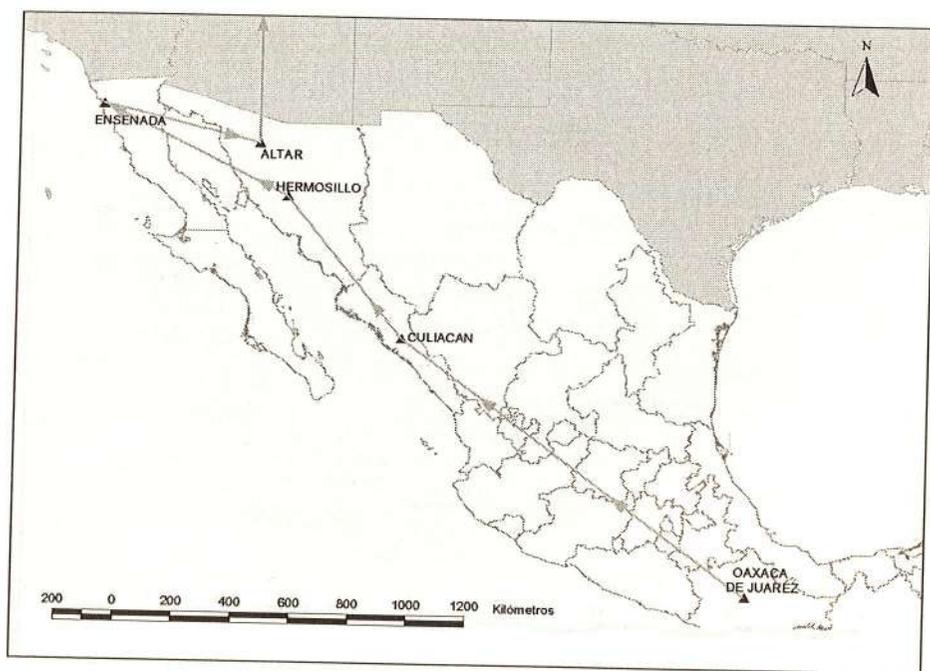
Mapa 2  
Estado de Oaxaca



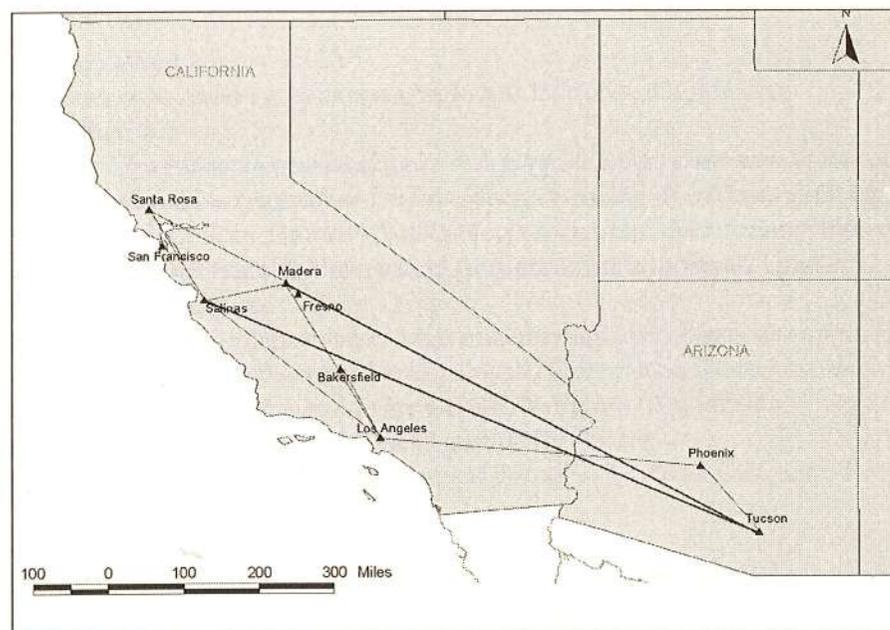
Mapa 3  
Región Triqui



Mapa 4  
Circuitos migratorios en México



Mapa 5  
Circuitos migratorios en California



## Bibliografía

- Bartolomé, Alberto  
1997 *Gente de costumbre y gente de razón*, Siglo XXI Editores, INI, México.
- Besserer, Federico  
1988 *Nna Chca Ndavi. Internacionalización de la fuerza de trabajo y conciencia de clase en la comunidad mixteca migrante de San Juan Mixtepec. Análisis de la historia de vida de Moisés Cruz*, tesis de licenciatura en Antropología social, área de concentración en Antropología política, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, México.
- 2000 “Sentimientos (in)apropiados de las mujeres migrantes. Hacia una nueva ciudadanía” en Barrera Bassols, Daniel y Cristina Oehmichen Bazán (coords.), *Migración y relaciones de género en México*, GIMTRAP, UNAM/IIA, México.
- Centro de Derechos Humanos Miguel Agustín “Pro Juárez”  
1996 *La violencia en Oaxaca*, Proyectos especiales, área de análisis del Centro Prodh, México.
- Cervantes Delgado, Roberto  
1999 *Tristes triques. Un diario de campo en la Mixteca de la Sierra (1969)*, Colección Obra Diversa, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), México.
- 1998 *Relatos triquis*, Colección Lenguas de México.
- García Alcaraz, Agustín  
1997 *Tinujei. Los triquis de Copala*, Ciesas, México.
- García E., Pablo y Enrique Gómez Levy  
1998 “El ejercicio del poder en la región interétnica de Putla de Guerrero”, en *Cuadernos del Sur*, núm. 13, año 5, noviembre 1998, Oaxaca.
- Goldring, Luin  
1996 “Gendered Memory: Reconstructions of Rurality Among Mexican Transnational Migrants”, in Melanie DuPuis and Peter Vandergest (eds.). *Creating the Countryside:*

- The Politics of Rural and Environmental Discourse*, Temple University Press, pp. 303-329, Philadelphia.
- Grimes, Kimberley M.  
1998 *Crossing Borders. Changing Social Identities in Southern Mexico*, University of Arizona Press, Tucson.
- Hondagneu-Sotelo, Pierrette and Ernestine Avila  
1997 "I'm here, but I'm there.' The Meanings of Latina Transnational Motherhood", in *Gender and Society*, vol. 11, num. 5, october 1997, pp. 548-571, United States.
- Johnston, Paul  
2002 "The Blossoming of Transnational Citizenship: a California Town Defends Indigenous Immigrants", paper presented at the Conference *Indigenous Mexican Migrants in the US: Building Bridges between Researchers and Community Leaders*, october 11-12, 2002, UCSC, Santa Cruz, California.
- 2003 "Transnational Citizenries: Reflections from the Field in California", in *Citizenship Studies*, vol. 7, num. 2, Carfax Publishing, pp. 199-217, United States.
- Kearney, Michael  
1995 "The Effects of Transnational Culture, Economy, and Migration on Mixtec Identity in Oaxacalifornia", in Michael Peter Smith and Joe R. Feagin (eds.). *The Bubbling Cauldron: Race, Ethnicity, and the Urban Crisis*, University of Minneapolis Press, pp. 226-242, Minneapolis.
- Lewin, Pedro  
1999 "La gente de la lengua completa (*yi ni nanj ni' in*). El grupo etnolingüístico triqui", en Barabas M. Alicia y Miguel A. Bartolomé (coords.), *Configuraciones étnicas en Oaxaca. Perspectivas etnográficas para las autonomías*, Conaculta-INAH-INI, México.
- López Bárcenas, Francisco  
2002 *Muerte sin fin. Crónicas de represión en la región Mixteca Oaxaqueña*, Serie Derechos Indígenas, Centro de Orientación y Asesoría a Pueblos Indígenas/Ce'Acatl, México.
- Palerm, Juan Vicente  
1999 "The Expansion of California Agriculture and the Rise of Peasant Workers Communities", in Susanne Jonas and Suzie Dod Thomas (edits.). *Immigration. A Civil Rights Issue for the Americas*, Scholarly Resources Inc Imprint, Delaware.
- París Pombo, María Dolores  
"La voz de las triquis: significados de género y formas de resistencia", en Martha Judith Sánchez (coord.), *Y seguimos llegando. Mujeres indígenas y mestizas mexicanas en los Estados Unidos*, IIS-UNAM, en prensa, México.
- Parra Mora, León Javier y Jorge Hernández Díaz  
1994 *Violencia y cambio social en la región triqui*, Consejo Estatal de Población de Oaxaca y Universidad Autónoma "Benito Juárez" de Oaxaca, Oaxaca.
- Rovira, Guiomar  
1997 *Mujeres de maíz*, Era, México.
- Ruiz de Bravo Ahuja, Gloria R., y Beatriz Garza Cuarón  
1970 *Problemas de integración*, Gobierno del Estado de Oaxaca, Oaxaca.
- Scott, James C.  
2000 *Los dominados y el arte de la resistencia*, Era, México.
- U.S. Census Bureau, United States Department of Commerce  
2001 www.census.gov (created September 12, 2001).
- Velasco Ortiz, Laura  
2000 "Migración, género y etnicidad: mujeres indígenas en la frontera de Baja California", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm 1, vol. LXII, enero-marzo, pp. 145-171, UNAM, México.
- 2002a *El regreso de la comunidad: migración indígena y agentes étnicos. Los mixtecos en la frontera México-Estados Unidos*, El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- 2002b "Experiencias organizativas y participación femenina de indígenas oaxaqueñas en Baja California", trabajo presentado en la conferencia: Indígenas mexicanos migrantes en Estados Unidos: construyendo puentes entre investigadores y líderes comunitarios, 11-12 de octubre de 2002, Universidad de California, Santa Cruz, Estados Unidos.
- Zabin, Carol and Sallie Hughes  
1995 "Economic Integration and Labor Flows: Stage Migration in Farm Labor Markets in Mexico and the United States", in *International Migration Review*, U.S., vol. 29, Issue 2, Summer 1995, pp. 396-422, United States.